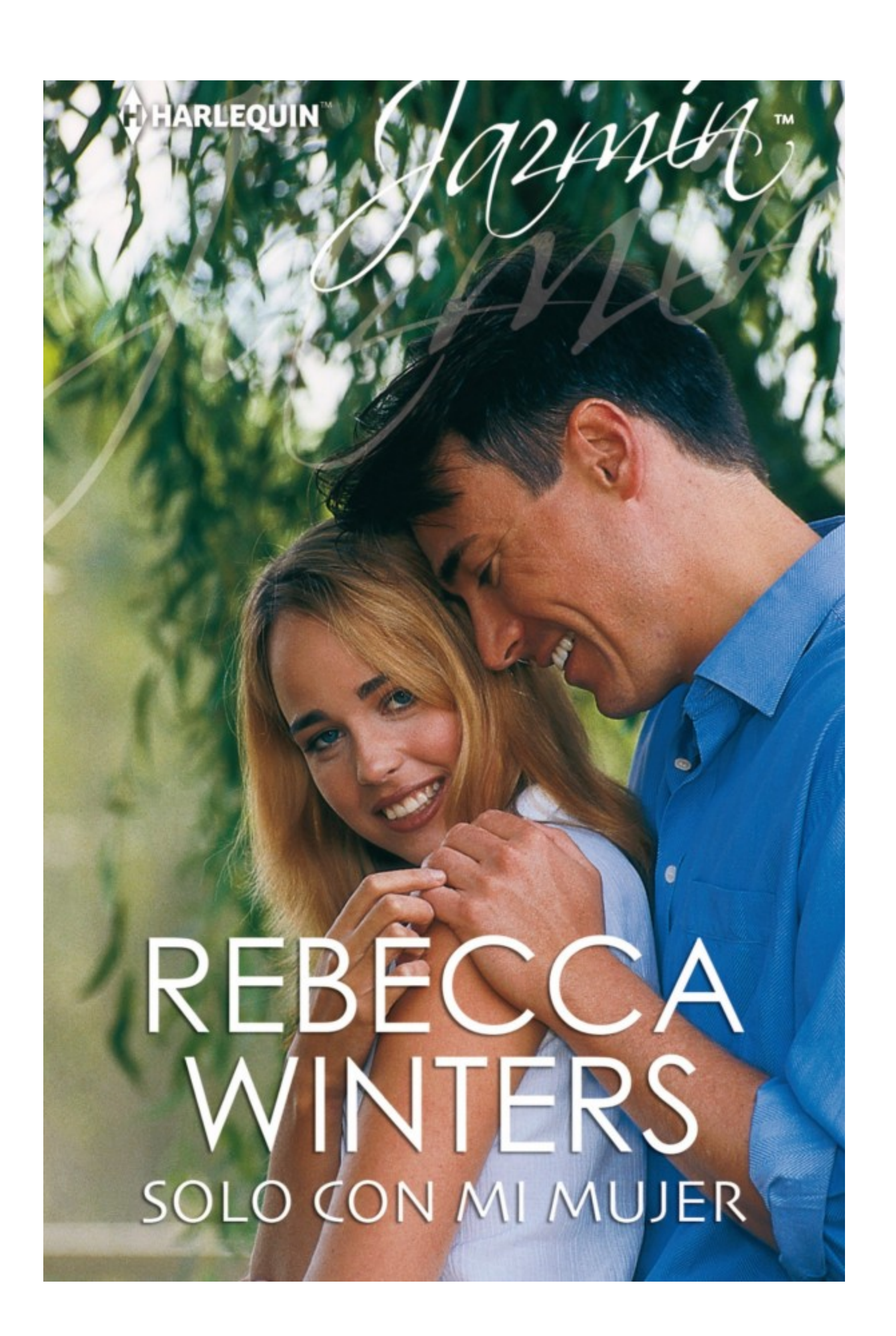

HARLEQUIN™
Jazmín™
REBECCA WINTERS
SOLO CON MI MUJER

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Solo con mi mujer, n.º 1698 - octubre 2015
Título original: The Bridegroom's Vow
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-7310-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Dimitrios oyó unos pasos en el pasillo, detrás de la puerta. Se destapó y se levantó, curioso por saber qué pasaba.

–¿Leon? –dijo en un susurro al ver a su adorado hermano mayor con una maleta–. ¿Qué pasa?

Leon se dio la vuelta.

–Vuelve a la cama Dimi.

Ignorando la orden, se encaminó hacia Leon.

–¿Adónde vas?

–Baja la voz. Muy pronto te enterarás.

–¡Pero no te puedes ir! –Dimitrios adoraba a Leon, quien había ejercido no ya de hermano, sino de padre y protector, durante aquel último año–. Si te vas, yo me iré contigo. Estaré listo en unos minutos.

–No, Dimi. Tienes que quedarte con el tío Spiros y con los primos. Volveré dentro de una semana.

A Dimitrios se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Los primos no son tan divertidos como tú y el tío Spiros es demasiado estricto.

–Desde que papá y mamá murieron, ha sido muy bueno con nosotros a su modo. No será tan malo.

Dimitrios sintió un ataque de pánico y se lanzó a los brazos de su hermano.

–¡Por favor, déjame ir contigo!

–No puedes. Verás, me voy a casar esta misma noche. Ya está todo arreglado.

«¿Casarse?».

Dimitrios sintió que el mundo entero se desmoronaba.

–¿Con cuál de tus novias?

–Con Ananke Paulos.

–Nunca he oído hablar de ella. ¿La traerás aquí?

–No –dijo él con un fuerte suspiro–. Iremos a vivir a la villa de papá y mamá.

–¿Me podré ir con vosotros? Allí tengo mi habitación.

Leon negó con la cabeza.

–Lo siento, pero a las mujeres no les gusta tener que compartir su casa.

–¡Pero eso significa que no volveremos a vivir juntos!

–Siempre seremos hermanos. Te vendré a visitar todos los días.

El dolor se hacía cada vez más insoportable.

–¿La quieres más que a mí?

Leon lo miró con los ojos llenos de angustia.

–No, claro que no. La verdad es que daría cualquier cosa por no tener que casarme con ella. Pero está embarazada y yo soy el padre de ese niño.

Dimitrios parpadeó atónito.

–¿Va a tener un bebé?

–Sí.

–¿Le has hecho un bebé a una mujer que no amas? –no podía entender algo así.

–Oh, Dimi, escucha… Tienes solo doce años y no eres lo suficientemente mayor para entender ciertos sentimientos que tiene un hombre. Cuando el día llegue, tú cuerpo reaccionará al ver a una mujer hermosa. Sentirás ganas de abrazarla y de hacerle el amor. El placer que una mujer puede darte es algo increíble.

Dimitrios frunció el ceño.

–¿Algo increíble?

Leon resopló frustrado al no poder hacerle entender a su hermano lo que trataba de explicarle.

–Cuando un hombre y una mujer hacen el amor, la sensación es absolutamente maravillosa.

–¿Fue así con Ananke?

–Sí.

–Pero no la quieres.

–Se puede desear a una mujer a la que no se ama. Nunca me habría casado con ella de no ser por el bebé. Pero ahora tengo una obligación que cumplir.

–¡No puede ser! –gritó Dimitrios con desesperación–. ¿Qué clase de mujer puede querer vivir con un hombre que ella sabe que no la quiere?

Leon suspiró.

–Dimi, hay otras razones por las que ella quiere casarse conmigo.

–¿Qué razones?

–Por el dinero y el estatus social.

–No lo entiendo.

–Sabes que nuestra familia ha tenido y tiene un poderoso imperio financiero en Grecia desde hace muchas generaciones. Nuestra reputación es reconocida en todo el mundo. El tío Spiro se reúne continuamente con gente muy importante, tal y como hacía nuestro padre antes de morir. Por ese motivo, Ananke me ha engañado, y se ha quedado embarazada con la esperanza de pasar así a formar parte de nuestra familia. Ha conseguido lo que quería, pero no va a ser la boda que ella esperaba. Iremos a la iglesia solo ella, su abuela como testigo y yo.

–¡La odio! –dijo Dimitrios con profundo dolor.

–No digas eso, Dimi. A partir de esta noche ella será una más de la familia.

–¡Me da igual, sigo diciéndolo! –con los ojos llenos de lágrimas, Dimitrios se apartó de su hermano–. ¿Tú crees que nuestra madre también se casó por dinero?

Leon tardó unos segundos en responder.

–Probablemente sí.

Su hermano era siempre brutalmente honesto. Su respuesta le dolió intensamente.

–¿Es que un hombre rico no puede encontrar a una mujer que lo ame por sí mismo?

–No puedo responder a eso. Pero querría que tú no cometieras el mismo error que he cometido yo. Por desgracia, sé que lo vas a tener difícil.

–¿Qué quieres decir?

–Algún día, tú dirigirás la corporación Pandakis, porque el tío Spiros dice que eres el más inteligente de todos nosotros. También serás, probablemente, el más guapo de todos. Tendrás a cientos de mujeres a tus pies y habrás de ser muy precavido para que no te atrapen como a mí.

Dimitrios apretó los dientes.

–Nada de eso me va a suceder a mí.

Leon sonrió con tristeza.

–¿Cómo lo sabes?

–Jamás haré el amor con una mujer. Así no tendré que preocuparme.

–Claro que lo harás –le dijo su hermano y le acarició la mata de rizos negros–. Continuaremos con esta conversación la semana próxima.

Dimitrios vio cómo su hermano se alejaba y sintió un profundo dolor, tan intenso como el de la noche en que les dijeron que sus padres se habían matado. También entonces había sentido ganas de morir.

Alexandra Hamilton no confiaba en nadie para que le tiñera el pelo, con la única excepción de Michael, peluquero de Z-Attitude en Paterson, New Jersey.

Era un verdadero genio en su oficio y, además, hacía las veces de confesor de los más íntimos secretos de Alexandra.

Michael no era solo un peluquero, sino que entretenía gustoso a todas las mujeres que entraban en su salón. Todas lo adoraban, jóvenes y mayores.

Los ojos verdes de Alexandra se encontraron con la incisiva mirada de Michael en el espejo.

–¿Cuándo te vas a quitar ese tinte aburrido y vas a dejar que salga a la luz tu rubio natural?

–Cuando él se enamore de mí tal y como soy.

Con ese «él» se refería a Dimitrios Pandakis, por supuesto. Alexandra lo amaba profunda y sinceramente.

–Siento recordarte esto, pero llevas diciendo lo mismo desde hace cuatro años, cuando entraste a trabajar en su compañía.

Alexandra le sacó la lengua y no respondió.

–Repito que lo siento –dijo Michael sin ningún tipo de arrepentimiento en su voz.

Ella alzó la barbilla.

–Voy progresando.

–¿Desde que le pusiste veneno en el café a su anterior secretaria hace seis meses?

–¡Michael! ¡Eso no tiene gracia! Era una mujer maravillosa. Todavía la echo de menos y sé que él también.

–Solo estaba bromeando. Cuéntame, ¿en que consiste ese progreso tuyo?

–Debo de ser la única mujer en los cinco continentes que no trata de captar su atención desesperadamente –le aseguró ella–. Y un día se va a dar cuenta.

–Espero que sea antes de que se case con otra mujer y tenga un heredero para su fortuna.

Ella frunció el ceño.

–Gracias por ser positivo respecto a mis posibilidades.

–Sabes que me quieres porque te digo la verdad.

Ella se mordió el labio.

–Tiene un sobrino al que adora como si fuera su hijo. La señora Landau me contó que el hermano de Dimitrios murió tiempo atrás, y él tuvo que hacerse cargo de su sobrino Leon.

–Bueno, eso implica que quizá no tenga demasiada prisa en fundar su propia familia.

–¡Ya está bien, Michael!

Él sonrió y la miró de arriba abajo.

–Tienes que reconocer que sé lo que me hago. Admite que la transformación que obré en ti ha sido una auténtica expresión del artista que llevo dentro.

–No te pega ser modesto. Porque, sencillamente, no dices que has creado una obra maestra.

Gracias a sus dotes y conocimientos sobre peluquería y maquillaje, Michael había logrado crearle una imagen muy diferente a la original, dandole el aspecto de alguien mucho mayor.

–Puede que sí. Pero quizá me excedí al recomendarte esas gafas de ostra. Pareces sacada de una película de la Segunda Guerra Mundial.

–Esa era la idea. Sabes que estoy en deuda contigo –dijo ella.

–Ya me pagarás, dejando que mis amigos y yo nos quedemos en tu suite del hotel de Thessalonica durante las fiestas.

–A pesar de todo, creo que salgo ganando.

–¿Tienes idea de cuánto cuesta una suite?

–No –respondió ella.

–Claro, a ti qué más te da, siendo la secretaria privada de Dimitrios Pandakis. ¡Hay que ver cómo vives! –dijo él en un tono dramático.

–Sabes que a mí eso me da exactamente igual.

Michael se puso serio por un momento.

–¿No es un poco difícil ser siempre su compañera profesional, pero que nunca haya nada personal?

Su comentario tocó una fibra sensible.

–No podría imaginarme dejar de verlo cada día.

–Eres imposible, querida.

–Lo sé –se levantó y le dio un beso en la mejilla–. Nos veremos en Grecia la semana que viene.

–Nosotros vamos a ir vestidos de trovadores. ¿Seguro que no quieres que os lleve a ti y a tu jefe algún traje?

Ella negó con la cabeza.

–Al señor Hamilton no le gustan los disfraces.

–Es una pena.

Alexandra se rio.

–Que tengas un buen viaje, Michael.

–¿Te refieres al viaje chárter que voy a compartir con otras trescientas personas enlatadas como sardinas? La que tendrá un buen viaje serás tú, que vas en el jet privado de Pandakis.

–Reconozco que esa parte tiene su encanto.

Se marchó del salón reconociendo y agradeciendo el que el disfraz elaborado por Michael hubiera funcionado también durante los cuatro años que llevaba trabajando para Dimitrios. Se había ganado la confianza del gran magnate. Pero al pensar que tal vez eso sería todo lo que obtendría de él sintió un profundo pesar.

Alexandra pensó en el otro motivo que la había llevado a cambiar su aspecto. En el fondo temía que Giorgio Pandakis la pudiera reconocer cuando fueran a Grecia. Claro que lo dudaba, pues Dimitrios no parecía haberlo hecho.

Habían pasado nueve años desde aquella noche en que Giorgio Pandakis, totalmente borracho, había tratado de acosarla, cuando solo tenía dieciséis años. Por suerte, fuera del museo de la seda de Paterson alguien lo estaba buscando y oyó los gritos.

Alexandra jamás había olvidado el rostro de su defensor, que apareció oculto entre las sombras. Como un negro príncipe justiciero, Dimitrios Pandakis había apartado a su primo de ella y lo había lanzado al suelo de un golpe, dejándolo inconsciente.

Después le había preguntado a Alexandra si quería poner una

denuncia, sin importarle cómo aquel acto bárbaro podría ensuciar el nombre de la familia.

En aquel mismo instante, ella se había enamorado de él.

En cuanto se hubo tranquilizado, le había asegurado que no sería necesario llamar a la policía. Lo único que quería era olvidar lo sucedido. Después de agradecerle lo que había hecho, había corrido a través del jardín, sujetándose las deshechas piezas de su camisa.

Antes de desaparecer por la esquina, se había vuelto a mirar a su salvador. Vio entonces cómo recogía a su primo y se lo echaba sobre el hombro, con el poder y la fuerza que solo un hombre así poseía.

Sus grandes ojos verdes se habían quedado fijos en él mientras la silueta se alejaba y desaparecía.

En aquel mismo instante había tomado la determinación de que algún día volverían a encontrarse, y lo harían en circunstancias muy distintas. Entonces, ella se encargaría de hacerse inolvidable para él también.

Mientras Dimitrios se abotonaba la camisa, alguien llamó a la puerta de su habitación. Asumiendo que se trataría de Serilda, el ama de llaves que se había ocupado de él desde su infancia, le dijo que pasara.

Pero, al abrirse la puerta, no escuchó los habituales comentarios sobre el tiempo y la situación mundial.

Así que no podía ser otro que su sobrino.

Dimitrios sentía un profundo amor por aquel muchacho de veintidós años, cuyo físico y cuyos gestos cada vez le recordaban más a su fallecido hermano.

Leon había muerto en un accidente de coche a la vuelta de su luna de miel, pero, milagrosamente, su esposa y el bebé que aún no había nacido no sufrieron daño alguno.

El niño, que fue bautizado con el mismo nombre de su padre, tenía un carácter jovial y alegre como el de su fallecido antecesor y una naturaleza abierta y amigable. Una vez superada la adolescencia con sus habituales problemas, se había convertido en un joven estupendo que estaba a punto de terminar la universidad.

Pero, desde el regreso de Dimitrios de China el día anterior, había tenido pocas oportunidades de ver al muchacho. Normalmente, Leon buscaba su compañía y le contaba con todo detalle cuanto sucedía en su mundo.

Sin embargo, en aquella ocasión se había limitado a darle un abrazo de bienvenida y se había marchado de la villa sin dar explicaciones. Dimitrios había notado que tenía ojeras y que su gesto no era tan vivaz como de costumbre.

Algo le ocurría, estaba seguro. Esperaba que no fuera nada serio. Quizá era el momento de averiguar de qué se trataba.

–Te has levantado muy pronto, Leon –dijo–. Me alegro, porque estaba a punto de ir a buscarte. Te he echado de menos y estaba ansioso por tener un rato para charlar contigo.

Tras ponerse la chaqueta, salió del vestidor esperando encontrarse a su sobrino.

Pero, al comprobar que no se trataba de él sino de Ananke, aún en camisón, sintió una náusea.

Siempre había sentido una repulsión total hacia la mujer que había forzado a su hermano a un matrimonio que no quería, pero el amor por su sobrino había atemperado tan destructivo sentimiento, y había hecho que, al menos, llegara a tolerar la presencia de aquella mujer en la villa.

Ananke tenía entonces cuarenta y un años y era una mujer aún muy atractiva para muchos hombres. Pero a ella no le interesaba nadie.

En muchas ocasiones, Dimitrios se había preguntado si en realidad lo que ella esperaba era poder convertirse en su esposa. Aunque siempre había dejado muy claro que no tenía intención de casarse hasta que su hijo no tuviera una familia por sí mismo, Dimitrios sabía que eso no era más que una excusa para permanecer en la villa. También sabía que ningún otro hombre aparte de él le podía ofrecer el estilo de vida de los Pandakis.

En una fiesta de cumpleaños reciente, uno de sus primos, Vaso, había sugerido algo parecido. La mirada de Dimitrios había sido suficientemente expresiva como para que el hijo de Spiro Pandakis no volviera a sacar el tema jamás.

Por desgracia, nada parecía poner trabas a la insaciable ambición de Ananke. La temeridad de ir a buscarlo a las siete de la

mañana a su dormitorio daba prueba de ello.

Normalmente, y por respeto a su hermano y a su sobrino, la trataba educada y correctamente. Pero aquello había sobrepasado los límites de lo aceptable.

–No tienes ningún derecho a estar aquí, Ananke.

–Por favor, no te enfades conmigo. Tengo que hablar contigo antes de que Leon se entere –parecía haber estado llorando–. Es algo muy importante.

–¿Tan importante como para dar falsas impresiones a mis empleados y a mi sobrino? –le preguntó furioso–. De ahora y para siempre, para cualquier asunto que tengas que tratar conmigo, ven a verme a mi oficina.

–¡Espera! –le gritó ella al ver que salía a toda prisa de la habitación y se alejaba por el corredor haciendo caso omiso a su súplica–. Dimitrios…

Corrió tras él brevemente, pero él no se detuvo.

Cerró la puerta de la casa y el repiquetear de aquellos tacones altos cesó. Estaba a punto de llegar al garaje cuando su sobrino lo llamó.

Dimitrios se dio la vuelta y se sorprendió al ver que Leon venía detrás de él.

–Tío –lo alcanzó–. Necesito hablar contigo. ¿Podría llevarte a la oficina?

Durante unos segundos Dimitrios se sintió culpable por haber despreciado a Ananke cuando trataba de alertarlo de algo. Pero el sentimiento desapareció al pensar en sus continuas tretas y engaños.

–El trabajo puede esperar. ¿Por qué no vamos a comer algo juntos? Llamaré a Stavros para decirle que iré un poco más tarde.

–¿Estás seguro? ¿No preferirías pasar un rato con alguna de tus amigas ahora que has regresado de China?

–Ninguna mujer es más importante que tú, Leon.

–¿Estás seguro? El otro día en Elektra, Ionna vino a preguntarme cuándo regresabas. Me dijo que tenía que hablar contigo urgentemente. Incluso me pidió tú número de móvil. Le dije que no lo recordaba.

Dimitrios sacudió la cabeza.

–Si realmente fue así de directa, entonces ha firmado su sentencia de muerte.

Su sobrino lo miró fijamente.

–Pero es muy guapa.

–Estoy de acuerdo. Pero ya conoces mis reglas, Leon. Cuando una mujer empieza a tomar la iniciativa, entonces desaparezco.

–Es una buena regla. Yo la he estado usando y he de decir que funciona.

Por alguna razón, oír aquella afirmación de labios de su sobrino le resultó excesivamente cínica.

–La verdad es que me alegro de que podamos pasar algún tiempo juntos –dijo Dimitrios y le dio un gran abrazo a su sobrino. Minutos después el coche ya estaba en las colinas de Thessalonica, desde donde se veía toda la bahía. Tomó su móvil y llamó a su ayudante–. Stavros, ¿puedes arreglártelas sin mí un rato más?

–¿La verdad?

La pregunta sorprendió a Dimitrios.

–Siempre.

–Puede que la señorita Hamilton y yo estemos a muchos miles de kilómetros, pero desde que ella empezó a trabajar aquí me siento totalmente innecesario.

–Eres indispensable para la compañía, Stavros, y lo sabes –se apresuró a asegurarle. El hombre de sesenta y seis años había llevado la sucursal griega de la empresa Pandakis durante décadas.

La señorita Hamilton, ex ayudante de su secretaria privada, la señora Landau, quien había muerto inesperadamente seis meses atrás, estaba aún en sus comienzos. Pero Dimitrios entendía perfectamente el comentario de Stavros.

La señorita Hamilton era una auténtica joya, una mujer renacentista: brillante, creativa. Una combinación de eficiencia, habilidad y trabajo duro que, a pesar de no tener una gran belleza, si resultaba tremendamente agradable. Tenía demasiados atributos buenos como para poder etiquetarla. La señora Landau había hecho muy bien contratándola.

Durante su viaje a Beijing había podido definir qué era lo que hacía de ella alguien tan especial. Había sido en la recepción, al verla relacionarse con sus colegas, donde se había dado cuenta de cómo era capaz de desplegar su magia y, a la vez, negociar sin dar tregua.

Prestaba atención al detalle tal y como lo hace una mujer, pero

pensaba como un hombre. Y, además de todo eso, no parecía tener ningún interés en él.

–La señorita Hamilton ha aportado sus valores a esta compañía tal y como lo hiciste tú en su momento, enseñándome todo cuanto sé, Stavros. Estoy ansioso de que os conozcáis la semana próxima. Ella te admira mucho.

–Yo también estoy deseando conocerla. La primavera va encontrarse con el invierno.

–Ella tiene ya sus treinta y bastantes, con lo que yo más bien diría que es el verano. En cualquier caso, te noto extrañamente cascarrabias.

–Tienes que ser abierto con los achaques de la edad.

Dimitrios se rio, no sin notar la vulnerabilidad de su ayudante. Quizá debía hablar con la señorita Hamilton para que le dejara a Stavros algún asunto importante del que ocuparse.

–Quiero que te quede claro que no te voy a dejar jubilarte hasta que yo no me jubile. Nos veremos a última hora de la tarde.

–¿Qué le sucede a Stavros? –le preguntó su sobrino en cuanto colgó el teléfono.

Dimitrios apoyó la cabeza sobre el respaldo.

–Está tomando conciencia de que se hace viejo.

–Lo entiendo.

Dimitrios se habría reído de semejante comentario de no haber sido por el tono tan serio que Leon le había imprimido.

–Me has dicho que querías hablar conmigo. Como me has contado lo de Ionna, no he podido evitar preguntarme si acaso te has enamorado de alguna chica que tu madre no aprueba.

Leon negó con la cabeza.

–No es por eso por lo que hemos discutido, sino porque le he dicho que no me gusta la carrera que estoy haciendo y que quiero dejar la universidad. Todavía estamos en septiembre y estoy a tiempo de anular la matrícula.

Dimitrios se obligó a sí mismo a mantener la calma y a no reaccionar precipitadamente.

–Debes tener una buena razón para tomar una decisión tan drástica.

–¡No me siento bien con lo que hago! –gritó él–. Nunca me he sentido bien. Mi madre siempre ha tenido el empeño de que sea el

heredero del imperio Pandakis. Dice que se lo debo a la memoria de mi padre. Pero no me interesa el mundo de los negocios. ¿Tú crees que eso me convierte en un traidor? –preguntó con voz ansiosa.

–No, claro que no –respondió Dimitrios.

En aquel momento, le habría gustado poder decirle a su sobrino unas cuantas verdades, como que su padre no estaba tampoco interesado en los negocios, o que su madre era en realidad una «cazafortunas». Pero la sinceridad estaba a veces reñida con el cariño, pues no quería hacer daño al joven.

–¿Qué es lo que quieres hacer en la vida? ¿Lo sabes?

Leon suspiró.

–Tengo una idea, y un sentimiento que crece con cada visita al monte Athos. Tú fuiste el primero que me llevó allí, ¿recuerdas? Dimos un enorme paseo y dormimos y comimos en varios monasterios.

Claro que lo recordaba, sobre todo la fascinación que su sobrino había sentido desde el primer momento por los monjes.

Dimitrios se incorporó. Sabía lo que Leon iba a decirle.

–Anoche le dije a mi madre que estaba pensando entrar en una orden religiosa. Ella salió de mi habitación completamente histérica. Jamás antes la había visto reaccionar así con nada. ¿Podrías hablar con ella, por favor? Tú eres la única persona a la que ella hace caso.

Cielo santo. ¿Sería posible que la admiración que Leon sentía por él lo hubiera llevado a considerar que el amor de una mujer era algo sin importancia?

La visita de Ananke a su habitación empezaba a cobrar un nuevo sentido.

Si su hijo renunciaba a todos sus bienes materiales y se retiraba a la montaña, Ananke no tendría más remedio que dejar la villa y marcharse a vivir a una casa modesta que Dimitrios le proporcionaría. Todos sus sueños se desvanecerían.

–Antes de hablar con tu madre, quiero saber con más detalle cómo te sientes.

–Como ya te he dicho, todavía tengo que pensar sobre ello.

–Nuestro viaje al monte Athos tuvo lugar hace diez años. Creo que has tenido bastante tiempo para pensar.

Leon se ruborizó y la reacción sorprendió a Dimitrios. Quizá su

sobrino tenía una verdadera vocación religiosa. Si ese era el camino que quería seguir, no iba a ser él quien lo disuadiera de no hacerlo.

No obstante, puede que aquella vida monástica sonara muy bien a oídos de alguien joven y algo perdido aún en la vida.

Dimitrios jamás había puesto en duda cuál habría de ser su propio destino, y que su principal responsabilidad era la de ser su guardián. Por eso, primero escucharía las razones de Leon, para luego hacerle ver ciertas cosas en las que él no habría reparado. Sabía que aquella decisión partiría totalmente el corazón de Ananke, quien, a pesar de todos sus defectos, amaba a su hijo con veneración.

Pero también destrozaría a Dimitrios si no lograba quitarse de la cabeza que, quizá, la drástica opción que había elegido su sobrino estaba relacionada con el tormentoso pasado de su tío y cuanto le había transmitido a causa de eso.

De pronto, Dimitrios se sintió más viejo que Stavros.

Capítulo 2

La familia de Alexandra siempre se quejaba del poco tiempo que se quedaba cuando iba a visitarlos a Paterson. Sus padres nunca habían aprobado su idea de aparentar más edad para lograr que la compañía Pandakis la contratara. Ese era un tema de discusión constante con su madre cada vez que la veía.

–Yo creo que después de cuatro años en la compañía, podrías volver a recuperar tu aspecto normal y a usar ropa que corresponda a tu edad. Hace tanto tiempo que no te veo como realmente eres, que ya no te recuerdo.

–Mamá –suspiró Alexandra–. Quería tan desesperadamente que me contrataran, que habría sido capaz de cualquier cosa con tal de agradar a la señora Landau. Pensé que si le daba a mi imagen un aire de mujer madura, segura e independiente, tendría más posibilidades. El señor Pandakis puede tener fama de donjuán, pero en cuanto al personal con el que trabaja, es totalmente profesional y respetuoso.

–Pero la señora Landau ya no está, cariño. Ahora que has obtenido lo que querías, creo que no estaría de más que volvieras a tener la apariencia de mi hija de nuevo.

–No lo entiendes, mamá.

–Sí, claro que sí. No quieres correr el riesgo de que nada te aleje de él, porque estás totalmente prendada.

–Así es –admitió ella–. Ese hombre es…

–¿Extraordinario? –preguntó su madre–. Lo sé. Es la causa de que hayas dejado de salir y de que ya no tengas vida social alguna.

–En este momento no tengo tiempo de socializar. Pero cuando la feria haya terminado, él se va a tomar tres semanas de vacaciones y me ordenará a mí que haga lo mismo.

–Lo que significa que te pasarás tres semanas esperando el día en que puedas volver a trabajar para verlo.

Su madre la conocía demasiado bien.

–Alexandra –continuó su madre–. No me gusta interferir en tu

vida, pero es evidente que estás completamente enamorada de ese hombre y eso te ciega respecto a una serie de verdades.

Alexandra hacía oídos sordos a cuanto su madre decía.

–¿No te das cuenta de que ese hombre no es normal?

–¿Por qué? ¿Solo porque no está casado y con tres niños? –gritó ella.

–Exacto. Es una persona que tiene demasiadas cosas, y me temo que se ha debido de perder en mitad del camino.

Alexandra negó con la cabeza.

–Si lo conocieras, no dirías eso.

–No me estoy refiriendo a su capacidad para los negocios. Hay algo en él que no está claro. Me da la sensación de que algo debió de hacerle mucho daño en su niñez, y es emocionalmente muy inmaduro. ¿Cómo, si no, explicas su incapacidad para establecer una relación estable? ¿Por qué la señora Landau elegía solo mujeres poco atractivas para trabajar con él? No es un tipo normal. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Los ojos de Alexandra se llenaron de lágrimas.

–Sí –susurró.

–Cariño –la madre la abrazó–. Yo lo único que quiero es tu felicidad, pero me temo que, si sigues a su lado, acabará aprovechándose de tu generosidad, sin darte nada a cambio. Acabarás quedándote soltera y no podrás formar una familia.

Alexandra lloró durante un minuto y luego se limpió las lágrimas.

–Mamá, tengo que contarte algo que quizá te haga entender por qué no puedo dejarlo escapar. Cuando solicité el trabajo en la Compañía Pandakis no fue por casualidad –dijo ella.

–Sospechaba algo así. Cuando su gente vino al seminario sobre seda hace diez años, recuerdo el impacto que causaron tantos hombres ricos y guapos en toda la ciudad. No era un mal sitio para iniciar una carrera una vez terminada la universidad.

–Realmente ocurrió hace nueve años.

La madre la miró interrogante.

–¿Qué fue lo que sucedió aquella noche? ¿Es que ese Dimitrios Pandakis se fijó en ti y te dijo que fueras a verlo cuando crecieras?

–¡No! –gritó Alexandra–. Si hubiera sido así, no habría necesitado disfraz alguno. Con quien sí ocurrió algo fue con Giorgio

Pandakis.

Alexandra le contó a su madre cómo Dimitrios la había salvado de su primo.

–Estaba dispuesto a apoyarme, mamá. Me ofreció su ayuda porque él es así.

–No me extraña que si se comportó de ese modo te enamoraras de él –dijo la madre en un tono susurrante–. Siempre me había preguntado qué era lo que había sucedido, porque todo cuanto has hecho desde entonces ha sido teniéndolo a él en mente.

–Jamás he podido mirar a otro hombre y jamás podría hacerlo.

–Pero ¿qué te ha dado aparte de dolor? Todo esto tiene que acabar, cariño. Una fantasía adolescente es una cosa, pero en ti se ha convertido en una obsesión. Si ese hombre fuera para ti, a estas alturas algo habría sucedido entre vosotros.

Alexandra sabía que su madre tenía razón. Todo el mundo tenía razón, también Michael y Yanni.

–Me da miedo que te vayas a Grecia con él. Eso puede estrechar la relación entre vosotros, sin que tú consigas obtener nada a cambio.

–Pero tengo que ir, soy la organizadora de la feria.

–Veo eso claramente, pero creo que te estás metiendo en la boca del lobo. Además, no me gusta la idea de que estés cerca de su primo. Obviamente, ese muchacho ya debió de causar problemas antes de agredirte a ti, si no tú jefe no habría tenido la actitud que tuvo.

–No te preocupes, mamá. Giorgio lleva tiempo casado y tiene niños. Además, ya no soy una adolescente, y no creo que ni tan siquiera se fije en mí.

Su madre la miró fijamente.

–No estoy tan segura de eso. Puede que hayas crecido, pero siempre serás hermosa. Además, las mentiras terminan saliendo a la luz. ¿Cómo crees que reaccionaría el señor Pandakis si descubriera que te has disfrazado solo para conseguir que te contratara?

–Fue la señora Landau la que me dio el trabajo.

–Tú sabes a lo que me refiero.

Alex suspiró.

–No sé lo que Dimitrios sentiría si lo descubriera.

–Yo creo que sí lo sabes. Acabas de decirme que es un hombre

honesto en todo lo que se refiere a su negocio. Los hombres así esperan que se los trate con idéntica honestidad. Acuérdate de lo que te digo, Alexandra: cada minuto que permaneces en ese trabajo estás corriendo un grave riesgo.

–¿Piensas que no lo sé? –dijo ella en un tono agónico–. He pensado mucho sobre ello. Entre Michael y tú me habéis convencido de que lo que debería hacer es renunciar a mi trabajo.

–Si realmente piensas así, entonces vete a Grecia a terminar lo que tienes entre manos, no te acerques a su familia y, después, regresa a casa y envía tu carta de renuncia. Él tendrá así tres semanas para encontrar a otra persona.

–Tienes razón –dijo ella descorazonada–. Charlene, mi ayudante, daría cualquier cosa por obtener mi puesto. En cuanto regrese, me buscaré algo cerca de aquí.

–¿Me lo prometes?

–Sí –abrazó a su madre–. Dale un beso a papá de mi parte. Me tengo que ir.

–Llámame tan a menudo como puedas.

–De acuerdo. Te quiero, mamá. Y gracias por el consejo.

–Es más que un consejo; es una advertencia.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Alexandra mientras se alejaba de la casa. Durante el trayecto de vuelta a Nueva York no hizo sino recordar una y otra vez la conversación que había mantenido con su madre.

Sentía que durante cuatro años había actuado como una necia. En todo aquel tiempo no había logrado causar ni el más mínimo impacto en Dimitrios.

Pero, si no a ella, si estaba dispuesta a que jamás olvidara los frutos de su trabajo.

Durante los últimos ocho meses se había dado en cuerpo y alma a la organización de la feria textil, dispuesta a lograr que Grecia alcanzara un puesto importante en la producción mundial.

Antes de que la señora Landau falleciera, ya le había encargado a Alexandra la elaboración de un proyecto atractivo, pues la compañía tenía que ganarse el apoyo del gobierno griego.

Aunque la señora Landau había dado su visto bueno a cuanto Alexandra había realizado, el fatal ataque que la mujer había sufrido en su casa había ocurrido antes de que pudiera presentarle

el material a Dimitrios.

La muerte de la mujer había afectado mucho a todo el mundo, especialmente a él, quien, de pronto, se había encontrado sin su mano derecha, sin su persona de confianza en la sucursal americana.

Cuando le pidió a Alexandra que se responsabilizara no solo de su trabajo, sino también del de la señora Landau, ella sabía que lo había hecho a pesar de considerar que no tendría capacidad para todo ello.

Pero Alexandra se apresuró a mostrarle todo el trabajo que ya tenía adelantado y que la misma señora Landau le había encargado. Solo faltaba su visto bueno para ponerlo todo en marcha.

Recordaba perfectamente aquella tarde. La había llamado a su despacho y la había recibido sentado tras su escritorio. Tenía claras marcas de cansancio en su atractivo rostro, fruto de demasiados viajes y poco reposo.

Él la miraba con curiosidad, pero con una patente desconfianza en su capacidad de llevar a cabo un trabajo tan complejo y de tanta importancia.

–¿Ha estado alguna vez en Grecia, señorita Hamilton?

–No. Pero soy licenciada en Historia.

Un silencio tenso siguió a su respuesta. Se frotó las sienes como si tuviera un dolor de cabeza. Sin duda, la situación era complicada y él estaba teniendo que hacer un grave esfuerzo de paciencia.

–¿Tiene algo por escrito o necesita más tiempo?

Ella respiró profundamente.

–Iré a mi oficina por el portfolio.

Nada más regresar le preguntó si podía extender el material sobre la mesa. Él asintió.

En el momento en que ella abrió el inmenso dibujo sobre la mesa, su gesto de resignación desapareció. Se inclinó sobre la imagen allí representada y frunció el ceño.

–Esto no es Atenas –dijo.

–¿Tenía pensado que fuera allí?

En lugar de responder, él continuó analizando lo que tenía delante.

Alexandra tragó saliva y continuó.

–Esto representa la Thessalonica medieval durante una feria

celebrada en la época bizantina, en el siglo doce. Había gentes de todas partes: Egipto, Constantinopla, Fenicia, El Peloponeso…

Él levantó al vista y la miró fijamente.

–¿Usted ha dibujado esto?

–No es más que un boceto. Pensé que, puesto que Thessalonica es su ciudad natal podría ser interesante recrear aquella lejana feria, con todo su colorido, sus mercaderes, puestos, y conseguir que todos los ciudadanos participaran. Podrían proveer de comida y alojamiento a los asistentes vestidos con su traje regional. Habría trovadores, músicos, bailarines… Thessalonica ha sido y aún es un importante centro cultural. No creo que haya un sitio mejor para celebrar un acontecimiento así.

Abrió el boceto de un detalle de la bahía.

–Podríamos invitar a los países del Mediterráneo, incluso del Atlántico, a que trajeran sus barcos y los anclaran en el puerto, tal y como se hacía antaño. Los asistentes podrían visitarlos. Sería como un viaje al pasado, pero con lo último en materia textil de todo el mundo. Haríamos una extraordinaria campaña en Internet. Cada país tendría su página web en la que listaría sus productos. Ya me he encargado de reservar algunas direcciones. La gente que no pueda atender podrá igualmente hacer sus pedidos. Piense en lo que todo esto supondría para la isla: una importante lanzadera económica. Además….

Extendió un nuevo dibujo.

–Siguiendo la ruta de la seda que va desde Thessalonica hasta Soufli, se podrían hacer exposiciones sobre la seda, con un tour a distintos puntos estratégicos. Allí el clima es cálido en septiembre y la feria se desarrollaría en la mejores condiciones. Podríamos avisar a los medios con suficiente antelación y estoy segura de que harían una cobertura total del acontecimiento…

–Señorita Hamilton –la cortó.

Ella sintió un sudor frío. «No le gusta», pensó. Temerosa de mirarlo, respondió.

–¿Sí?

–Lo que ha desarrollado aquí es una obra de puro genio. A decir verdad, tengo dificultades para seguirla.

Alexandra se había preparado para la decepción, pero en absoluto para semejante halago.

–Pero, por desgracia, nada de esto podría llevarse a cabo sin las necesarias plazas hoteleras, y en la zona de Macedonia y Thrace hace falta avisar de un acontecimiento así con meses de antelación.

–Lo he hecho –dijo ella y él la miró completamente atónito–. No solo a los hoteles, también a los restaurantes, universidades, músicos, servicios de transporte, autoridades portarias, la policía, para que todos tengan tiempo de planificar con antelación.

–¡Cielo santo! –suspiró él.

–Me alegro de que estemos hablando de todo esto hoy, porque pasado mañana es la fecha límite que tengo para cancelar o confirmar todo esto sin multas. Quiero que sepa que todo el mundo me ha dicho que solo esperarían tanto tiempo porque se trataba de Dimitrios Pandakis. Tengo que decirle que es un verdadero honor trabajar para usted.

Dimitrios se pasó la mano por el pelo.

–Siento decirle que, en lugar de un premio por su brillante trabajo, se ha ganado el castigo de tener que quedarse a trabajar toda la noche conmigo, señorita Hamilton –con aquellas palabras no había hecho sino alimentar parte del deseo insatisfecho de Alexandra–. Mientras usted lo organiza todo para que nos sirvan la cena aquí, yo cancelaré mi cita de esta noche. Quiero que me cuente su idea desde el principio, lentamente esta vez. Necesito escuchar los detalles que esa brillante mente suya ha ideado. La verdad es que no había estimado en lo que valía su formación universitaria. ¿Habla algún idioma?

–Como mi especialización fue en Historia Clásica tuve que estudiar latín y griego.

–¿Habla griego? –le preguntó incrédulo.

–No. Pero desde que trabajo para ustedes estoy tratando de aprender ambos con la ayuda de un tutor.

–¿Quién?

–Un licenciado de la universidad de Atenas que vive en mi edificio. Hacemos un intercambio de clases por cenas.

–¿También sabe cocinar?

–A Yanni no lo disgusta mi comida.

Alexandra no recordaba haber visto a Dimitrios sonreír nunca antes y su gesto lo hizo aún más atractivo.

–Cuando vaya abajo, pida que le manden una jarra de café.

–¿Qué marca de descafeinado quiere?

Él levantó una ceja.

–Olvídese de todo lo que aprendió de la señora Landau.

–No creo que lo diga en serio. Ella velaba solo por su bienestar.

Sus ojos negros se fijaron en los de ella.

–Usted sabe mucho más de lo que yo creía posible.

Alexandra esperaba sinceramente que así fuera porque, ¿cómo si no se iba a hacer imprescindible para él?

Algunas lágrimas más se deslizaron por sus mejillas. En todos aquellos meses poco había cambiado la situación personal. Su madre tenía razón respecto a Dimitrios. No era normal. Incluso Alexandra había llegado a la conclusión de que tenía que abandonar la lucha. La feria sería su último trabajo allí…

Dimitrios salió de la oficina con el periódico bajo el brazo y se dirigió al ascensor. Luego bajó hasta el garaje.

–¿La señorita Hamilton no ha llegado aún? –le preguntó a su chófer.

–No la he visto, señor Pandakis.

Miró el reloj. Solo pasaban dos minutos de las ocho. Pero le extrañaba, pues era la persona más puntual que había conocido.

El día anterior le había sugerido pasar a buscarla a su apartamento. Sorprendentemente le había dicho que no sería necesario, pues pensaba estar en la oficina a primera hora para dejar zanjados unos asuntos.

–Señor Pandakis.

Dimitrios se volvió y vio que uno de los recepcionistas se aproximaba a él.

–Su secretaria acaba de llamar. Dice que se ha hecho tarde y que un amigo la llevará directamente al aeropuerto.

No le cabía duda de que la señorita Hamilton tendría muchos amigos. Pero del único que sabía era de Yanni, un compatriota suyo.

Además de hacerle la cena a cambio de clases de griego, ¿sería también compañero de almohada? Eso podría explicar por qué no lo había llamado directamente al móvil para contarle el cambio de planes. No le habría resultado fácil si el «profesor» estaba tumbado

a su lado y estaban teniendo una difícil despedida.

La vida amorosa de la señorita Hamilton le resultaba un auténtico enigma, pues nunca había dejado que interfiriera en su trabajo. Si de algo se había dado cuenta era de que no era como el resto de las mujeres, por eso se había convertido en alguien de inestimable valor para él.

Se montó en la limusina.

–Vamos al aeropuerto.

–Sí, señor.

Dimitrios abrió el periódico. En la primera plana del *Times* aparecía una enorme foto de tres barcos, uno vikingo, uno griego y uno romano, que esperaban atracados en el puerto de Thessalonica el inicio de la feria. Un artículo de cierta embergadura acompañaba a la imagen. Estaba claro que la mano de la señorita Hamilton había intervenido en la redacción. Dimitrios pensó que tal vez había sido demasiado frío con ella, pues, quitando un escueto «bueno», no le había dado…

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una llamada de teléfono. Miró el número. Pertenecía a su villa en Grecia.

–¿*Yassou*?

–*Kalimera*, tío. Vienes para aquí hoy, ¿verdad?

Su sobrino parecía ansioso.

–Voy de camino al aeropuerto.

–Bien. Tengo que hablar contigo de un montón de cosas.

–Supongo que la situación con tu madre se habrá tranquilizado.

–La verdad es que ella se niega a tratar el asunto.

–Ya hemos hablado de esto. Sabes que teme perderte, Leon.

–¿Cómo puedo convencerla de que eso no puede suceder?

Dimitrios se frotó los ojos.

–Verás, creo que lo mejor será que mañana los tres nos sentemos y hablemos de todo.

–Gracias. Mi madre es más accesible cuando estás tú. ¿Puedo recogerte del aeropuerto?

Dimitrios notó el tono suplicante de su sobrino.

–Llegaré muy tarde y mi secretaria vendrá conmigo.

–¿Dónde se va a quedar?

–En el Palace.

–No pasa nada. La llevaremos allí de camino a casa. Aunque

puede que tardemos, porque el tráfico está imposible. Te vas a sorprender de la transformación que ha sufrido la ciudad.

–Estoy ansioso por ver todo terminado.

–Toda la ciudad ha sido adornada con pendones medievales y telas de colores. La ciudad está abarrotada de gente y, en este momento, hay seis barcos en el puerto. ¡Ya veras la embarcación egipcia de tiempos de Cleopatra! Yo creo que en cinco días la gente no va a tener tiempo suficiente de verlo todo.

–Pero es el tiempo máximo que puede soportar nuestra ciudad una invasión así.

–Eso es lo que Vaso dice. Estuvimos comiendo con unos oficiales de la oficina del primer ministro. Dicen que nunca antes habían visto nada semejante. Ya están dándote la enhorabuena y la feria ni siquiera ha empezado.

–Mi secretaria se sentirá muy feliz de oír eso. Es la verdadera mentora de esta extraordinaria idea.

–Dices eso porque eres excesivamente modesto.

–No. Si no me crees, le diré a la señorita Hamilton que te enseñe el proyecto que me presentó cuando lleguemos.

–Me alegro de que vuelvas a casa, tío.

–Yo también. Nos vemos. Un saludo.

Dimitrios colgó sin dejar de pensar en la señorita Hamilton. Leon se iba a quedar muy impresionado cuando viera sus dibujos. Estaba dispuesto a enmarcar el primero que le había mostrado y a colgarlo en su oficina.

El teléfono sonó de nuevo y él respondió sin reparar en el número.

–¿Leon? ¿Se te ha olvidado algo?

–Soy Ananke.

Dimitrios debía haber mirado el teléfono, pero había estado despistado pensando en la señorita Hamilton.

–*Yassou,* Ananke.

–No me sorprende que mi hijo te haya llamado antes que yo –comenzó a decir sin más preámbulos–. Quiero saber si está dispuesto a quedarse en la universidad un semestre más. Por favor, dime que sí.

Su desesperación debilitó a Dimitrios.

–Todavía estoy negociando con él y tratando de ver adónde se

encamina.

–¿Cuándo vuelves a casa?

–Hoy a última hora. Le he dicho a Leon que nos sentaremos los tres y discutiremos con calma el asunto.

–Gracias –dijo ella con la voz temblorosa.

–Ananke, no olvides que no es mucho lo que yo puedo hacer.

–¡Puedes impedírselo!

Dimitrios suspiró.

–Si su destino está trazado, no habrá nada en La Tierra que pueda cambiar eso.

Ella gimió y él se despidió.

–Nos veremos mañana –colgó.

El vehículo se detuvo al llegar ante su jet privado. Bajó del coche y se apresuró a subir las escaleras.

–*Kalimera*, Kyrie Pandakis.

Era la señorita Hamilton la que lo recibía saludándolo en su idioma. Aquella mujer nunca dejaba de sorprenderlo.

–*Kalimera* –respondió él, y sintió un profundo alivio al ver que ella ya estaba allí.

–*Hero poli*.

–Yo también me alegro de verla –respondió él y continuó hablandole en griego, impresionado por su nuevo despliegue de habilidades. Su acento era casi perfecto–. ¿Qué tal si seguimos hablando después de que nos pongamos los cinturones?

–Lo siento pero no he entendido ni una sola palabra de lo último que me ha dicho.

Su sinceridad le resultó tan refrescante que no pudo evitar soltar una carcajada, logrando así despejar la pesada sensación que lo iba acompañando desde que su sobrino le había contado sus dudas y deseos.

Los motores se pusieron en marcha y Dimitrios vio cómo la señorita Hamilton abría su estimada agenda a la que llamaba «su biblia». No iba a ninguna parte sin ella.

–¿A su amigo no le ha importado tener que traerla a horas tan tempranas al aeropuerto?

Ella levantó la cabeza.

–Yanni también venía a tomar un avión hacia Atenas.

–¿Va a visitar a su familia?

–No. Va a la feria.

El azafato eligió aquel preciso instante para servirles un té. Dimitrios le dio las gracias y se acomodó en su asiento, mientras se preguntaba por qué le importaba tanto la respuesta de ella. Al fin y al cabo no era asunto suyo que planeara estar con su amante en Thessalonica.

Esperó a que el té se enfriara y luego dio un largo sorbo a la reconfortante infusión. Estaba tan buena que decidió no parar hasta bebérsela toda.

Felicitó al azafato en griego, pero este le respondió que no había sido él, sino la señorita Hamilton quien había traído la bebida.

–Mi enhorabuena, señorita Hamilton. Este té sabe a néctar de dioses.

Ella alzó la vista.

–Según Yanni así es como se llama en griego: el néctar de los dioses. Proviene de las montañas del Peloponeso. Al comentarle que le gustaban a usted las cosas dulces, me sugirió que le echara un poco de miel. Me alegro de que le haya gustado.

Dimitrios debería haberse sentido particularmente contento por su intento de complacerlo, y de algún modo lo estaba. Pero, por algún motivo, lo irritaba que Yanni fuera parte de aquel gesto.

Ella abrió el ordenador portátil.

–¿Le parece que revisemos la agenda de hoy? He hecho una copia impresa para usted. Si quiere cambiar algo lo modificaré y lo imprimiré cuando lleguemos a Grecia.

Dimitrios se acomodó en el asiento, recostó la cabeza y cerró los ojos en un gesto de rebelión.

–Léamela. La interrumpiré si pienso en algo en lo que no haya pensado usted ya.

* * *

Parecía cansado e incluso enfadado.

Alexandra había pensado que aquel té le endulzaría el espíritu. Normalmente, gozaba de un carácter bastante suave para un hombre con tanta responsabilidad.

Pero en los seis meses que llevaba trabajando cerca de él había notado ciertos altibajos en su estado de ánimo que seguían un

patrón. Siempre sucedía cuando se preparaba para volar a Grecia.

Eso le hacía sospechar que su madre tal vez tuviera razón, y que había ciertos demonios que todavía lo atormentaban.

Decidida a seguir los dictados de su jefe, comenzó a recitar la lista de obligaciones del día. Pero, cuando solo habían transcurrido unos segundos, notó cierto cambio en su respiración. Se había dormido.

«Zeus está descansando», se dijo. Así era como ella lo veía.

Aquella era la segunda vez que volaba en el jet privado de Pandakis con su águila como emblema. En su primer vuelo con él a San Francisco, se había sentido como si el legendario Dios la hubiera invitado a ascender a su reino privado en el Cielo.

Lo estudió detenidamente de arriba abajo, fijándose en su cuerpo poderoso y fuerte. Habría deseado haber sido pintora para haber podido captar toda su grandiosidad en un lienzo. Tenía el rostro característico de sus antecesores macedonios y ese tono de piel dorado que da el sol del Mediterráneo.

Aquel hombre, más hermoso que Adonis, era, según decían, el amante de muchas mujeres, pero jamás se comprometía con ninguna. Alexandra sabía de un buen número de ellas que llamaban a la oficina ansiosas por hablar con él.

Pero la verdad era que no sabía lo que hacía cuando acababa su trabajo al final del día. Seguramente habría una parte de verdad en lo que los cotilleos decían.

No obstante, para ella Dimitrios Pandakis era como un Dios supremo que regía con grandiosidad su imperio.

Su encuentro con él nueve años atrás había sido proverbial a la hora de definir a aquel hombre ante sus ojos como el Dios de la Justicia, el protector de los débiles.

Después de haberla salvado de la agresión de su primo, había demostrado su generosidad alejando al otro hombre de ella. Pero no solo se había ido con eso, sino que también se había llevado su corazón.

Su intervención había cambiado para siempre el curso de su vida.

Al mirarlo una vez más, sintió que el dolor se intensificaba. Más que nunca tomó conciencia de que no le valía con ser su secretaria. El final de la feria habría de ser también el final de aquel camino.

Tenía que acabar con aquella fantasía.

Agotada por la falta de sueño y el cansancio emocional, decidió cerrar los ojos y tratar de dormir.

Se llevó una verdadera sorpresa cuando, al despertarse, se encontró con que el avión estaba completamente a oscuras. Fuera también era de noche.

Miró el reloj. ¡Cielo santo! ¿Cómo podía haberse quedado dormida durante siete horas?

Dimitrios no estaba a su lado, pero oyó voces que venían de la cabina.

Seguro que habría roncado, o quizá sus tripas habrían sonado. La idea le resultaba realmente humillante.

Decidió ir al baño para refrescarse un poco.

Mientras se peinaba y se rehacía el moño, notó que el avión se movía bastante. Pero no le prestó atención hasta que no vio el signo de «abrochénse los cinturones».

Se dirigió a su asiento y se puso el cinturón. En ese momento, Dimitrios salió de la cabina de mando y se encaminó a su sitio.

–Yo también venía a…

No pudo decir nada más. En ese instante el avión dio un fuerte bote y Dimitrios cayó al suelo, golpeándose contra la pared.

Nada más verlo se dio cuenta de que estaba inconsciente… y tenía sangre.

–¡Dimitrios!

El avión había empezado a descender a toda velocidad.

«¡Por favor, Dios, no permitas que le suceda nada!».

Capítulo 3

Ya vuelve en sí.

–No le permita que mueva la cabeza.

–El helicóptero médico irá hacia la pista en cuanto aterricemos.

–Ha dejado de sangrar.

–Eso es bueno. Mantenga la gasa apretada contra la herida.

–¿Se habrá roto el brazo?

–No. No veo nada roto, pero va a tener un gran hematoma durante una temporada.

Dimitrios llevaba varios minutos oyendo voces a su alrededor. Notaba un intenso dolor en la cabeza y, lentamente, su cuerpo iba despertando.

Mezclado con el olor a alcohol había un delicioso aroma que procedía de la mano que le sujetaba suavemente la barbilla. Tenía la sensación de estar reposando sobre algo blando y cálido. Abrió los ojos.

Se sintió mareado y parpadeó varias veces, hasta que, finalmente, vio ante él un par de grandes ojos verdes que lo miraban fijamente. Parecían ocupar todo el rostro.

¡Dios santo! ¿Qué estaba haciendo en el suelo del avión?

–¿Señorita Hamilton?

–¡Gracias a Dios que me reconoce! –dijo ella genuinamente emocionada.

–Bienvenido –dijo el copiloto.

Dimitrios parpadeó de nuevo. Quizá era el ángulo con que la luz incidía en las pestañas de su secretaria lo que las hacía lucir tan espesas y y largas. La verdad era que jamás la había visto sin gafas, pero se dio cuenta de que tenía una piel tersa y suave y unos labios de ensueño.

–¿Qué ha sucedido?

–El avión ha dado un gran salto antes de que pudiera llegar a su asiento –le explicó ella.

–Sí, ahora me acuerdo –farfulló él en un gruñido–. ¿Falta mucho

para que aterricemos?

–Estamos a punto de llegar al aeropuerto de Macedonia –respondió el azafato. Dimitrios comenzó a levantarse–. No se mueva. Tiene una fuerte contusión en la cabeza y es necesario que lo vea un médico.

–Le he oído decir que no tenía nada roto, así que déjeme levantarme –le ordenó.

El azafato y el copiloto se negaron a obedecer.

Alexandra decidió intervenir.

–Veamos, ¿cuántas piedras tiene mi anillo? –le preguntó a Dimitrios mostrándole la sortija.

–Cinco.

–Bien. Ve perfectamente, así que creo que el señor Pandakis puede al menos sentarse en su sitio.

El azafato negó con la cabeza.

–No creo que…

–¡Yo sí! –dijo ella con firmeza–. Asumo totalmente la responsabilidad de cuanto pueda ocurrir como consecuencia de mi decisión. Ahora, por favor, ayúdenme a llevarlo a su asiento y a ponerle el cinturón antes de que iniciemos el descenso –se acercó a él y le susurró algo al oído–. No se le ocurra desmayarse ahora.

Dimitrios podía contar con los dedos de una mano las veces que se había sentido realmente sorprendido por algo. Ver a su copiloto y a su azafato respetar de aquel modo la voluntad ajena fue una de esas raras ocasiones que lo dejaron perplejo.

Una vez en su asiento, se acomodó como pudo, mientras trataba de vencer la sensación de mareo.

Le pesaba la cabeza y le dolía todo. Aunque, durante el segundo en el que había notado el roce de los labios de su secretaria sobre la oreja, el sufrimiento había desaparecido. Una descarga eléctrica lo había sacudido de arriba abajo, desalojando el dolor por breves instantes.

–¿Lo ven? Está perfectamente –le dijo ella a la tripulación–. Díganle al piloto que cancele la llamada al helicóptero. Su familia llamará al médico si no se encuentra bien una vez que llegue a su casa.

–¿Es eso lo que el señor Pandakis quiere?

–Como dice mi secretaria, estoy perfectamente. Gracias por su

ayuda y su preocupación. Y denle las gracias al piloto por haber sabido cómo controlar el avión a tiempo –se volvió hacia ella y le habló en tono confidente–. Cuando deje de darme vueltas la cabeza, recuérdeme que le debo una bonificación por haber mantenido la calma como lo ha hecho. Todo esto ha debido de ser aterrador para usted.

–Lo único que realmente me ha asustado ha sido verlo caer como lo ha hecho.

El signo de «abróchense los cinturones» acababa de encenderse. Estaban iniciando el aterrizaje.

–Enseguida estaremos en tierra –oyó su voz como si llegara desde muy lejos.

De lo siguiente que Dimitrios Pandakis tuvo conciencia fue de que su secretaria estaba inclinada sobre él quitándole el cinturón de seguridad. Una vez más pudo oler aquel agradable y característico aroma.

–Ya estamos llegando a casa, señor Pandakis –dijo ella–. Levántese y apóyese en mí.

El mareo era igualmente fuerte en el cielo que en la tierra. Se apoyó sobre ella y se encaminaron hacia la puerta. A pocos pasos de la entrada tuvo que agarrarse a ella con más fuerza.

Jamás habría adivinado que bajo aquella ropa de uniforme pudieran esconderse tan sugerentes curvas femeninas. ¿Por qué demonios escondía aquella voluptuosa figura? ¿Y por qué no usaba lentes de contacto? Aquellas espantosas gafas ocultaban todos sus encantos.

–Vamos –dijo ella–. Ya casi hemos llegado.

–Deme un minuto –todo le daba vueltas. Y la sensación que le transmitía el calor de su cuerpo lo había tomado por sorpresa.

El azafato abrió la puerta.

Dimitrios oyó unos pasos acercándose a la entrada.

–¿Tío?

Al ver a un hombre de una edad cercana a la suya, Alexandra se quedó muy sorprendida. Había pensado siempre que su sobrino sería más joven.

El muchacho se detuvo al ver a su tío apoyado sobre ella.

Dimitrios había cerrado los ojos momentáneamente y su sobrino pareció realmente alarmado.

–El señor Pandakis ha tenido un pequeño accidente. Está un poco mareado porque ha sufrido un golpe en la cabeza, pero no se trata de nada serio –le aseguró ella–. Si no le importa ocuparse de su tío un momento, eso me dará la oportunidad de recoger mis cosas.

–Por supuesto –dijo él y se apresuró a rodear a su tío con el brazo–. ¿Crees que puedes seguir, tío?

–Después de que os presente –respondió Dimitrios–. Esta es la señorita Hamilton.

Ella miró al sobrino de Dimitrios con la esperanza de que captara su mensaje tácito. Así fue.

–Ya tendremos tiempo para formalidades más tarde. Ahora tengo que llevarte a casa.

Entre Leon y los dos pilotos llevaron al señor Pandakis al coche. Alexandra los siguió ya con su maletín y su maleta.

Una vez en el vehículo, tumbaron al enfermo en el asiento trasero. Por su aspecto, parecía estar sufriendo.

Dio las gracias a la tripulación y, antes de que pudiera decir nada, Leon ya había puesto en marcha el coche.

–¿Cuánto se tarda en llegar al Palace? –preguntó ella en voz baja, mientras se alejaban del avión.

–Normalmente quince minutos –susurró él en respuesta–. Pero con la feria, el tráfico está muy mal, así que puede que tardemos algo más.

–La señorita Hamilton no se quedará en el hotel esta noche, Leon. Llévanos a la villa.

Leon miró con sorpresa a su tío, pero ella comprendió los motivos de Dimitrios. Estaba demasiado cansado y necesitaba llegar a casa cuanto antes.

Se inclinó sobre Leon y le murmuró unas palabras al oído.

–Cuando lleguemos tomaré un taxi.

Él asintió.

Una vez aclaradas las cosas, se volvió hacia la ventanilla y miró a través del cristal.

Le parecía increíble estar en Grecia. Lo normal habría sido que se hubiera sentido alegre y feliz. El tiempo era maravilloso y

estaban atravesando una de las ciudades más antiguas de Europa. ¡Había tanta historia allí!

Pero después del shock sufrido, estaba demasiado nerviosa como para poder apreciar nada. Cerró los ojos.

Solo había una cosa que realmente le importaba: Dimitrios estaba vivo y, al parecer, en una pieza. Sus heridas podrían haber sido mucho peores. Pero todavía tenía que recobrarse de la visión de aquel cuerpo enorme tendido en el suelo, inmóvil.

Si Alexandra hubiera necesitado una prueba de lo que Dimitrios significaba para ella, aquel incidente se la habría dado definitivamente.

Leon hizo una serie de llamadas antes de llegar. Al aproximarse a la verja de la casa las inmensas puertas de hierro de acceso se abrieron a su paso, sin que tuviera que detenerse.

Ante la entrada principal había varias personas ya esperando. Dos mujeres se aproximaron a toda prisa. Una era mayor, con el rostro ajado por el sol. La otra, de mediana edad, era muy atractiva, con grandes ojos marrones. Se parecía a Leon.

–¡Dimitrios! –gritaron las dos en cuanto su sobrino salió del coche y abrió la puerta trasera.

Las dos mujeres comenzaron a hablar en griego.

Uno de los empleados, Kristofor, ayudó a Leon a sacar al señor Pandakis del coche. Por el gesto de todos los asistentes era patente que todo el mundo lo apreciaba sinceramente.

Aliviada al saber que él ya estaba en casa bajo la protección de su familia, Alexandra abrió el maletero del coche para recuperar sus cosas.

En ese mismo instante, apareció un taxi. Leon debía de haberlo avisado en una de sus llamadas.

Todo el mundo hablaba en griego. De pronto, la voz de Dimitrios se impuso por encima de la de todos los demás. Leon, confuso, se encaminó al taxi, sacó dinero del billetero y pagó al taxista que arrancó y se marchó.

–Que todo el mundo hable en inglés –pidió Dimitrios. Para ser un hombre herido tenía mucha fuerza y autoridad–. Mi secretaria, la señorita Hamilton, será nuestra invitada durante unos días. Serilda, por favor, ¿serías tan amable de prepararle la habitación de invitados? Por favor, traigan sus cosas del coche.

La mujer que parecía la madre de Leon miró a Alexandra como si fuera un ser de otro planeta, pero el resto de los presentes no hizo sino cumplir las órdenes de Dimitrios.

Al entrar en la casa, Alexandra tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Le parecía estar en plena época bizantina. En otras circunstancias, le habría encantado explorar el lugar, averiguarlo todo sobre cada objeto.

Pero Alexandra podía escuchar aún las advertencias de su madre resonando en sus oídos.

Siguió a Dimitrios, a quien condujeron a su dormitorio.

Aunque el golpe de la cabeza estaba oculto, Alexandra notó que tenía el pelo todavía manchado de sangre, como un macabro recordatorio del incidente que podría haber acabado con su vida. Al pensar en ello, sintió que el estómago le daba un vuelco y que se sentía mareada. Se detuvo un instante, hasta que el momento de debilidad pasó.

La madre de Leon, que estaba detrás, no hacía sino hablar con su hijo en griego, contraviniendo las órdenes de su cuñado.

–Señorita Hamilton –la llamó Dimitrios–. Cuando se haya acomodado, le rogaría que viniera a mi dormitorio. Tengo unos cuantos asuntos que tratar con usted.

–Puedo ir ahora si lo prefiere –cuanto antes pudiera decirle lo que le tuviera que decir, antes podría pedir un taxi y salir de allí.

–Sí, lo prefiero –dijo él.

Su habitación fue una inesperada sorpresa pues estaba decorada de un modo moderno y con un toque indiscutiblemente masculino. Alexandra se sentó en una de las sillas que había dispuestas junto a una mesa, mientras Leon y Kristofor ayudaban a Dimitrios a tumbarse en la cama.

Cerró los ojos. Parecía estar realmente agotado. Tenía la camisa manchada de sangre y ligeramente abierta, dejando entrever el vello oscuro de su torso. Alexandra cerró los ojos para no verlo.

Jamás lo había amado tanto como entonces. Lo único que quería era tumbarse a su lado y cuidarlo, abrazarlo como lo había abrazado en el avión.

–Serilda ha llamado al médico. Hasta que no te examinen, no vas a tratar ningún asunto –dijo Ananke, que acababa de entrar.

–Mamá tiene razón, tío Dimitrios. Déjame que te ayude a

meterte en la cama.

–Como podéis ver, solo estoy un poco mareado. Esto se me pasará. Os agradezco que os preocupéis, pero la señorita Hamilton y yo tenemos cosas que hacer y que no pueden esperar.

–Estoy segura de que ella también está agotada –insistió Ananke.

Alexandra notó que los comentarios de la mujer habían impacientado a Dimitrios y decidió intervenir.

–La verdad es que he dormido siete horas en el avión y estoy perfectamente. No obstante, prometo no cansar a su cuñado.

–¿Leon? ¿Podrías traer el maletín de la señorita Hamilton aquí?

Su sobrino asintió y salió de la habitación.

Ananke apretó las manos.

–Te traeré unos analgésicos y un poco de té.

–No creo que deba tomar nada –dijo Alexandra. Ananke le lanzó una mirada de odio–. Solo lo digo porque sé que el señor Pandakis ha sufrido una contusión, y no es conveniente que se medique sin la intervención del médico.

A pesar de su estado físico, Dimitrios estaba lo suficientemente alerta como para intervenir.

–Ananke, por favor, dile a la cocinera que prepare algo de comer para la señorita Hamilton. No ha comido ni ha cenado y debe de estar hambrienta.

La mujer frunció el ceño furiosa antes de salir del dormitorio.

–Aquí tiene su maletín, señorita Hamilton.

–Gracias.

–Leon, me alegro de que subieras a recogerme al avión. No habría podido bajar de allí sin tu ayuda. Mañana por la mañana hablaremos, ¿de acuerdo?

–Solo si te encuentras mucho mejor, tío.

–Seguro que así será. ¿Te importaría cerrar la puerta cuando salgas?

–Así lo haré –miró a Alexandra–. Buenas noches, señorita Hamilton.

Un extraño silencio llenó la habitación cuando Leon salió.

Alexandra sintió cierto alivio al ver que Dimitrios tenía los ojos cerrados. Parecía estar descansando.

Inesperadamente, habló.

–Después de todo lo acontecido hoy, me he dado cuenta de que,

entre todos sus atributos tiene usted uno particularmente sorprendente: puede leer el pensamiento.

–Se refiere a la cancelación del helicóptero.

–Entre otras muchas cosas.

–La verdad es que lo hice también por mí misma.

–¿A qué se refiere?

–Es usted el hijo favorito de Thessalonica, por lo que, de haberlo trasladado al hospital, la prensa habría tomado nota y lo habría seguido. La verdad es que, después de lo sucedido, no me veía con fuerzas para enfrentarme a ellos…

–Se refiere a después de haber visto peligrar su propia vida en el avión.

Ella bajó la cabeza.

–Sí, algo así… –respondió ella, aun sabiendo que no era por sí misma por quien se había alarmado, sino por él–. También estaba preocupada por la publicidad. A los miembros del gobierno les iba a dar un ataque si se enteraban de que había tenido un accidente a tan pocos días de la inauguración de la feria. A pesar de todo, su nombre estará en la primera plana mañana por la mañana. Cuando el piloto llamó al hospital dejó bien claro que se trataba de alguien importante. En este momento ya todos los periódicos se habrán enterado de que está usted en Grecia y que ha sufrido un grave percance en el camino.

–Lo cierto es que algo grave me ha pasado.

Su comentario fue tremendamente críptico. Ella juntó las manos sobre el regazo.

–Realmente no tenemos ningún asunto que tratar esta noche. ¿Por qué me ha pedido que me quede?

–Usted es la que sabe leer la mente, señorita Hamilton. Adivínelo.

Ella respiró profundamente.

–Yo creo que su cuñada tiene razón. Está usted muy cansado y yo debería irme al hotel.

–No se preocupe por la cancelación de la habitación. Yo me ocuparé de eso.

–Ese es el problema. No puede cancelarla.

Él abrió lo ojos, como si algo inesperado lo hubiera alertado.

–¿Por qué no? Si tengo que quedarme aquí confinado durante

los próximos días, lo más razonable sería que se quedara en la villa.

–El hotel no es más que un lugar para dormir. Estaré disponible el resto de las horas –dijo ella.

Cada vez había más tensión.

–Tengo la sensación de que me oculta algo.

Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no pararía hasta recibir la respuesta que esperaba.

–Alguien más está conmigo en el hotel.

Sus oscuros ojos negros le lanzaron una intensa y penetrante mirada.

–¿Yanni? –le preguntó él en un tono un tanto despectivo.

–No. Su nombre es Michael. No creo haberle hablado de él nunca antes.

–¿Ese Michael sabe que está usted en un viaje de negocios?

–Sí, por supuesto. Por favor, no piense que trataba de aprovecharme de su generosidad. Estoy dispuesta a pagar por esa habitación –prefirió no mencionar a los amigos de Michael.

–¿Sobrevivirá si le pido a usted que se quede en la villa hasta que me recupere?

Jamás había oído de sus labios un tono suplicante como aquel. Era un hombre que jamás dejaba adivinar la más mínima debilidad.

Pero estaba claro que la feria era realmente importante para él, y no podía permitir que nada fuera mal. Obviamente, estaba acostumbrado a tenerla en la oficina. Muchas veces trabajaban juntos hasta muy tarde. Le resultaría muy incómodo tener que llamarla al hotel.

–Por lo que veo mi petición no le ha gustado –dijo en un tono sarcástico que provocó en Alexandra un inesperado rubor.

–¡No se trata de eso! –respondió ella rápidamente–. Es solo que necesito que mi amigo me dé una cosa.

–Leon puede ir mañana por la mañana allí para recoger lo que sea. A menos que lo quiera ahora.

–Ahora no… Se trata de un disfraz.

Él sonrió. Por algún motivo la noticia le había agradado.

–Déjeme adivinar: para la entrevista de televisión va a salir vestida como Thessalonica, la esposa del rey de Macedonia.

Ella se carcajeó suavemente.

–No es para mí. No pienso acercarme a los medios de

comunicación.

–¿Entonces para quién?

–Para el responsable de todo esto.

–Si se refiere a mí, le recordaré que no he hecho nada desde el día que sustituyó usted a la señora Landau, así que no creo que pueda calificarme como tal.

Ella no respondió al comentario.

–Tendrá que probárselo antes de aparecer ante las cámaras.

Él se removió como si quisiera levantarse, pero enseguida volvió a tumbarse.

–¿Realmente me ha buscado un disfraz?

Ella tragó saliva.

–Lo mandé hacer.

Después de un extraño silencio él continuó.

–Deme alguna clave para que pueda adivinar de qué es.

–Bien… Era un comandante del ejército de Thessalonica a principios del siglo cuarto.

–Había docenas de ellos…

–Este fue nombrado por el emperador Maximiano como su sucesor.

–Si no recuerdo mal, Maximiano perseguía a los cristianos.

–Sí, pero este comandante era un defensor de Cristo. Lo metieron en prisión por haber desafiado al emperador. Luego un ángel se le apareció y le dijo que debía ser valiente. Unos días después, lo martirizaron y se convirtió en un santo.

Se hizo otro silencio, mucho más largo que el anterior. Él había adivinado de quién se trataba.

Antes de que pudiera decirlo, alguien llamó a la puerta. Aparecieron el ama de llaves con una bandeja y, detrás, Ananke y Leon seguidos de un hombre que llevaba un maletín de médico.

–Hola, Dimitrios. He oído que te has dado un golpe en la cabeza. Déjame que te examine.

Alexandra se levantó dispuesta a marcharse.

–Siéntese, señorita Hamilton –le ordenó Dimitrios.

El doctor le guiñó un ojo.

–Dimitrios nunca ha sido un buen paciente. Puesto que ha hablado, será mejor que lo obedezca.

El ama de llaves dejó la bandeja sobre la mesa y salió. Los otros

dos se quedaron esperando las noticias que tenía que darles el médico.

Alexandra no tuvo más remedio que cumplir los deseos de su jefe.

Después de chequear a Dimitrios, el médico le pidió a Leon que trajera agua caliente del baño. Les explicó que iba a limpiar la herida.

–Cuéntame cómo ha sucedido.

–La señorita Hamilton lo sabe mejor que yo –respondió él.

Todo el mundo miró a Alexandra, que tuvo que tragarse a toda prisa el bocado de sándwich que acababa de meterse en la boca.

–Venía hacia su asiento con la intención de sentarse y abrocharse el cinturón. Pero el avión dio un fuerte bote en ese instante y él salió por los aires y cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra la pared –todavía le resultaba tremendamente desagradable recapitular el suceso.

–No tienes mal aspecto dentro de todo, pero puede que tengas una pequeña conmoción interna. No voy a darte nada para el dolor y alguien tendrá que vigilarte durante las próximas doce horas. Si duermes demasiado o sufres de fuertes dolores de cabeza, tendrás que venir a mi consulta para que te haga una radiografía.

El médico guardó sus cosas y se encaminó hacia la puerta. Ananke lo acompañó hasta allí.

–Yo me quedaré con él.

–Yo me turnaré contigo, mamá.

–Agradezco vuestra oferta, pero la señorita Hamilton ya me ha dicho que no le importa quedarse conmigo.

Su declaración dejó confuso a todo el mundo, especialmente a Alexandra, con quien no había hablado nada de aquello.

–Ha dormido durante casi todo el viaje de venida –continuó él–. Ella está demasiado despejada y yo demasiado mareado para dormir, así que podremos trabajar sin interrupciones.

–Pero no puedes esperar que tu secretaria…

–Mi secretaria es la responsable del éxito de esta feria, Ananke –la interrumpió de inmediato–. Necesita que concretemos todos los detalles esta misma noche. Si pierdo el conocimiento o nota algo extraño, os informará de inmediato, ¿no es así, señorita Hamilton?

La tensión en la habitación se había hecho insoportable.

Alexandra notaba que en todo aquello había un fondo de cosas que ella no entendía. El sobrino de Dimitrios parecía confuso y herido, la cuñada furiosa miró a Alexandra con odio. Pero nadie se atrevió a contradecir a Dimitrios.

–Como tú digas.

Capítulo 4

Alexandra se sintió tremendamente culpable al oír que la puerta se cerraba dejándola allí dentro.

–No se preocupe por ellos –le dijo Dimitrios –. Hay cosas que usted no sabe. Esta noche no puedo enfrentarme a ciertos asuntos, solo quiero un poco de paz y tranquilidad. Si usted está aquí como mi ángel protector, podré descansar tranquilo.

Al mirarlo y ver en su rostro las marcas del agotamiento se dio cuenta de que se había quedado sin energía. Quizá por eso habría empezado a sentir otros dolores y molestias.

Alexandra se levantó y apagó las luces con la esperanza de que así pudiera descansar. El suspiro que se escapo de sus labios le indicó que había estado en lo cierto.

Aprovechando el anonimato de la oscuridad, se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

–Supongo que no querrá venir y sujetarme la cabeza tal y como lo ha hecho en el avión.

Alexandra se sorprendió de la petición, pero la achacó a lo mal que debía de encontrarse. Le habría gustado poder acercarse a él, haber tenido la temeridad de tomar su cabeza con cuidado, y de haber hecho lo que su madre solía hacerle a su padre: le habría dado un suave masaje con los dedos en las sienes.

En la penumbra de la habitación, podía intuir las firmes líneas de su rostro. Era muy hermoso.

Había pasado casi una hora cuando él se quedó finalmente dormido.

Durante el resto de la noche ella se mantuvo en constante vigilia. De vez en cuando le tomaba el pulso y la temperatura.

Temerosa de que pudiera caer en un sueño demasiado profundo, observaba cuidadosamente cualquier cambio en su respiración. En un momento dado, la necesidad de tocarlo se hizo tan irresistible, que acabó sentándose a su lado y posando la mano sobre su frente. El placer que sentía cuidando de él era inmenso e inexplicable.

Al fin, los rayos de sol atravesaron las contraventanas, proyectando sus líneas amarillas contra la pared. Se inclinó sobre él una vez más y, en ese instante, él abrió los ojos.

Él le sujetó la mano con sorprendente fuerza antes de que pudiera reaccionar. Sin duda, estaba mucho mejor.

Dimitrios miró la silla vacía y volvió a mirarla a ella.

–¿Se ha pasado toda la noche sentada a mi lado?

–Sí –respondió ella y se apresuró a dar una explicación por si se hacía una idea equivocada–. Es usted la persona más importante de Thessalonica. Quería estar atenta a cuanto sucediera para poder llamar al médico si algo le ocurría. Por suerte, ya está usted mucho mejor.

–Todavía estoy un poco mareado, pero, al menos, veo solo un par de ojos verdes delante de mí, no tres.

Alexandra se estremeció ante el comentario sobre sus ojos, pero decidió no tomarlo en consideración.

–Esa es una buena señal de que está en vías de recuperación –se apartó de él, a pesar de lo duro que le resultaba–. Su familia se va a alegrar mucho.

–Lo que no me agrada es ver lo agotada que se encuentra usted.

–He dado alguna que otra cabezadita –dijo ella quitándole importancia–. ¿Querría comer algo?

–La verdad es que estoy realmente hambriento, supongo que como usted.

–Iré a buscar al ama de llaves…

–Usted se va a meter en la cama. Yo llamaré a la cocina para que nos envíen una bandeja. Le llevarán una a su habitación. Después de desayunar, quiero que duerma cuanto pueda. Ya trabajaremos más adelante, cuando haya descansado.

Sin decir nada, ella salió de la habitación y cerró la puerta. Una vez fuera, sintió que el corazón le daba un vuelco. Los bellos momentos de intimidad que había pasado a su lado aquella noche jamás volverían.

Pocos minutos después, ya estaba disfrutando del placer de una ducha caliente. Pero la advertencia de su madre resonaba una y otra vez en sus oídos.

«Me da miedo que te vayas a Grecia con él. Eso puede estrechar la relación entre vosotros, sin que tú consigas obtener nada a

cambio».

Dimitrios extendió la mano lentamente y agarró el teléfono. El ama de llaves se tranquilizó al oír que ya tenía ganas de comer. Él le rogó que enviara una bandeja a su dormitorio y otra a la habitación de invitados.

Después de colgar, se dio cuenta de que la señorita Hamilton lo había tapado con una manta durante la noche.

Había hecho mucho más que eso. Podía aún sentir el tacto de sus dedos de ángel sobre la frente. Aunque hacía horas que los había posado allí, todavía podía notar el fantasma de su caricia suave y electrizante. En aquel instante, había sentido ganas de tomarla en sus brazos, meterla en la cama y…

¡Dios santo! El accidente lo había afectado porque, hasta entonces, jamás había estado tan tentado de romper su voto y de meter a una mujer en su cama.

Frustrado y confundido por el deseo que sentía por su secretaria, se prometió a sí mismo que no iba a permitir que nada de aquello sucediera otra vez.

Con cuidado, apartó la manta y se levantó. La acción le recordó que tenía una contusión en el hombro. Le dolía mucho. Se agarró a la cómoda y esperó unos segundos a recobrar el equilibrio.

Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero al menos había sido capaz de ponerse de pie sin ayuda.

En aquel instante alguien llamó a la puerta.

–¿Tío? Serilda me ha dicho que has pedido el desayuno. ¿Puedo pasar?

–Por supuesto.

Su sobrino se apresuró a entrar. Al ver a Dimitrios se mostró preocupado.

–¿Es necesario que te levantes?

–No te preocupes, estoy bien.

–Me alivia oírte decir eso. Déjame que te ayude a llegar a la ducha.

–Creo que será mejor que intente hacerlo solo, aunque estés aquí por si necesito ayuda.

No sin dificultad logró su objetivo sin tener que apoyarse en su

sobrino.

–Ten cuidado, tío. El médico dijo que no debías mojarte la cabeza hasta mañana.

–Gracias por la advertencia.

Al sentir el agua cayéndole por los hombros se sintió reconfortado.

Después se afeitó y se puso una bata limpia.

Cuando se sentó con su sobrino a desayunar ya se sentía casi normal. Aunque había una serie de recuerdos que le eran extraños. No podía olvidar la sensación que había tenido en el avión al estar en brazos de ella, o la de su tacto al acariciarle la frente mientras pensaba que estaba dormido.

–Espero que la señorita Hamilton no te permitiera quedarte demasiado tiempo despierto.

Dimitrios acababa de tomarse el zumo de naranja y dejó el vaso sobre la mesa.

–La señorita Hamilton es una de esas extrañas secretarias que se anticipa a todas mis necesidades.

Por desgracia sería casi imposible que repitiera lo sucedido otra noche más.

Una vez más, Dimitrios se dio cuenta de que tenía pensamientos totalmente fuera de lugar. Se reprendió por la falta de disciplina mental.

Sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas.

–Me alegro de que te encuentres mejor, tío.

Después de una deliciosa tortilla y unas tostadas, se sintió lo suficientemente fuerte como para ocuparse de los asuntos del día.

–Antes de nada, necesitaría tu ayuda en unos asuntos. Luego iremos a la terraza tu madre, tú y yo para hablar. ¿Me podrías pasar el teléfono móvil? Está en mi chaqueta. También necesito la agenda.

–Ahora mismo te lo traigo todo.

Leon le acercó lo solicitado y Dimitrios realizó una llamada.

–Palace Mediterráneo, buenos días.

–Buenos días. Soy Dimitrios Pandakis. ¿Podría pasarme con la habitación de la señorita Hamilton, por favor? Está registrada a mi nombre.

–¡Señor Pandakis! Hemos oído que ha tenido un accidente.

–Nada serio. Estoy bien.

–Me alegro de que así sea. Espere un momento. Enseguida le paso.

–Gracias.

Pronto respondió un hombre.

–¡Más vale tarde que nunca, Alexandra, cariño! ¿Qué te ha pasado? Estaba empezando a preguntarme si Zeus te había llevado en su jet privado a algún lugar desconocido y no iba a volver a verte jamás.

A Dimitrios le desagradó aquella respuesta.

–Soy Dimitrios Pandakis. Siento decepcionarlo, pero la señorita Hamilton se va a quedar en mi villa durante unos días. Supongo que es usted Michael.

–Sí, así es.

–Mi secretaria está durmiendo, pero supongo que se pondrá en contacto con usted en cuanto se levante. Me dijo algo sobre un vestuario. ¿Lo tiene consigo?

–Sí.

–Enviaré a mi sobrino dentro de media hora. Se llama Leon Pandakis.

–Lo esperaré en recepción, si lo prefiere.

–¿Cómo lo reconocerá?

–Porque llevaré un cetro dorado.

Dimitrios apretó el teléfono. ¿Realmente ella había mandado hacer un traje de San Dimitrios para él?

–Gracias, Michael.

–De nada, señor Pandakis.

En cuanto colgó, sintió el irrefrenable deseo de partirle la cara al hombre con el que acababa de hablar. ¿Qué demonios le pasaba?

–¿Tío? ¿Estás bien?

Miró a su sobrino y se sintió incapaz de explicar lo que sentía. Un montón de emociones se removían dentro de él.

–La verdad es que no –dijo sin dar más explicaciones–. Necesito que me hagas otro favor. Tienes que ir al Palace Mediterráneo. Allí se encuentra un amigo de la señorita Hamilton que te estará esperando en recepción. Te va a entregar un vestuario. Lo reconocerás porque llevará en la mano un cetro dorado.

–Eso suena interesante. Voy para allá inmediatamente.

–Gracias, Leon. Cuando salgas, pídele a una de las sirvientas que me traiga el periódico.

Él asintió.

–Pero prométeme que no te vas a mover de ahí.

–Te lo prometo.

En cuanto su sobrino partió, llamó a Stavros, que pareció genuinamente emocionado al ver que estaba mejor. Al parecer, él y su familia se habían enterado del accidente que había sufrido en las noticias de la mañana.

Dimitrios le aseguró que estaba bien, mientras Serilda, que acababa de entrar, le dejaba el periódico encima de la mesa.

Tal y como su secretaria había previsto, la llamada de su piloto al hospital había alertado a todo los medios. ¡Maldición!

Apartó el periódico con un gesto de disgusto.

Al finalizar la conversación con Stavros se dispuso a llamar a Vaso. Pero dejó el teléfono antes de hacerlo. No tenía ganas.

No hacía sino pensar en el modo en que aquel hombre, Michael, había dicho «Alexandra, cariño», sin ni siquiera esperar a ver de quién se trataba.

Dimitrios no pudo evitar preguntarse cuándo aparecería en escena Yanni. ¿Cuándo pensaría ella encontrarse con él?

Su secretaria iba a tener muchos problemas para dedicarle tiempo a los dos hombres y a su trabajo.

Se preguntó qué pensarían ellos si se enteraban de que ella había pasado la noche en su dormitorio. ¿Acaso a la señorita Hamilton le gustaba flirtear por el mero placer de hacerlo?

No debía dejar de lado que, posiblemente, su secretaria, en materia de hombres, sería tan decepcionante como cualquier otra mujer. No podía olvidarlo.

–Ya estoy aquí.

Su sobrino entró en el dormitorio con un traje en una mano y un cetro en la otra. Dejó la ropa en la cama y el cetro apoyado en la pared.

–Ya veo que encontraste a Michael.

–Era imposible no hacerlo. Creo que estaba un poco preocupado, porque se suponía que esto era una sorpresa.

–Mi secretaria ya me lo ha contado.

–Pero él no lo sabía. Parecía un tipo estupendo, muy americano, ¿sabes? Realmente divertido.

El favorable comentario de su sobrino no le gustó en absoluto. No obstante, en el fondo, Dimitrios estaba ansioso por saber más sobre aquel hombre.

Si su curiosidad respecto a la señorita Hamilton no dejaba de crecer, iba a tener verdaderos problemas.

–¿Sabes lo que es, tío?

–Tengo una vaga idea.

–¿Quieres que te lo saque de la bolsa?

–Dadas las circunstancias, creo que dejaré que sea mi secretaria quien haga los honores.

–¿Es para ti?

–Mucho me temo que sí.

Su sobrino sonrió.

–Realmente no te conoce, si piensa que va a conseguir que te pongas un vestuario para la feria.

«Te sorprendería ver cómo es capaz de leer mi mente, Leon. Ese es precisamente el problema. Por eso se ha metido tan dentro de mí sin que me haya dado ni cuenta», pensó.

–Es el detalle lo que cuenta –murmuró Dimitrios–. Supongo que tu madre está despierta.

–Desde hace horas.

–Entonces vayamos a buscarla. ¿Podrías antes de nada colgar el vestuario en el armario?

–Ahora mismo.

¡No podían ser las seis de la tarde! Pero lo eran.

Ansiosa por saber cómo se encontraba su anfitrión, se levantó de la cama, incrédula aún ante la cantidad de horas que había dormido. Sus horarios estaban totalmente desfasados.

Se duchó y se vistió y, mientras se peinaba, se dio cuenta de que había olvidado las gafas en la habitación de Dimitrios.

Se alarmó al pensar que cualquiera que mirara a través de aquellos cristales se daría cuenta de que no eran lentes de aumento. Tenía que recuperarlas a toda prisa.

Pero, antes de salir, hizo un par de llamadas. Una al hotel, pero la informaron de que Michael y sus amigos ya no estaban. Les dejó un mensaje dándoles la bienvenida a Thessalonica y explicándoles que se tendría que quedar unos días en la villa, porque su jefe había tenido un pequeño accidente.

Luego llamó a sus padres, que se alegraron mucho de oír que estaba bien, pues las noticias del pequeño incidente del avión en el que viajaba el señor Pandakis habían llegado hasta Paterson.

No les contó que no había pasado la noche en el hotel pues, aunque sabía que su madre lo habría comprendido de haber sabido las circunstancias, también sabía que se preocuparía. Era mejor que no le contara nada hasta que no dejara la villa.

Les prometió que los llamaría al día siguiente, con la esperanza de que para entonces ya estaría en el hotel. Después colgó y se dirigió al dormitorio de Dimitrios.

Llamó a la puerta, preguntándose si estaría allí.

–Adelante.

Al oír su voz, el corazón le dio un vuelco. Abrió lentamente y entró.

Estaba sentado en la cama, apoyado en el cabecero, y viendo las noticias en televisión. Llevaba unos pantalones blancos de marinero y una camisa azul de manga corta, que dejaba entrever sus musculosos brazos.

Ella tragó saliva ante semejante espectáculo. ¡Realmente parecía Zeus!

Se aproximó rápidamente a la mesa y recogió sus gafas, sin dejar de mirarlo. Estaba mucho mejor aquella mañana. Había recobrado el color de las mejillas y las ojeras casi habían desaparecido.

Él apagó la televisión con el control remoto y se volvió hacia ella. La estudió detenidamente.

–Tiene aspecto de haber descansado bien, señorita Hamilton. Pase y siéntese. Servirán la cena en breve. Pero antes tenemos cosas que hacer.

Ella agarró su maletín y tomó asiento.

–Parece sentirse mejor.

–Estoy en ello. Me dijo que me había hecho una copia de todos los eventos de la feria.

–Sí. Pero ¿ya puede leer? ¿No será malo para el dolor de cabeza?

–Me he leído el periódico de la mañana y el de la tarde y no me siento peor por eso.

Por su tono de voz, la convalecencia no era su estado favorito. A Dimitrios Pandakis la inactividad lo hacía sentirse como una pantera encerrada en una jaula: buscaba desesperadamente una vía de escape.

Ella abrió el maletín y sacó un papel.

–Aquí tiene.

Después de dejárselo encima de la cama, encendió su ordenador portátil.

–Ya estoy preparada para que me dicte los cambios.

–Acerque más la silla para que no tengamos que gritarnos.

Alexandra no tenía la sensación de que estuvieran gritando. No obstante, hizo lo que él sugirió.

Cuando ya estaba preparada, alzó la cabeza en señal de escucha. En ese instante vio el cetro dorado apoyado en la pared. No había reparado en él al entrar en la habitación.

Miró a su jefe interrogante.

–No pude resistirme a la tentación de verlo, así que mandé a Leon a que fuera a buscarlo –confesó él.

¡Cielo santo! ¿Se habría enterado Dimitrios de que además de Michael había dos actores en la habitación? En realidad, no tenía por qué importarle, pero ella no le había dado parte de cuánta gente iba a haber allí y no quería comentarios innecesarios al respecto.

–Su médico hablaba en serio cuando dijo que es usted un paciente terrible. De haber sabido que iba a aburrirse tanto hoy, le habría pedido a Stavros que viniera a hacerle compañía –con una sonrisa añadió–: Estoy segura de que era de esos niños que buscaban con antelación los regalos de Navidad para ver qué eran.

–Pues sí, tiene razón.

Alexandra respiró profundamente y trató de controlar los nervios.

–¿Qué opina del traje?

–Todavía no lo he visto. Leon lo metió en el armario. Preferí esperar a que fuera usted quien me lo mostrara.

–Teniendo en cuenta las molestias que se ha tomado para recogerlo, es admirable la paciencia que está teniendo.

–Hay cosas por las que vale la pena esperar.

A Alexandra la sorprendía la importancia que le estaba dando a todo aquello.

–La verdad es que yo tampoco lo he visto todavía. Hice el diseño hace meses, pero no lo tuvieron terminado hasta el último momento y Michael lo recogió.

–¿Por qué no lo vemos antes de cenar?

–Creía que teníamos que trabajar.

–Bueno, podríamos considerarlo trabajo, pues es parte de la promoción de la feria.

Se levantó a dejar el portátil sobre la mesa.

Ciertas cosas pertenecen a la vida privada. De haber sido su prometida o su esposa se habría sentido feliz de poder estar en su dormitorio y mirando en su armario. Pero no era el caso y la situación tenía escrita la palabra «peligro» en letras fluorescentes.

–¿De qué color es la funda de plástico?

–Azul oscuro.

Entró en el vestidor, en el que había varios armarios. En uno de ellos, había varias fundas idénticas a la descrita.

Antes de mirar en cada una de ellas, decidió abrir otra armario más grande. Lo que descubrió allí le hizo olvidar por un momento su cometido. Estaba lleno de cajas con trofeos y placas. Había docenas de ellas.

En algunos se veía la imagen de un hombre escalando. Eso significaba que era un experto montañero.

La mayoría de las placas estaban en idiomas extranjeros. Había escalado por todo el mundo. Algunas fechas databan de quince años atrás, otras eran actuales.

Recordó que en junio había hecho un viaje, y había estado una semana fuera. Al volver tostado por el sol ella había asumido que habría estado navegando por el mar Egeo. Pero resultaba que las montañas eran su verdadero amor.

–¿Se ha perdido ahí dentro, señorita Hamilton?

Cerró el armario de golpe.

–Enseguida salgo.

Sin perder tiempo, palpó las bolsas hasta dar con una cuyo contenido no parecía un traje de hombre.

Salió del vestidor y, tras apoyar la bolsa sobre el respaldo de una

silla, abrió la cremallera de la funda.

Una genuina expresión de admiración se escapó de los labios de ella al ver el fabuloso traje.

La modista había sido fiel a cada uno de los detalles que ella había descrito en su dibujo, inspirado en un conocido icono griego en el que aparecía San Dimitrios a caballo.

–Acérquemelo.

Ella hizo lo que le pedía.

–Tiene que imaginarse a sí mismo a caballo y con el cetro en la mano, claro está.

Él levantó una ceja.

–¿Ha alquilado un caballo? ¿Se supone que me van a entrevistar montado a caballo?

Alexandra se ruborizó.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta y Alexandra se volvió.

–¿Tío? Te he traído la cena –Leon entró en la habitación con un carrito–. Espero que tengas hambre de verdad, porque creo que la cocinera se ha pasado…

Se detuvo en mitad de la frase, al ver a la señorita Hamilton cerca de la cama con el traje en las manos.

–Lo siento. No quería interrumpir.

–No pasa nada, Leon. Mi secretaria me estaba enseñando lo que me ha mandado hacer para la inauguración de la feria y la entrevista que me va a hacer la televisión al aire libre. ¿Qué te parece?

Leon se aproximó y miró fascinado el traje. Miró a Alexandra admirado.

–Es fabuloso –susurró–. Es el traje de su santo.

–Ya te dije que valía mucho.

–Pero tío, es realmente fantástico –no dejaba de mirarlo.

–Hazme un favor, pruébatelo para que pueda ver cómo queda.

–¡Es una idea estupenda! –dijo Alexandra–. Son casi de la misma talla, y así podré ver si hay que hacer algún arreglo.

Leon agarró el traje.

–¿Cómo conocías a San Dimitrios?

–Me encanta el arte europeo.

–¡A mí también! Es una pena que no puedas ir a ver los iconos

del monasterio del monte de Athos.

–Esa es la montaña sagrada a la que no se le permite la entrada a las mujeres, ¿verdad?

–¿Lo sabes?

Ella sonrió.

–Supongo que todas las mujeres que estudiamos arte griego conocemos ese pequeño detalle. Pero me resulta triste que solo los hombres puedan disfrutar de semejante belleza. De no haber sido por las mujeres, esos monjes jamás habrían existido. La verdad es que también me resulta triste que no se puedan casar y dedicar a Dios a la vez. Se pierden tanto… ¿Pueden imaginarse lo que debe de ser no poder ver jamás a un hijo tuyo?

Lo dijo sin pensar. Pero por el modo en que el rostro de Dimitrios se oscureció y la mirada de hostilidad que Leon le lanzó a su tío, se dio cuenta de que sus palabras habían resultado ofensivas para ambos hombres.

–Si me disculpan, acabo de recordar que tengo algo que hacer –le devolvió el traje a Alexandra y salió como una furia de la habitación.

Leon siempre era muy correcto delante de su tío. Por lo que su comportamiento indicaba que realmente lo había ofendido.

–Lo siento –dijo ella.

–¿Qué siente, señorita Hamilton? ¿Haber hablado con sinceridad?

–Se ha marchado por mi causa, pero no era mi intención ofenderlo. No obstante, entiendo cómo le ha debido de sonar mi comentario.

–Debe saber que, en este momento, está en un complicado cruce de caminos. Su repentina marcha no tiene nada que ver con usted. En cualquier caso, para mí sus palabras han resultado francamente refrescantes. Y ahora, será mejor que cenemos antes de que se enfríe. Quizá para cuando terminemos, Leon vuelva a darnos las buenas noches y podamos convencerlo para que nos haga de modelo.

Dimitrios estaba haciendo lo imposible por tranquilizarla. Pero ella sabía que sus comentarios los habían perturbado tanto a él como a su sobrino. Alexandra habría dado cualquier cosa porque aquel incidente no hubiera sucedido.

Una vez más, pensó que su lugar estaba en el hotel.

Aunque supusiera un desafío, al día siguiente saldría temprano para comprobar que las exposiciones sobre la seda iban bien.

Necesitaba alejarse un poco de Dimitrios, porque su cercanía le estaba haciendo perder la perspectiva.

Dentro de dos días sería la inauguración de la feria, y ella necesitaba centrarse en su trabajo.

Después de comprobar si todo estaba en orden, volvería a Thessalonica y se quedaría en el hotel.

Necesitaba ver otra gente. Con Michael y sus amigos tenía diversión y risas garantizadas. En cuanto Yanni llegara, se uniría a ellos. Con la ayuda de sus amigos podría superar aquella agridulce experiencia. No tenía más remedio.

Capítulo 5

Al despertarse al día siguiente, Dimitrios se encontraba mucho mejor. Aunque todavía le dolía el golpe, el mareo había desaparecido.

No obstante, notó que lo sucedido le había provocado un extraño efecto y que aún seguía teniendo aquellos inexplicables sentimientos hacia su secretaria.

Decidido a restablecer la profesional distancia que siempre mantenía respecto a ella, comenzó el día pidiéndole a Serilda que les enviara el desayuno a cada cual a su habitación.

Cuando bajó al comedor buscando a Leon, se encontró con Ananke. La saludó y le preguntó por qué su hijo no estaba con ella.

–¿Crees que se iba quedar aquí después del daño que le hiciste ayer?

Dimitrios se sirvió una taza de café y la miró mientras se lo bebía.

–¿Qué fue exactamente lo que te contó?

–Que le habías hablado de su vida personal a tu secretaria y que esa mujer se había atrevido a dar una opinión como si tuviera algún derecho a hacerlo –dijo ella con la voz temblorosa–. Sabes que te adora. ¿Cómo has podido traicionarlo así?

–Además de que yo no le he contado nada sobre Leon a la señorita Hamilton, quiero que sepas que está de tu parte sin ni siquiera saberlo.

Ananke lo miró perpleja.

–¿Qué quieres decir?

En pocas palabras le narró lo sucedido.

–Su opinión tocó alguna fibra sensible de Leon, de otro modo no se habría marchado como lo hizo.

Para Dimitrios aquello había sido exactamente lo que su sobrino necesitaba oír antes de tomar una decisión definitiva.

–No obstante, hay otro motivo por el que Leon está tan triste –insistió Ananke–. Desde que volviste de Nueva York has estado

totalmente inaccesible.

Incluso Ananke se había dado cuenta de que tenía cierta obsesión con la señorita Hamilton. ¡Maldición! Bueno, eso ya no volvería a ocurrir.

Se terminó el café.

–Si no recuerdo mal, ayer pasamos la sobremesa los tres juntos.

–Pero no solucionamos nada.

–Tenemos que darle tiempo para que resuelva sus conflictos y tome una decisión. Quizá eso es todo lo que necesita para darse cuenta de que esto no es más que una fase y que se le pasará.

Ananke se levantó de la silla.

–¡Estás distinto desde que volviste de Nueva York!

Nadie mejor que él sabía que era cierto.

–Será porque estoy sintiendo el peso de la responsabilidad paterna sin ser padre. Quizá ya es hora de que sepas que mi hermano, al igual que su hijo, jamás quiso formar parte del negocio familiar.

Ella negó con la cabeza.

–¡Eso no es cierto!

–Jamás mentiría. A Leon padre siempre le gustó mucho más trabajar al aire libre.

–No creo que de verdad estuviera dispuesto a renunciar al puesto que le correspondía en la compañía Pandakis –una risotada furiosa resonó en la habitación.

–No sé lo que habría sido su vida a la larga. Pero sí puedo darme cuenta de que mi sobrino tiene la misma falta de interés en el negocio que tenía mi hermano.

Ella lo miró herida.

–Eres tan frío. ¿Es que no te importa que Leon se vaya para siempre?

–Sabes de sobra cuál es la respuesta a esa pregunta. Pero forzar las cosas no va a hacer sino empujarlo más en la dirección errónea.

–No dirías eso si fuera nuestro hijo.

–Si Leon fuera mi hijo, yo habría muerto –dijo él, sin darle ningún relieve a su intento de personalizar la conversación haciendo de Dimitrios y de ella una pareja–. Pero me gustaría creer que mi hermano lo habría escuchado, y lo habría guiado con calma y paciencia, hasta que él tomara la decisión final. Por suerte, aún no

la ha tomado –miró el reloj–. Tendremos que continuar con esta conversación más tarde. Mi secretaria y yo tenemos que irnos a la oficina.

–Ella ya se ha ido.

Él se volvió bruscamente, en un movimiento que le recordó el dolor de las heridas.

–¿Cuándo?

–La vi marcharse en un taxi hace una media hora.

Seguro que Michael le había pedido que fuera a verlo al hotel antes de la jornada de trabajo. Dimitrios sintió como si le acabaran de dar un golpe bajo.

–Si Leon quiere hablar conmigo, dile que me llame al móvil. Hasta luego.

Salió del comedor y avisó a Kristofor para que trajera su coche. Mientras esperaba, llamó a su secretaria. Si la pillaba en un mal momento, no era problema suyo.

No obstante, lo sorprendió respondiendo de inmediato.

–¿Diga?

–Buenos días, señorita Hamilton.

–Señor Pandakis, ¿cómo se siente hoy? –parecía realmente contenta.

Dimitrios apretó los dientes al visualizar ciertas imágenes en absoluto bienvenidas.

–Lo suficientemente bien como para ir a la oficina. ¿La recojo en el hotel?

–Yo… bueno, verá, no sabía que pensaba ir a trabajar hoy –dijo ella en tono dubitativo.

Dimitrios tuvo que contener la rabia.

–¿Es un problema para usted?

–Verá, la verdad es que sí.

Él inspiró con fuerza.

–¿Cuándo podrá pasarse por la oficina?

–¿Mañana por la mañana? Verá, como pensé que necesitaría un día más de descanso, me pareció que era el momento perfecto para ir a Soufli y ver cómo van los preparativos de la exposición de la seda. Acaban de anunciar mi vuelo.

–¿Está usted en el aeropuerto? –le preguntó incrédulo.

–Sí. He tomado uno de esos vuelos internos que anunciábamos

como modo de acceso a la feria. He alquilado un coche que deberá estar en el aeropuerto de Alexadroupolis cuando llegue. Si es así, eso confirmará que no tendremos ningún problema en ese aspecto. Quiero ver todas las exposiciones que pueda a lo largo de la ruta, por si hay algún problema que resolver. Regresaré a Thessalonica mañana por la mañana e iré directamente a su oficina.

Ningún jefe podía pedirle más a su secretaria. Dedicaba a su trabajo el cien por cien de su tiempo. No tenía derecho a estar enfadado con ella.

–Muy bien –murmuró él–. Manténgase en contacto conmigo.

–Sí, por supuesto. Lo siento mucho, señor Pandakis, pero ahora me tengo que ir. Están llamando a mi vuelo. Adiós.

¿Adiós? Su tono alegre lo irritó. Si pensaba que se iba a librar de él hasta mañana, estaba muy equivocada.

Rápidamente, canceló el coche y llamó a su helicóptero. Mientras llegaba, llamó a un hotel en Dadia y reservó dos habitaciones. Después, se dirigió a su dormitorio y preparó una pequeña maleta con ropa extra.

Sabía que la señorita Hamilton jamás le mentiría, pero eso no significaba que hubiera ido a Soufli sola. Si ir hasta allí significaba interrumpir su idilio, entonces eso era exactamente lo que iba a hacer.

Alexandra se dirigió al mostrador de coches de alquiler una vez hubo llegado al aeropuerto de Alexandroupolis.

Por todas partes había carteles anunciando la feria, tal y como ocurría también en el aeropuerto de Thessalonica. Había una atmósfera de festividad que, por desgracia, ella no compartía.

Después de dos días en compañía de Dimitrios, la necesidad de estar junto a él se había hecho tan fuerte que no lograría vencerla.

Cada vez estaba más convencida de que su único modo de salvación sería dejar su trabajo. Ya estaba decidida a hacerlo en cuanto acabara la feria.

Mientras esperaba al embarque, había llamado a su madre para decirle que estaba bien y había podido hablar finalmente con Michael. Al parecer él y sus amigos se lo estaban pasando extraordinariamente bien.

Llegó a Soufli, y se dirigió directamente al mostrador de alquiler de vehículos.

–*Kalimera*. Soy Alexandra Hamilton. He pedido un coche –le entregó el pasaporte.

El empleado sonrió y respondió en un impecable inglés.

–Es el coche negro que está fuera. Tiene nuestro logo en la ventanilla trasera.

–Gracias –dijo ella–. ¿Me da la llave?

–Le hemos proporcionado un conductor de habla inglesa –dijo el hombre con una sonrisa indescifrable.

–¡Vaya! No sabía nada –exclamó ella, extrañada.

Sin duda, contratar cualquier cosa con el nombre de Pandakis era garantía de que le darían un gran servicio. Dimitrios era un hombre muy especial y nadie lo sabía mejor que ella.

Seguro que habría cientos de mujeres que se habrían disputado el favor de estar a su lado después del accidente. El haberlo cuidado la había unido a él de un modo aún más especial.

Pero tenía que enfrentarse al hecho de que, si había preferido su compañía a la de su sobrino o a la de su cuñada, era porque delante de ella no tenía que fingir.

Dimitrios le pagaba un extraordinario salario para que hiciera lo que tenía que hacer sin pedir nada a cambio.

–Que disfrute de su estancia en Soufli –dijo el empleado, y la sacó de su tortuoso pensamiento.

–Gracias, seguro que lo haré.

Con su maleta en una mano y el maletín en la otra, salió del terminal y se encontró una larga fila de coches negros. Se acercó a cada uno de ellos, hasta que encontró el suyo, el que tenía el logo de la compañía que ella había contratado.

–¡Alexandra! –una voz masculina y vibrante resonó detrás de ella.

Se volvió sorprendida al oír su nombre. Casi se desmaya al ver de quién se trataba.

–¡Dimitrios!

Alexandra llevaba tanto tiempo pensando en él, que su nombre de pila le salió sin pensar. Llevaba gafas de sol, algo inusual en él. Suponía que, después del accidente, la luz intensa aún le provocaría dolor de cabeza.

–Es agradable oírte pronunciar mi nombre –dijo él.

Ella se quedó sin aliento.

–No… no sé a qué se refiere.

Su gran sonrisa la desconcertó.

–Una cosa es mantener las formas delante de la gente. Pero creo que ya ha pasado tiempo suficiente como para que nos tuteemos en privado. ¿No crees?

Le agarró la maleta y el maletín y las metió en el maletero. Ella lo miraba perpleja, como para certificar que no era un espejismo. La imagen no hacía sino perturbarla aún más. ¡Era tan atractivo que no podía apartar la mirada!

Llevaba un traje de color verde claro, con una camisa blanca que resaltaba el tono oscuro de su piel. Ella sintió la urgente necesidad de tomarlo en sus brazos tal y como lo había hecho en el avión.

–¿Cómo no me has dicho por teléfono que venías? –nada de aquello debía estar sucediendo. Sin embargo, estaba feliz de tenerlo allí.

–Ha sido una decisión de último minuto. En lugar de trabajar solo en mi oficina, pensé que sería mucho más divertido unirme a ti en este tour –le abrió la puerta del copiloto para que se sentara.

¿«Divertido»?

Alexandra no sabía qué pensar. Muchas veces había bromeado con ella, pero no hasta ese extremo.

Se dirigió hacia el lado del conductor y se puso al volante.

–¿Está bien que hayas volado tan pronto después del accidente?

Él arrancó el motor.

–Noto un cierto tono de desconfianza. No te preocupes, no me voy a poner enfermo.

–No lo pregunto por eso –le dijo ella–. Me da la sensación de que estabas preocupado de que no pudiera hacer esta gestión correctamente por no conocer tu lengua, y por eso te has aventurado a hacer este viaje sin haberte recobrado del todo. Solo espero que no sufras una recaída.

–Si te preocupa que me pueda poner mal en mitad del camino, tranquilízate. Estoy bien.

–Me alegra oírte decir eso, especialmente teniendo en cuenta que solo quedan dos días para la feria.

Él no respondió. Se limitó a conducir con la misma habilidad

con la que lo hacía todo. Muy pronto estuvieron en la carretera que llevaba hasta Soufli y que, según el mapa, estaba a sesenta y cinco kilómetros de distancia de allí.

Ella lo miraba de vez en cuando, como para asegurarse de que estaba allí y de que no era un sueño. Le resultaba difícil creerse que había recorrido todos aquellos kilómetros, cuando había muchas otras cosas urgentes que lo esperaban en la oficina.

En un momento dado, él la pilló mirándola. El corazón le dio un vuelco.

–¿Por qué te has molestado en traerte la maleta, Alexandra?

Al oírle pronunciar su nombre con aquel ligero acento griego, sintió un cosquilleo en el estómago.

–Pensé que, quizá, no tuviera tiempo de verlo todo si tenía que regresar a Thessalonica hoy, así que reservé una habitación en Soufli.

–¿En qué hotel?

–En el Ilias.

–Me sorprende que quedara alguna habitación libre.

–Primero me dijeron que no había nada, pero al dar tu nombre todo se resolvió.

Él agarró su teléfono móvil e hizo una llamada. Alexandra no pudo seguir la conversación en griego. Curiosa por saber de qué se trataba, esperó ansiosa una explicación después de que él colgara. Al cabo de un rato concluyó que no estaba dispuesto a aclararle nada.

Finalmente, no pudo evitar preguntar.

–¿Está todo bien?

–Ahora sí –respondió él en un tono misterioso.

Odiaba que no le quisiera explicar sus actos, particularmente cuando, como en aquel caso, sospechaba que el asunto tenía algo que ver con ella.

Para desviar su atención a otra cosa, se centró en el mapa que llevaba.

–¿Ves esa pequeña zona a las afueras de Soufli? –le señaló un lugar con el dedo.

Ella sintió una desconcertante sensación ante su proximidad.

–Sí.

–Ese lugar se llama Dadia. Dormiremos ahí esta noche.

–¿Se te ha olvidado que tienes una cena en el palacio de Dodona esta noche? Dije que sí hace meses.

–He llamado para decir que aún estoy convaleciente y que mi primo Vaso irá en mi lugar.

Alexandra volvió la cabeza hacia la ventana. No importaba qué prestigioso miembro de la familia asistiera al evento. Si no era él, se iban a sentir decepcionados.

Si el motivo de que él estuviera allí no era su preocupación porque no se pudiera desenvolver sola sin su ayuda, entonces debía tener algo que ver con su necesidad de alejarse momentáneamente de su sobrino.

Quizá había habido algún otro desagradable episodio con Leon aquella mañana, y Dimitrios había decidido poner una distancia necesaria. Ananke Pandakis no le había dicho más de dos palabras durante el desayuno.

Alexandra habría querido poder pedirle a la mujer que se disculpara ante Leon en su nombre. Pero la negativa tensión que irradiaba la mujer había hecho imposible la conversación.

Se alegraba de haber podido salir de la villa.

–¿Qué hacemos con la reserva del Ilias?

–Ya la he cancelado.

–Así que algún desesperado turista se va a sentir muy feliz.

–¿Tú no?

Cuando se ponía en el papel del inquisidor no había modo de pararlo.

–Yo no tengo problemas con dormir donde sea. ¿Hay algo especial en Dadia?

–Es una zona famosa por sus bosques. Cuando era niño solía explorarla con mi hermano.

–¿Es tu lugar favorito? –su amor por el montañismo debió de nacer allí.

Él asintió.

–He estado muchas veces, pero no he subido a la cumbre del Gibrena desde que mi hermano murió.

Él le había hablado de la muerte de su hermano a la señora Landau, pero era la primera vez que se la mencionaba a ella.

–Esta vez lo verás de un modo diferente.

–Sí, eso es cierto. No se puede regresar y esperar que las cosas

sean como antes. Pero estoy ansioso por ver tu reacción. Eres una persona apasionada por la vida. Si no has traído ropa adecuada, podrás comprarte lo necesario en la tienda del pueblo.

Ella sintió un ataque de pánico.

–La verdad es que no he traído nada…

–Ya te he dicho que no hay problema.

Alexandra cada vez estaba más nerviosa.

–Yo creo que debería ir a Soufli a hacer mi trabajo, mientras tú vas a visitar ese lugar tan especial. Podemos vernos en algún sitio mañana por la mañana.

–¿Se te ha olvidado que ya no tienes habitación de hotel?

Ella se removió en el asiento.

–Encontraré algo.

–Ya es mediodía. Demasiado tarde para reservar nada.

–¿Es muy difícil andar por ese bosque?

–Todo depende de lo que tú consideres difícil.

–¿Puedo ir con esta ropa y mis deportivas o estamos hablando de escalar?

Él soltó una carcajada.

–¡No te estoy pidiendo que subas la montaña!

–¡Me alegro! –dijo ella genuinamente aliviada–. Vi todas esas placas y trofeos en tu armario ayer. Creía que me estabas hablando de escalar de verdad.

–Eso explica por qué tardaste tanto en encontrar la ropa –dijo él, aún entre risas.

Ella se ruborizó.

–Admito que estaba fisgando un poco.

–Una mente inquieta es lo que hace de ti una secretaria irreemplazable, Alexandra.

Cuando él pronunciaba su nombre, sonaba tan hermoso…

–Gracias –susurró ella.

–Mañana por la mañana recorreremos todas las exposiciones. Hoy quiero recompensarte por tu trabajo mostrándote nuestro tesoro nacional. ¿Qué te parece?

«¡Oh, Dimitrios, si tú supieras!», pensó ella.

–Suena muy bien –fue lo que respondió.

* * *

Dimitrios debería haberse sentido culpable por haber impedido que ella se encontrara con su amigo americano. Pero lo único que sentía era una felicidad única porque se iban a quedar a solas, lejos de todo.

No obstante, lo sorprendía que ella no le hubiera solicitado aún una parada para tratar de ponerse en contacto con Michael. Puede que fuera a encontrarse con su amante griego y Michael no lo sabía. Quizá era Yanni el que volaría hacia allí desde Atenas.

Quizá los dos hombres pensaran que pasaba demasiado tiempo en la oficina.

Se preguntó cómo se habría sentido Michael llevando su vestuario desde Nueva York hasta Grecia.

¿Lo habría molestado que ella se quedara en la villa en lugar de ir al hotel? ¿O estaba tan seguro de ella que jamás se le ocurriría pensar en lo que estaba haciendo con su jefe?

Si Dimitrios hubiera estado en los zapatos de alguno de los dos hombres, la sola idea de que pudiera hacer el amor con otro lo hubiera torturado. El sentimiento era tan poderoso y tan desconcertante al mismo tiempo que tardó unos minutos en ponerle nombre.

–¿No deberíamos haber tomado ese desvío hacia Dadia? –su voz parecía venir desde muy lejos.

–Habrá otro dentro de un momento –murmuró él, todavía sobrecogido por la fuerza de aquella emoción, demasiado dolorosa para él. Jamás antes había sentido celos.

«Oh, Dimi, escucha… Tienes solo doce años y no eres lo suficientemente mayor para entender ciertos sentimientos que tiene un hombre. Cuando el día llegue, tú cuerpo reaccionará al ver a una mujer hermosa. Sentirás ganas de abrazarla y de hacerle el amor. El placer que una mujer puede darte es algo increíble», las lejanas palabras de su hermano se hicieron presentes en el recuerdo.

Dimitrios trató de controlar su respiración acelerada.

La noche anterior, cuando había sentido aquellos dedos femeninos sobre la frente, el placer había sido único e increíble. La idea de que esos dedos le recorrieran el cuerpo era…

¡Dios santo! Estaba empezando a perder el control y no sabía qué iba a hacer respecto a aquella situación. Había reservado dos

habitaciones, pero por cómo se sentía en aquel momento una de ellas no era necesaria. Dimitrios no podía creerse que hubiera llegado a ese punto.

–Tu móvil está sonando –le dijo ella.

No podía hablar con nadie en aquel momento. Se lo pasó a ella.

–Dile a quien sea que lo volveré a llamar.

–Es el número de la villa. ¿Y si es tu sobrino?

La pregunta no hizo sino atraer su atención a la generosa curva de su labio inferior y su tentador movimiento.

Recordaba que, al despertarse del desmayo después del accidente, había reparado inmediatamente en aquella boca que la naturaleza había dibujado con esmero.

–¿Dejo que suene?

Él se pasó la mano por la nuca.

–Si es Leon, hablaré con él.

Ella respondió, pero pronto estuvo claro que no se trataba de su sobrino. La conversación fue tan breve, que se dio cuenta de que se trataba de Ananke. Últimamente estaba tan descompuesta por la decisión de Leon que se había olvidado por completo de sus modales.

–Era tu cuñada –le dijo su secretaria en cuanto colgó–. Me ha dicho que tu sobrino ha dejado definitivamente la universidad. Acaba de marcharse de la villa con una bolsa de viaje y ha dicho que no estará en casa para cenar mañana por la noche.

A Dimitrios no lo sorprendió la noticia. Aquel era el castigo que le estaba imponiendo por lo que él creía era una traición.

–¿Qué más ha dicho?

–Nada más. Pero parecía realmente desolada –se volvió hacia él–. Me da la sensación de que me culpa a mí de lo sucedido.

Él cambió a una marcha más corta pues estaban empezando a subir una empinada cuesta.

–Mi cuñada lleva toda su vida soñando con que su hijo se convierta en mi sucesor en la compañía Pandakis. De lo que siempre se olvida es de que Leon es capaz de soñar sus propios sueños. En este momento, piensa que quiere ser un monje del monte Athos. Ella está aterrada ante la idea de perderlo.

–¡Dios santo… lo siento! –la voz de ella sonó realmente llena de dolor.

–No te derrumbes ahora, Alexandra. Si se marchó corriendo de la habitación cuando tu expresaste tu opinión es porque es más inmaduro de lo que yo pensaba.

Ella negó con la cabeza.

–No lo creo. Ha debido de pensar que me había contado sus sueños a mí, una simple secretaria. Seguramente interpretó que mi opinión era, en realidad, un intento tuyo de influir sobre él. De estar en su lugar, yo también habría sentido que mi confianza había sido traicionada –Alexandra se sentía realmente mal por lo sucedido–. Leon te adora. Lo vi en sus ojos cuando vino a recogerte al avión y te encontró herido. Cuando iba a probarse el vestuario estaba tan contento, y yo lo arruiné todo.

–Lo quiero con todo mi corazón, pero eso no me impide ver que es aún inmaduro para su edad.

–La edad no importa realmente cuando de lo que se trata es de compartir a la persona a la que quieres con un extraño –dijo ella–. No culpo a Ananke por estar fuera de sí. Si quieres podría decirle a Leon que no tienes la culpa de nada.

–Te agradezco la intención, pero si mi sobrino no es capaz de ver por sí mismo ciertas cosas, es que aún no está preparado para tomar ciertas decisiones.

–Creo que el problema es, en realidad, que él piensa que jamás podrá llegar a ser como tú. Puede que vea el monasterio como un lugar en el que no tendrá que demostrar nada.

Se quedó maravillado con su habilidad de ver las cosas en profundidad. Su mente era tan excitante como el resto de ella.

–Mi tío Spiros siempre presionaba a todo el mundo hasta el límite para conseguir que lo obedeciéramos. Incluso mi padre actuó siempre por miedo a él. Cuando me convertí en el guardián de Leon me dije a mí mismo que jamás actuaría así.

–Quizá lo hayas hecho tan bien, que ha terminado por pensar que no lo crees capaz de seguir tus pasos. Es posible que lo que esté buscando es tu aprobación, que le des ese último empujón en la dirección adecuada, pero nunca ha llegado a recibirlo. Mis comentarios no hicieron sino incrementar esa sensación.

–¿Qué quieres decir? –su compresión de las cosas era realmente sorprendente. Ansiaba escuchar cuanto tuviera que decir.

–¿Le has dicho directamente que no quieres que se haga monje?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque puede que no sienta una vocación auténtica.

–Pero no te das cuenta… –se interrumpió de golpe.

Él la miró.

–Continúa.

–Creo que estoy hablando más de la cuenta.

–Después de lo que sucedió ayer, estás lo suficientemente implicada en esto como para dar una opinión. Dime lo que fueras a decir.

Lo que decía tenía mucho sentido. Con cada palabra que ella decía se iba sintiendo cada vez más enamorado.

–Quizá al oír mis comentarios creyó que tú piensas que tampoco podría ser un buen monje. Además, al oírlo de mis labios, debió de resultarle realmente humillante.

¡Cielo santo! ¿Era posible que tuviera razón?

Durante todos aquellos años, Ananke le había pedido continuamente que guiara directamente a Leon. Pero él había hecho oídos sordos porque la súplica procedía de ella.

Si Alexandra tenía razón, eso significaba que se había equivocado con su sobrino que, en cierto modo, se había sentido abandonado.

Dimitrios trató de contener el torbellino de emociones que se estaba removiendo dentro de él. Recapacitó sobre el hecho de que hiciera ya cuatro años que Alexandra había entrado en la compañía, y que era entonces cuando él la estaba descubriendo.

Sin perder más tiempo, agarró el teléfono y llamó a Leon, pero su sobrino había apagado el móvil. Solo podía dejar un mensaje. Lo hizo en griego.

–Leon, espero que oigas este mensaje a tiempo. Creía que ya estaba recuperado del accidente y que iba a poder inaugurar la feria. Pero he venido en helicóptero a inspeccionar las exposiciones de Soufli y me he dado cuenta de que aún estoy demasiado mareado como para poder hacer algo tan importante. Necesito que vuelvas a casa cuanto antes, a poder ser que estés allí mañana a mediodía. Gracias a que eres un estupendo jugador de polo puedes montar a caballo como si hubieras nacido sobre uno. Tú eres el único, aparte de mí, que puede ponerse el vestuario que la señorita

Hamilton mandó hacer. Así que tendrás que liderar un regimiento de soldados a caballo y dar un discurso sobre tu montura frente a todas las autoridades del país. Eres el único Pandakis en el que confío para que haga un buen papel ante los medios de comunicación. Ya sabes lo importante que es esta feria. Confío en ti, porque sé que harás que toda Grecia se sienta orgullosa y tú madre feliz de haber criado un hijo tan maravilloso –Dimitrios tenía que admitir que Ananke había sido una buena madre devota a su hijo–. Si oyes este mensaje antes de que llegue a casa mañana a mediodía, llámame y hablaremos.

Colgó, ansioso por saber cuál sería la respuesta de su sobrino, si es que obtenía alguna. Al menos, había dado el primer paso para rectificar un posible error. Quizá era demasiado tarde, pero eso solo el tiempo podría decirlo.

Gracias a la inteligencia de la mujer que estaba sentada junto a él, Dimitrios había tenido la oportunidad de enmendar sus errores.

En aquel instante, lo único que sentía era la urgente necesidad de estar a solas con ella. ¿Y qué mejor lugar que aquel maravilloso bosque que ya tenían delante?

Capítulo 6

Alexandra no sabía lo que Dimitrios le había dicho a su sobrino. Pero la expresión de su rostro revelaba cuánto amor y preocupación sentía.

Después de colgar el teléfono le explicó lo que le había dicho.

–Cuando Leon oiga mi mensaje pensará que todavía no estoy bien y que no puedo montar a caballo en el desfile. Le he dicho que es el único Pandakis en el que confío para que haga la apertura de la feria por mí. Pronto sabremos si acepta el reto o no.

Ella volvió la cara hacia la ventana, para que él no viera las incipientes lágrimas que emergían de sus ojos. Había muchas formas de amar a un hombre. A los dieciséis se había enamorado de él como del caballero de la armadura. Pero, después de trabajar a su servicio durante cuatro años, había empezado a amarlo por su generosidad con los empleados. Tras convertirse en su secretaria, eran sus pequeñas debilidades y aquellos sutiles detalles que tenía lo que realmente habían acabado por seducirla completamente.

En aquel momento, sentía una profunda emoción por el modo en que estaba intentado acercarse de nuevo a su sobrino.

Su orgullo era lo de menos. Aquel hombre carecía de vanidad.

Alexandra lo amaba de tal modo que, o encontraba el modo de demostrar tal sentimiento o iba acabar volviendose loca mientras trataba de controlar sus sentimientos.

Continuó con la mirada fija en la ventana, mientras el coche atravesaba un pequeño pueblo cuya carretera conducía a la montaña. Pasaron una pequeña iglesia rodeada de pinos. Había gente alrededor, todos vestidos con el traje regional. Debía de haber una celebración religiosa.

Estaba a punto de preguntarle a Dimitrios de qué se trataba, cuando él detuvo el coche. Habían llegado a su destino.

Alexandra vio que se trataba de un pequeño conjunto de casas blancas en mitad de los árboles. No había nadie.

–Después de que nos cambiemos, podríamos subir hasta la cima.

Desde allí podrás ver todo el bosque.

En un lugar tan remoto iban a tener más intimidad incluso que en la villa.

–¿Cuánto tiempo tardaremos?

–Todo el día –arrancó el coche y se dirigió hacia uno de los edificios, en el que parecían estar los comedores. Apagó el motor–. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Su tono de voz resultó ligeramente amargo. Ella no entendió el motivo de aquel repentino cambio.

–Por nada. Solo que quizá sea demasiado pronto para que hagas esfuerzos –dijo ella en una verdad solo a medias. El verdadero inconveniente era que cada minuto que pasaba a su lado se iba enamorando más y más de él.

–Nada me relaja más que estar en contacto con la naturaleza –se quitó las gafas y la miró con aquellos ojos oscuros intensos–. Los dos necesitábamos un buen descanso antes de que la feria empezara.

Tras decir aquello, salió del coche y se encaminó hacia la puerta de ella para ayudarla a bajar.

Entraron en el hotel y el conserje saludó con gran deferencia a Dimitrios. Estaba claro que lo conocían.

Mientras conversaban, una mujer les trajo té con pastas. En cuanto terminaron, los condujeron a uno de los pequeños bungalows de fuera. Resultó ser una agradable habitación con dos camas. Dimitrios metió las maletas, le dio una propina a la mujer y ésta se marchó.

Él se volvió hacia Alexandra.

–Había pedido dos habitaciones, pero resulta que la nieta del conserje se ha casado y van a tener que alojar aquí a más familia de la que esperaban.

–¿Era esa la ceremonia que hemos visto al pasar en la pequeña iglesia?

Él asintió.

–La celebración de la boda va a tener lugar aquí, así que han cerrado el hotel al público.

Ella sonrió.

–Pero siempre hay una habitación para ti.

–Es solo porque trabajo como concejal de reservas naturales tan

especiales como esta a lo largo de toda Grecia. Siempre tienen un lugar disponible si un concejal viaja.

Sabía que tenía muchas actividades paralelas a su trabajo, pero era la primera noticia que tenía sobre aquella.

–¿Qué la hace especial?

Sus ojos brillaron.

–Si tienes suerte, lo vas a descubrir. No te preocupes por esta noche. Me he traído un saco. Después de cenar me iré a dormir al bosque. Si me disculpas un momento, iré por mis cosas.

Él se marchó de la habitación, pero ella se quedó inmóvil, desolada.

Dadas las circunstancias, cualquier otro hombre habría tratado de aprovecharse de la situación. Pero Dimitrios no. La noche del accidente le había pedido que se quedara con él, pero una vez en forma ya no quería compartir el dormitorio con ella.

Sabía que no era culpa de nadie más que de ella. Michael había creado aquel disfraz que la hacía prácticamente invisible para cualquier hombre.

Dimitrios no la consideraba diferente a cualquiera de sus colegas.

Sabía que a Dimitrios le importaba, y con aquel detalle de llevarla a su lugar favorito le estaba diciendo que se habían convertido en amigos. Pero nunca en amantes.

En la universidad había salido bastante a menudo con chicos, pero, por causa de él, jamás ninguno le había importado lo suficiente como para tener una relación más íntima.

Pero aquella noche, sí lo deseaba. Quería reposar en sus brazos, y llegar a formar parte de él, tanto que no la pudiera dejar escapar.

Sabía que si se deshacía de su disfraz para que la viera de modo diferente, eso acabaría con su amistad. La despreciaría por el engaño. Todo le estallaría delante de la cara. Claro que iba a ocurrir igualmente en el momento en que se despidiera.

Solo pensar en no volver a verlo nunca más le resultaba insoportable. No podía imaginarse pasarse el resto de su vida sin él, pero el día de la partida estaba muy próximo. No había nada que pudiera hacer más que darle un final a todo aquello.

Suspiró y se metió en el baño a toda prisa. Después de lavarse y peinarse, sacó de la bolsa unas zapatillas de deporte y se las puso.

No combinaban para nada con su traje grande y poco atractivo.

Al salir, se encontró a Dimitrios en pantalones cortos y con una camiseta blanca de manga corta que dejaba adivinar un torso bien dibujado. Se quedó sin respiración.

Al mismo tiempo, él la miró de arriba abajo con tanto desinterés como si se tratara de un plato de huevos fritos que llevaran en el plato más de una semana esperando a ser comidos.

Se sentía horrible. Habría dado cualquier cosa por haber podido quitarse aquella ropa, haberse podido dejar el pelo suelto y haber visto cómo los ojos se le salían de las órbitas por una vez al verla entrar en la habitación…

Él colgó el traje en el armario y agarró una mochila. Ver moverse aquellos musculosos brazos era pura poesía.

–¿Qué llevas ahí? –preguntó ella–. Parece muy pesado.

–No es nada. Un poco de agua y comida y algunas otra cosas. ¿Nos vamos?

Salieron y él cerró la puerta.

Durante los siguientes veinte minutos ella lo siguió por el camino en dirección al bosque, hasta que se adentraron entre los pinos. Cada vez era más empinado.

–¿Estamos ya en territorio sagrado?

Dimitrios se volvió a mirarla con una sonrisa en los ojos que le provocó a ella una severa taquicardia.

–Llegaremos a la zona protegida enseguida. Cuando veas algo moverse, dímelo y te daré los prismáticos.

Confundida, ella lo interrogó.

–¿No me vas a dar una pista sobre lo que se supone que debo ver?

Él hizo una mueca.

–Eso estropearía la sorpresa.

Le pasó la botella de agua.

–No bebas demasiada de golpe –le advirtió.

Después de unos tragos se la devolvió y continuaron su camino. Él trataba de mantener un paso lento para que Alexandra lo siguiera sin problemas.

Aunque el escenario era maravilloso, ella no dejaba de ver otro espectáculo igualmente admirable: eran sus piernas, bronceadas y musculosas, máquinas perfectas de subir.

Feliz con el festín que le estaba dando a sus ojos, casi se tropieza con Dimitrios cuando se detuvo a mostrarle un grupo de tejones medio ocultos entre la maleza. Alexandra se salió del camino para poder observarlos con más detenimiento. Estaban trabajando hacendosamente para construirse la madriguera.

–¡Trabajan muy duro!

–Me recuerdan a ti.

La jocosa comparación no era por sí misma halagadora, pero ella había aprendido que sus bromas eran un modo de mostrar aprecio.

–Gracias.

Él soltó un leve carcajada y continuaron subiendo.

Cuanto más se adentraban en el bosque, más patente se hacía la vida reinante en su interior.

Se detuvieron un instante para beber más agua. Cuando guardó la cantimplora, sacó los prismáticos y se los puso al cuello.

Durante aquella acción, sus manos le rozaron suavemente el pelo y los hombros, encendiendo en ella un auténtico fuego allá donde había notado su tacto. Apartó los ojos rápidamente, temerosa de mirarlo.

–Estamos llegando a la cumbre. Mantén la vista fija en el cielo.

Se limitó a asentir, pues la sensación de su cuerpo tan cerca, le impedía hablar. Hasta que no se dio la vuelta y se puso en marcha de nuevo, apartándose de ella, no fue capaz de respirar de nuevo.

No habían pasado ni cinco minutos cuando dos extrañas siluetas aparecieron dando vueltas por encima de ellos. Con cada círculo se iban aproximando más y más.

Se quitó las gafas y miró por lo prismáticos. Sorprendida por la magnificencia de la escena, exclamó maravillada.

–¡No me lo puedo creer! ¡Parecen gárgolas! Jamás había visto nada así.

–Estás viendo un par de buitres grifones –la informó él–. Ya estarían extinguidos a estas alturas si no hubiera reservas forestales como esta. Junto con los buitres egipcios y los buitres blancos, son la clase de buitre en mayor peligro de extinción.

–¡No me extraña que te encante venir aquí! Me da la sensación de que hubiera retrocedido en el tiempo. ¡Ojalá tuviera mi cuaderno de dibujo aquí!

–Pues espera a ver el águila imperial.

–¿Es la que has elegido como insignia de tu avión?

Ella seguía mirando por los prismáticos.

–Así que te has dado cuenta –dijo él orgulloso.

«Me doy cuenta de todo lo que está relacionado contigo», pensó ella.

–Una vez, cuando Leonidas me traía aquí, encontramos un águila imperial que había sido envenenada. Se lo notificamos a las autoridades y la llevaron al hospital. Cuando se recuperó, nos permitieron ir a verla a un observatorio.

–Eso debió de ser muy emocionante para los dos.

–Sí, nos hacía muy felices. Mi hermano pensaba que era importante luchar por la conservación de las especies.

–Así que tú decidiste seguir con esa lucha. Es una forma extraordinaria de honrar a alguien –le devolvió los prismáticos–. ¿Tu sobrino sabe algo de eso?

Dimitrios la miró.

–No. Al principio, me resultaba demasiado doloroso sacar el tema. Pero creo que es otra de las cosas que debo rectificar si no es muy tarde.

Ella vio cómo él tragaba saliva antes de continuar el ascenso.

–Tu debiste de tener una infancia muy feliz, ¿verdad, Alexandra?

–Mis padres son maravillosos y nos dieron a mí y a mi hermana una vida estupenda.

–¿Por eso nunca me cuentas nada de tu vida? ¿Porque sabes que mi pasado no ha sido precisamente idílico?

No. Era el temor a amarlo y a saber que jamás sería correspondida lo que le hacía guardar las distancias.

Su mirada penetrante empezaba a ponerla nerviosa.

–Supongo que estoy demasiado ocupada con mi trabajo como para conceder tiempo a confidencias personales. ¿Hacia dónde vamos exactamente? –cambió de tema, pues la conversación se estaba haciendo demasiado íntima.

–Vamos a observar desde arriba cómo cazan las aves.

Las siguientes tres horas fueron una auténtica delicia para Alexandra. Comieron junto a las ruinas de un castillo bizantino que estaba en la cumbre. Luego comenzaron a bajar. Dimitrios le fue mostrando hasta quince especies en peligro de extinción,

incluyendo las águilas imperiales.

Cuando llegaron abajo, un sonido de música los atrajo y se detuvieron a escuchar.

–Es la celebración de la boda. Mira, se ve la congregación de gente a través de los árboles. Han debido llegar ya de la iglesia.

Alexandra se sobrecogió al ver a la hermosa novia reluciente con su vestido blanco y un hermoso adorno de flores en el pelo. Estaba bailando con su esposo, un alto y apuesto griego de pelo oscuro.

Al fondo, sus amigos y familiares daban palmas, mientras los niños jugaban alrededor.

A Alexandra se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Jamás había visto nada tan hermoso.

La escena le resultó realmente dolorosa, porque ella quería ser aquella novia que sonreía enamorada a Dimitrios, el esposo que deseaba.

–Es cierto que las bodas de los pueblos tienen su encanto –murmuró él–. Ven aquí para que puedas verlo mejor.

No pudiendo resistir más la tentación de tocarla, le posó las manos sobre los hombros y la atrajo hacia sí. Cometió un error. No había modo de que el aroma de su piel le permitiera fijar su atención en la boda. Lo único que deseaba era hundir la cabeza en su pelo suave y oloroso.

Una vez más, notó las increíbles curvas de su cuerpo.

De pronto, se sorprendió al notar que ella estaba temblando. Sabía que no tenía miedo de él. Entonces, ¿era deseo lo que sentía?

Si ese era el caso, sus intentos desesperados por ocultarlo la hacían diferente a todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Era alguien especial que jamás había pensado llegaría a encontrar.

Aquella misma mañana, se había despertado decidido a guardar las distancias. Y sin embargo, allí estaba, atormentado por un incontrolable deseo sexual que lo incitaba a besarla sin más.

Sabía que debía sentirse culpable por pasar con ella tiempo en actividades que nada tenían que ver con el trabajo. Realmente, no debería haber insistido en que ella se quedara en la villa. Pero ya era demasiado tarde. No sabía si iba a poder cumplir su promesa de que ninguna mujer lo llevaría a su lecho antes del matrimonio.

Deseaba, necesitaba a Alexandra como nunca antes le había

sucedido con ninguna otra mujer. Se había enamorado de ella.

–Espero… espero que no te importe que nos vayamos ya. Está empezando a anochecer –ella se apartó de él y comenzó a bajar por el camino.

Dimitrios la siguió, mientras se preguntaba si se sentía culpable de traicionar a Michael o a Yanni y por eso había puesto cierta distancia entre ellos. Decidido a descubrir si era así, se acercó a ella.

–Me has leído la mente otra vez. Yo también necesito retirarme pronto.

Ella redujo el paso y lo miró.

–¿Estás mareado?

–No, solo agradablemente cansado.

–No sé por qué, pero no te creo. Por suerte el hotel está cerca. Esa mochila debe de pesar.

Dimitrios esperaba oír de sus labios el ofrecimiento de que se apoyara sobre ella, pero dicho ofrecimiento nunca llegó. ¿Acaso temía su reacción cuando lo tuviera cerca?

Tenía que descubrir si era ese el motivo, así que se le ocurrió una idea para comprobarlo.

Lleno de felicidad ante la noche que tenía por delante, Dimitrios la llevó hasta el hotel. Los pinos proyectaban sus largas sombras sobre el camino. El corazón comenzó a latirle con fuerza al pensar que la tendría solo para él.

No importaba que el lugar estuviera abarrotado de gente. Los invitados de la boda los dejarían en paz.

–¿Te importaría que me tumbara un rato? –le preguntó en cuanto llegaron a la habitación.

Ella lo miró alarmada.

–¿Te sientes enfermo? A veces un refresco de cola ayuda. Si quieres puedo ir por uno.

Le encantaba que se preocupara por él de aquel modo. Le hacía sentir un amor aún más profundo.

Él negó con la cabeza.

–No. Solo estoy cansado. Si quieres darte una ducha, adelante. El conserje me dijo que nos traerían la cena a la habitación. Llamaré a la oficina ahora.

Dejó la mochila sobre una silla y se tumbó en una de las camas. Agarró el teléfono y pidió la cena. Con los ojos medio cerrados no

dejaba de observarla mientras ella buscaba algo en la maleta.

–Me daré prisa –dijo Alexandra antes de meterse en el baño.

En el instante en que oyó la ducha correr, llamó a Stavros y después escuchó los mensajes. Aún no había ninguno de Leon. Esperaba que por la mañana su sobrino respondiera.

Miró la radio despertador que había sobre la mesilla y la encendió. Buscó una emisora de música tradicional y se preguntó qué sería lo que le gustaba a Alexandra.

Allí tumbado, en una habitación en penumbra, no podía hacer nada más que esperar a Alexandra. Claro que tampoco se le ocurría nada más importante.

La ducha resultó realmente reconfortante. Pero, una vez finalizada, Alexandra se quedó frente al espejo y se miró en un ataque de pánico.

Estaba a punto de anochecer y pronto sería hora de dormir. No podía salir vestida con su aburrido traje de todo el día y salir con unos vaqueros y una camiseta resultaría desastroso.

Al hacer la maleta para aquel viaje no se le había ocurrido pensar en ningún momento en llevarse un camisón de abuelita. Solo había metido un camisón corto y una bata de nylon amarilla hasta las rodillas. Ambas cosas eran demasiado juveniles comparadas con el tipo de ropa que llevaba habitualmente.

Claro que, si no usaba el cinturón y se ponía una de sus gruesas camisas blancas y unos pantalones blancos debajo, lograría esconder su figura. Tampoco se había traído zapatillas, así que optó por unos calcetines.

En cuanto se puso las gafas, abrió la puerta del baño y salió con la maleta en la mano.

–Siento haber tardado…

No pudo terminar la frase, pues se quedó completamente perpleja al ver cómo había cambiado el dormitorio durante el tiempo que había estado en la ducha.

Miró la mesa y vio que estaba decorada con flores y velas. Dimitrios estaba allí de pie, llenando dos copas de vino. Olía a algo delicioso y sonaba música griega al fondo.

Cuando había dicho que les servirían la cena, ¡no se había

esperado nada semejante!

Dimitrios se volvió hacia ella. A la luz de las velas sus ojos relucían intensamente.

–Deja tus cosas y ven para acá.

Así lo hizo. En cuanto colocó la maleta en su sitio, se aproximó a él con las piernas temblorosas.

Él le colocó la silla para que se sentara.

¿Qué estaba sucediendo allí?

Se sentó frente a ella y levantó su copa.

–Brindemos por la feria –dijo.

Tratando de evitar su mirada, ella también alzó su copa.

–Por que sea un verdadero éxito.

–Por que lo sea.

Chocaron sus copas y, acto seguido, él bebió de la suya. Alexandra raramente bebía, pero en aquella ocasión necesitaba algo para poder tranquilizarse. El vino era delicioso.

Pero los nervios la impulsaron a beber demasiado y muy deprisa. Se atragantó.

–Lo siento –dijo ella avergonzada.

Al quitar las tapas que cubrían los distintos platos, apareció ante ellos un delicioso desfile de exquisiteces.

Pero la presencia de Dimitrios le había quitado el apetito a Alexandra. Había en él algo diferente. Por su comportamiento, casi podía llegar a pensar que se sentía atraído por ella. Dios santo, ¿era aquello posible? ¿O acaso su deseo por él había crecido hasta extremos tales que veía solo lo que quería ver?

–Si no te gusta nada de esto, puedo acercarme al pueblo por sándwiches y fruta.

–No, no hace falta… quiero decir… ese no es el problema. Es que… tengo más sueño que hambre…

Él la miró fijamente.

–Alexandra, no tienes que fingir delante de mí.

–¿Qué quieres decir?

–Que sé que estabas planeando pasar la noche con Michael y yo he dispuesto de todo tu tiempo.

Ella parpadeó. Así que pensaba que Michael y ella tenían una relación. Claro, era lógico asumir algo así, cuando Michael estaba hospedada en su habitación. Aquello le daba al asunto una

perspectiva diferente. Decidió seguirle el juego brevemente.

–Michael sabe que mi trabajo es lo primero.

Él se bebió el resto del vino que le quedaba en la copa.

–¿Es eso lo que vas a decirle, que se trata solo de trabajo?

–Si me lo preguntara, sí.

–¿Y no se pondría celoso?

–¡No! Tú eres mi jefe.

Dimitrios apoyó la espalda en la silla y la miró fijamente.

–Si tú fueras mi novia, posiblemente no te permitiría que te pasaras todo el día en el bosque con tu jefe.

Alexandra no pudo evitar sonreír a pesar del dolor que sentía.

–Las mujeres de hoy no somos propiedad de nadie. Pero lo cierto es que, si fuera la novia de Michael no habría pasado mi tiempo libre contigo aunque me pagues un salario.

Acababa de decirle la verdad.

–¿Sabe Michael que no es tu novio? –insistió él.

–¿Acaso le dijo algo a Leon que lo incitara a pensar que lo era?

–No que yo sepa –respondió él.

Dimitrios buscaba una respuesta concreta y Alexandra habría dado cualquier cosa por saber cuál era.

–Puede que alguno de los amigos de Michael quisiera gastarme una broma… –dijo ella pensativa.

–No te entiendo.

–Michael es un viejo amigo mío, y se ha traído a otros dos amigos suyos. Uno de ellos está divorciado. Michael y el otro no tienen pareja en este momento. Trabajan de día y actúan en el teatro por la noche. Cuando se enteraron de lo de la feria, se pusieron como locos por venir, así que les dije que se podían quedar en mi habitación. Al fin y al cabo yo solo la iba a usar para dormir.

Alexandra agarró la copa y bebió, creyendo que ese sería el final del interrogatorio. Pero no fue así.

–¿Y Yanni?

Ella casi se atraganta.

–¿Qué pasa con Yanni?

–¿Está planeando quedarse en tu suite también?

Alexandra dejó la copa sobre la mesa.

–Sí. Ha ido a Atenas primero a visitar a su familia. Por lo que sé, se llevará a una amiga a Thessalonica con él. Yo no la conozco.

–Suena divertido –dijo él–. Me pregunto cómo reaccionarían si yo me quedara a dormir allí también.

Era una broma, pero la sola idea hizo que el corazón se le acelerara.

–A todo el mundo le encantaría.

–¿A ti también?

Aquello era cada vez más extraño. Sonaba como si tuviera un interés especial en ella. ¿Y si por algún milagro fuera así?

–Me encantaría ver sus caras. No podrían creerse que el legendario *kyrie* Pandakis hubiera bajado del Olimpo para…

Se detuvo del golpe.

–Sigue –le dijo él.

–Yo… lo siento. He olvidado lo que iba a decir –respondió ella. Todo aquello era culpa del vino.

–Quizá lo hayas recordado para cuando salga de la ducha.

Capítulo 7

En cuanto Dimitrios se metió en el baño, ella decidió que lo mejor que podía hacer era tomarse la cena, para quitarse aquel ligero mareo que le había provocado el vino.

Al terminar, volvió a colocar las tapas a cada plato y apagó la velas.

Dimitrios salió del baño poco después, oliendo intensamente a jabón, vestido con un pantalón de chándal gris y una camiseta azul clara.

Llevaba el pelo mojado, pero no se había afeitado, lo que le daba un aspecto salvaje y estaba muy atractivo. No podía dejar de observarlo.

Él la miró de arriba abajo, encendiendo todos sus deseos prohibidos.

–No sé a ti, pero a mí al ver esa boda me han entrado ganas de bailar. ¿Querrías concederme este baile antes de que me vaya y te deje en paz?

Alexandra se quedó perpleja. ¿Quería bailar con ella, y con el patético aspecto que tenía?

Seguramente su jefe sabía que estaba locamente enamorada de él. Quizá lo supiera desde principio y había decidido darle a la «solterona» de su secretaria una alegría mientras estuvieran en Grecia, un recuerdo agradable que llevarse a Nueva York.

–A los hombres griegos nos encanta bailar –Dimitrios le ofreció sus brazos–. Por favor.

Alexandra sintió una repentina felicidad. Quizá su sueño de hacerse inolvidable para él se iba a convertir en realidad. Las piernas le empezaron a temblar ante la perspectiva de que él pudiera querer tenerla tan cerca.

–No creo…

–En este momento no quiero que pienses, Alexandra. Solo quiero que te dejes llevar por la música.

–Pero yo no sé ningún baile griego…

Sus protestas no tuvieron ningún efecto. Él la tomó en sus brazos.

–Lo único que tienes que hacer es relajarte –le susurró cerca del oído.

Le quitó las gafas y las puso sobre la cama. Luego la abrazó con fuerza, apretando su cuerpo contra el suyo, para que pudiera seguirlo.

Al sentir su cuerpo musculoso y masculino, Alexandra creyó derretirse allí mismo.

Zeus la tenía en sus brazos.

Pero no podía dejar que aquello continuara mucho tiempo.

–Será mejor que paremos. Ya has tenido actividad más que suficiente para un día.

–Sobreviviré.

Diciendo esto, la apretó aún con más fuerza y continuó moviéndose con ella por la habitación.

–Dimitrios… –le rogó ella.

–Me gusta oírte decir mi nombre. Me gusta estar contigo. Admite que tú también disfrutas de mi compañía –sintió su voz profunda voz resonar en cada célula de su cuerpo.

–Si eso no fuera así, no llevaría todos estos años trabajando para ti.

–Un hombre necesita oír esas palabras alguna vez, incluso de su secretaria

–Pues ya las he dicho. Y ahora insisto en que paremos. Mañana tendremos un día muy agitado.

Él dejó de dar vueltas, pero continuó balanceándola en el sitio.

–Gracias por este baile, Alexandra. Ha sido, exactamente, lo que el médico ordenó –la soltó lentamente, como si no quisiera dejarla ir–. Te veré mañana por la mañana. Cierra bien la puerta cuando yo me vaya.

Él agarró la mochila.

–¡Espera! –le gritó.

–¿Sí? –él se detuvo a la entrada.

–¿Y el saco de dormir?

–En el maletero del coche.

–¿Y si te pones enfermo durante la noche?

Él la miró de un modo enigmático.

–Eso no va a suceder.
–¡Y si sucede! –ella tenía miedo de que se hubiera excedido haciendo ejercicio y temía realmente que algo le pudiera pasar–. No voy a poder dormir sabiendo que estás en mitad del bosque, que puedes estar sintiendote mal y que nadie te podrá ayudar.
Él se pasó la mano por la mandíbula, como ausente.
–Si estás tan preocupada, dormiré en el coche.
–¡No! Eres demasiado grande y necesitas descansar como es debido –dijo ella–. Quédate aquí. Al fin y al cabo, ya hemos pasado otra noche en la misma habitación. Si te pones enfermo, estaré junto a ti para ayudarte.
La expresión de él era totalmente ininteligible.
–Eso es muy generoso de tu parte. ¿Estás segura?
–Por supuesto –respondió ella y rápidamente volvió a meterse en el baño.
Con el corazón acelerado, apagó la lámpara y se metió en la cama.
Cuando su adorable secretaria salió de nuevo, su hambrienta mirada la siguió hasta que estuvo entre las sábanas y le dio la espalda.
Un solo baile con ella había encendido su fuego interior y no parecía posible extinguirlo. Todavía podía sentir la sensación de su delicioso cuerpo contra el suyo. Estaba peligrosamente tentado de meterse en su cama.
El teléfono sonó justo a tiempo de evitar que cometiera una imprudencia.
Se incorporó para alcanzarlo y contestó.
–*Yassou* –susurró el griego.
–¿Tío?
Dimitrios sintió un profundo alivio.
–Leon, gracias a Dios que has llamado. ¿Dónde estás?
–Con Nikos.
–Es un buen amigo.
Después de un breve silencio, Leon habló.
–No deberías haberte marchado de la villa hasta no estar totalmente recobrado –dijo su sobrino con una preocupación que emocionó a Dimitrios.
–Hace un buen rato que me di cuenta. Por suerte, ya estoy en la

cama.

–¿Dónde?

–En Dadia.

–¿Con la señorita Hamilton?

Dimitrios se quedó ligeramente desconcertado por la pregunta.

–Sí –respondió.

–Mamá me ha dicho que tú no le habías contado nada. Lo siento. Fui un maleducado marchándome como lo hice.

–No hace falta que te disculpes. Sencillamente fue un malentendido.

–¿Qué estás haciendo en Dadia?

–Recordando a tu padre. Debería haber compartido todo esto contigo años atrás, pero cuando murió el dolor fue para mí tan insoportable que me negué a dejar entrar a nadie.

–El tío Vaso me contó que estabais realmente unidos.

–Así era. Cuando nuestros padres murieron, Leonidas se convirtió en mi padre, mi madre y mi hermano. Cuando tú naciste, fue como recobrar a mi hermano perdido. Solo que tú eras el pequeño y yo te podía mandar.

Su sobrino se rio.

Dimitrios sintió que la tormenta que había estado amenazándolos durante los últimos días se alejaba.

–Me encantaría subir esta montaña contigo, Leon.

–A mí también me gustaría –respondió su sobrino emocionado.

–Bien. Entonces planearemos un viaje aquí para después de mi luna de miel.

–¿Luna de miel?

–Sí –Dimitrios sabía que aquello solo podía terminar en matrimonio–. Voy a tener una larga y hermosa luna de miel, y voy a necesitar que alguien se ocupe de mis asuntos en Nueva York.

–¿Hablas en serio?

–Por supuesto. ¿Quién si no podría ocuparse de todo? Quizá para cuando yo regrese ya habrás podido tomar una decisión sobre si quieres seguir estudiando o prefieres optar por la vida religiosa. Si puedo dar mi opinión, yo te preferiría a mi lado. Si yo tuviera hijos, no podrían ayudarme en mucho tiempo.

–Tío, vas demasiado deprisa para mí.

Eso era exactamente lo que Dimitrios quería, llenarle la cabeza

con tantas ideas que llegaran a confundirlo.

–Me siento eufórico.

–¿Estás enamorado de la señorita Hamilton?

Dimitrios cerró los ojos.

–Sí.

–Lo supe en el momento en que dijiste que se quedaría en la villa.

–Pues tu intuición fue acertada. Por eso, precisamente, serías bueno en los negocios.

Otro largo período de silencio precedió a la respuesta de su sobrino.

–¿Le has pedido que se case contigo?

–Lo haré en cuanto acabe la feria.

–No la conozco, pero debe de ser una persona maravillosa, porque jamás te había visto tan feliz.

–Es un verdadero regalo. Pero tú eres la única persona que lo sabe. Me gustaría que siguiera siendo un secreto hasta que hagamos el anuncio.

–No diré nada, ni siquiera a mi madre.

–Siempre he confiado en ti. Te agradezco mucho que puedas sustituirme mañana. Nos encontraremos en la villa antes de la cena. Quiero verte con ese traje.

–Pero la señorita Hamilton lo ha mandado hacer para ti.

–Es cierto, pero somos de la misma sangre, así que da lo mimo.

–¿Seguro que estás bien? –sin duda estaba preocupado por él.

–Alexandra es mejor que una enfermera. No permitirá que nada me suceda.

–Me alegro. Cuídate. Te quiero, tío.

–Yo también te quiero, Leon, más de lo que puedas imaginarte.

Colgó y hundió la cabeza en la almohada.

Acababa de sembrar todas las semillas necesarias. Solo el tiempo podría decir si habían caído en suelo fértil.

En cuanto a la mujer que estaba allí en la misma habitación que él, sus días como señorita Hamilton estaban contados.

De no ser por la feria, en aquel mismo instante la habría agarrado y se la habría llevado a un lugar remoto en el que poder pasar muchas noches sin final a solas. Desde luego, aquella iba a ser una larga y tortuosa velada.

* * *

A la mañana siguiente, después del desayuno, inspeccionaron las impecables exposiciones sobre la seda que se habían dispuesto en Soufli. El vuelo de vuelta a Thessalonica fue particularmente interesante. Bajo la dirección de Dimitrios, el piloto voló sobre castillos y hermosas iglesias que adornaban el paisaje, dándole una notable lección de historia.

Pero, al llegar a su destino, fue ella la que empezó a sentirse extraña.

Dimitrios se levantó rápidamente dispuesto a ayudarla a levantarse.

–¿Te pasa algo? –le preguntó ansioso.

–Es increíble. Ahora soy yo la que está mareada.

–Es un poco de vértigo. Sucede a veces si no estás acostumbrada a aterrizar en un helicóptero. Te llevaré dentro otra vez.

–¡No, por favor! –gritó en un tono brusco–. Sujétame un rato en tus brazos y estaré bien en un minuto.

–¿Prefieres que nos quedemos aquí hasta que se te pase?

–No. Creo que eso es precisamente lo que me hace sentir mal, saber que estamos aquí arriba, encima del edificio y…

–Entonces vamos dentro.

Se apoyó en él para poder caminar. La mayor parte del tiempo ella mantuvo los ojos cerrados. Él la ayudó a bajar las escaleras que llevaban desde el tejado hasta las oficinas en el piso de arriba.

Una vez dentro, se sintió mucho mejor.

–¿Ya estás bien? –le susurró él al oído.

–Sí –dijo ella, pensando en que lo más aconsejable sería que no volviera a tocarla.

–Bébete esto.

Se detuvieron junto al dispensador de agua y le dio un vaso. Sabía bien, así que se lo bebió todo. Al devolverle el vaso, sus miradas se encontraron. En sus ojos había una profunda preocupación que la desconcertó.

–Gracias –dijo ella con voz temblorosa.

Notó que él respiraba profundamente.

–De nada. Ya tienes mejor color. ¿Estás preparada para seguir?

–Creo que puedo andar sin ayuda ya.

Él ignoró el comentario y se la llevó hasta su oficina, donde los empleados esperaban a ser presentados.

–Esta es, posiblemente, la situación más embarazosa en la que me he encontrado jamás.

Él la llevó hasta el sofá.

–Pero Stavros lo agradecerá, porque hasta ahora pensaba que eras una especie de supermujer.

Alexandra se rio a pesar de la situación. Todo el mundo se aproximó a ella y la saludó tan cordialmente que pronto se sintió como en casa. Stavros apareció al fin con un poco de limonada para ella.

Se sentó a su lado.

–Tengo una confesión que hacerle, señorita Hamilton –dijo Stavros en un inglés excelente–. A mí tampoco me gusta volar en esa maldita cosa.

–¡Y ahora me lo dice! –dijo Dimitrios fingidamente ofendido, mientras sus ojos sonreían. Cuando hacía eso, Alexandra lo encontraba realmente irresistible.

Se bebió la mitad de la limonada.

–Creo que, si no tengo que volver a aterrizar en el tejado de un rascacielos, no me volverá a suceder esto.

–¡Ya tenemos algo en común! –dijo Stavros.

A Alexandra le gustaba el secretario griego que tantos años había permanecido al servicio de los Pandakis.

Con una mirada jocosa se dirigió a Dimitrios.

–Hay mucho trabajo esperándote en tu despacho. Si quieres, yo me encargo de enseñarle a la señorita Hamilton toda la oficina.

Jamás había visto a nadie dirigirse así al gran magnate. Esa era una prueba del gran afecto que le tenía, y que le permitía tratarlo como a un igual.

Dimitrios farfulló algo sobre sus dos ayudantes convertidos en cómplices antes de encaminarse hacia su despacho.

En cuanto Alexandra se terminó la limonada, se sintió capaz de seguir a Stavros. Después de mostrarle el increíble edificio, la condujo a la oficina que habría de ser su lugar de operaciones durante la feria. No sabía cuál de los Pandakis había tenido que sacrificarse para dejarle su espacio, pero le constaba que estaba

utilizando el lugar de alguno de ellos.

Durante una hora se centraron en su trabajo. Cuando la reunión estaba llegando a su fin, ella actuó siguiendo una sugerencia que le había hecho Dimitrios.

–Antes de terminar, me gustaría ser franca con usted. Verá, no me gusta mucho el contacto con la gente. Prefiero trabajar siempre detrás y asegurarme de que todo funciona a la perfección. Creo que usted es el único que puede manejar a los VIP que vendrán a la feria. ¿Podría encargarse de todo eso, por favor?

Él la miró sorprendido.

–Si eso es lo que usted considera mejor.

–Sí. La verdad es que tener que entretener a todos esos altos dignatarios acabaría provocándome un ataque de nervios.

–Dimitrios me dijo que no se acobarda ante nada.

–Tengo que ocultar ciertas debilidades ante mi jefe.

Stavros se rio.

–Si llego a saber que esto iba a ser una fiesta, no me habría marchado.

Al oír el sonido vibrante de la voz de Dimitrios, Alexandra se levantó. Stavros permaneció sentado, sin dejar de mirar a su jefe con una sonrisa en la mirada.

–La señorita Hamilton y yo ya lo hemos resuelto todo. Teme no ser capaz de abarcarlo todo, así que me ha nombrado relaciones públicas del evento.

–Me parece bien todo aquello que a vosotros os parezca bien. Se está haciendo tarde, Alexandra. Nos tenemos que ir.

Ella se volvió hacia Stavros.

–Nos veremos más tarde. Gracias por todo.

–Ha sido un placer.

Dimitrios la tomó del brazo y la condujo hacia el ascensor. Durante el trayecto de bajada ella tuvo la sensación de que su mirada penetrante trataba de leerle el pensamiento.

–Es muy raro ver a Stavros riéndose así. Le has hecho muy feliz. Así que te mereces un premio.

Ella negó con la cabeza.

–Por favor, nada de bonificaciones.

–La verdad es que tenía otra cosa en mente –dijo él en voz baja–. Cuando la feria se acabe, descubrirás de qué se trata.

Alexandra no quería regalos de Dimitrios. Lo que deseaba seguía sin estar a su alcance. Lo ocurrido la noche anterior no tenía base real. Lo mejor que podía hacer era tener en mente que, si la acababa de agarrar del brazo era solo porque se había mareado hacía un rato.

No la soltó hasta que ella no estuvo dentro de la limusina.

–¡Ay… mi equipaje!

–Ya está en el maletero con mis cosas.

Dimitrios rodeó el coche y se sentó en su asiento. Le dio las instrucciones necesarias al chófer y este se puso en marcha.

–¿El hotel no está en sentido contrario? –preguntó Alexandra.

Él asintió.

–Sí. Pero tengo cosas que hacer después de la cena. Ahora que sé que Michael y sus amigos no te necesitan para divertirse, creo que lo mejor será que te quedes en la villa.

Después de un silencio, ella lo interrogó.

–Pero esta noche, ¿no tenéis una cena de familia?

–Sí, y tú vendrás conmigo.

–Pero yo no soy parte de tu familia.

Dimitrios resopló.

–Debes tener una opinión muy pobre sobre mí para pensar que te voy a dejar sola. Todo le mundo está ansioso por conocer a la mujer que ha sido capaz de devolverle a Thessalonica el esplendor de tiempos perdidos.

Ella inclinó la cabeza.

–Gracias por el cumplido pero, como siempre, creo que exageras –hizo una pausa y suspiró–. ¿Debería vestirme de un modo particular para la cena, o vale con uno de mis trajes?

–Lo que te resulte más cómodo.

–Quizá debería preguntarle a tu cuñada. Seguro que ella lo sabe.

–No es la que tiene que decidir.

–¿No es ella la anfitriona?

–No. Vamos a comer en casa de mi tío Spiros.

–Pensé que él había muerto –dijo ella.

–Así es. Pero ahora vive allí con su familia mi primo Pantelis. Te gustará mucho su mujer, Estelle. No le da importancia a cosas que no la tienen.

Se hizo otro largo silencio.

–¿Qué se te está pasando por la cabeza que tienes esa expresión tan feroz?

–Puede que te sorprenda, pero incluso una simple secretaria como yo querría estar realmente guapa en una ocasión así.

–Que sepas que jamás he puesto objeción alguna a tu aspecto –protestó él–. Si has pensado alguna vez lo contrario, te equivocaste.

Él sintió que ella se apartaba de él. Nada había sido igual desde que dejaron Dadia.

Cuando Nicholas apareció, Dimitrios le pidió que metiera sus maletas en casa. Luego agarró a Alexandra del brazo y entraron juntos.

Pero ella parecía particularmente ansiosa por llegar a su habitación. Sin embargo, después de lo que había descubierto respecto a sus sentimientos en las últimas veinticuatro horas, él se rebelaba ante la idea de estar separados por motivo alguno.

–Tendrás que estar lista para que nos marchemos en una hora.

Ella asintió y trató de cerrar la puerta.

–Alexandra…

–¿Sí? –le preguntó ella en un susurro–. ¿Has olvidado decirme algo? ¿Quieres que haga algo?

Había tantas cosas que quería de ella, que fue incapaz de formular una frase coherente.

–Estoy impaciente –dijo.

Con aquel críptico comentario, se dio media vuelta y se dirigió a su dormitorio.

Alexandra cerró la puerta y se apoyó en ella. No podía entender qué le estaba sucediendo a Dimitrios, tampoco lo que había querido decir. Quizá se refiriera a la casa que, tiempo atrás, fue el hogar de la familia que había perdido y que ansiaba volver a visitar. Aunque siempre le había parecido feliz de no tener que vivir allí.

La noche anterior, cuando le había tendido los brazos para que bailaran juntos, le había parecido una persona totalmente diferente. Alexandra no había sentido antes nada semejante a lo aquellos instantes en sus brazos le habían provocado, mientras el vino y la música no hacían sino alimentar las llamas del deseo.

Siempre la había aceptado tal y como era y lo amaba aún más por eso. Pero, por algún motivo, hacía un momento le había parecido que estaba realmente molesto por algo.

Se estremeció. Pocas veces lo había visto, pero tenía claro que lo último que quería era ser diana de su rabia.

Una vez más, Alexandra habría deseado haber podido ser ella misma aquella noche. Y, de no haber sido por la posibilidad de que Giorgio estuviera allí, quizá lo habría hecho.

Alguien llamó a la puerta y ella se apresuró a abrir con la esperanza de que fuera Dimitrios.

Pero era Nicholas que traía su equipaje. Le agradeció al hombre sus servicios y volvió a cerrar la puerta en cuanto se marchó.

Se encaminó al baño y un río de lágrimas comenzó a fluir desde sus ojos.

Habían ocurrido demasiadas cosas en aquellas últimas veinticuatro horas y ya no se sentía capaz de contener la emoción. Necesitaba desahogarse.

Media hora más tarde, salió del baño con una toalla enroscaba en el pelo y abrió la maleta para sacar el único traje de vestir que había traído de Nueva York.

Cuando Michael y ella habían seleccionado el vestuario, se habían estado riendo sin parar de las descabelladas elecciones que hacían. Pero en aquel instante tenía ganas de todo menos de reír. Levantó el atuendo gris de tela dura y miró descorazonada el cuello a caja y las mangas largas y sin vida.

Era espantoso. No podía soportar la idea de meterse en aquello. Pero no tenía más remedio.

Se peinó una vez más con el pelo tirante en un moño aburrido. No solo su madre echaba de menos a su verdadera hija.

No entendía que a Dimitrios no le importara que tuviera aquel patético aspecto.

–¿Alexandra? –su voz resonó después de unos leves golpes en la puerta.

–Ya estoy lista.

Se puso una vez más los zapatos negros de matrona y abrió la puerta.

Ante ella apareció la impresionante imagen de aquel hombre, vestido con una camisa negra de manga larga y unos pantalones negros. Se quedó sin aliento y todo pensamiento se borró de su mente.

–Leon y su madre están esperándonos en el coche. Los dos creen

que aún no estoy bien del todo y que por eso no puedo montar a caballo. Así que, por favor, sígueme el juego. ¿Nos vamos?

Una vez más, la condujo a la salida manteniéndola cerca de él, en esta ocasión, con el brazo sobre sus hombros. Ella se sentía ridícula, al lado del hombre más espectacular que jamás había visto.

La extraña mirada que le lanzó Ananke cuando entraron en la limusina le confirmó a Alexandra la opinión que tenía de sí misma. Sin embargo, Leon la miraba con una ternura especial.

–Buenas noches, señorita Hamilton.

–Me alegro mucho de verte otra vez, Leon. Desde el otro día he querido tener la oportunidad de pedirte disculpas por lo sucedido.

Él negó con la cabeza.

–No es necesario. Me comporté como un idiota. No hace falta hablar de eso otra vez –su modo de expresarse y de actuar eran muy similares a los de Dimitrios.

Ananke eligió aquel momento para decirle algo a su cuñado.

–Habla en inglés, por favor.

–Creo que deberías haberte quedado en casa, Dimitrios. Es más, no deberías haberte levantado para nada.

–Yo estoy totalmente de acuerdo con usted, señora Pandakis –dijo Alexandra–. Teniendo en cuenta, además, que tenemos trabajo que hacer a última hora, lo adecuado sería que no nos quedáramos hasta muy tarde.

–En tal caso, cenaremos y nos volveremos enseguida –dijo su sobrino con decisión.

–Gracias a todos por decidir por mí.

–Alguien tiene que hacerlo –añadió Alexandra.

–Lo haré con una condición.

–¿Cuál? –preguntó Ananke.

–Quiero ver a Leon con el traje que la señorita Hamilton mandó hacer para mí.

–Encantado, tío, pero tendrá que ser a la vuelta.

–La verdad es que le he pedido a Nicholas que lo metiera en el maletero.

Leon no iba a poder escaparse en aquella ocasión.

A Alexandra le agradaba ver que las nuevas tácticas que Dimitrios estaba utilizando funcionaban a la perfección.

Volvió su atención hacia la ventanilla y al paisaje que los

rodeaba. Tras un breve trayecto, aparcaron frente a una gran casa de líneas neoclásicas. Era más grande e imponente que la de Dimitrios.

La señora Landau le había contado, tiempo atrás, que, aunque Spiros, la cabeza visible de la compañía Pandakis, tenía cuatro hijos, el hijo de su hermano, Dimitrios, había sido el verdadero heredero de su poder.

Cuando Spiros murió no hubo discusión sobre quién había de ser el líder de la corporación, pues Dimitrios ya se había instituido como tal.

Sería interesante ver si Leon había heredado aquella fuerza natural y su particular instinto para los negocios.

Por el bien de Ananke, Alexandra esperaba que su hijo se casara y tuviera hijos, pues era patente que la mujer sufría ante la perspectiva de perderlo en un monasterio. Aunque tenía la sensación de que su dolor no era debido solo a eso, ni tampoco a la temprana muerte de su esposo.

–Ya hemos llegado –le susurró Dimitrios al oído.

Ella notó cómo sus labios le rozaban suavemente el lóbulo. Asumió que había sido un mero accidente, pero no por ello dejó de sentir un placentero escalofrío.

–Leon –dijo Dimitrios–. Acompañaré a tu madre dentro mientras tú sacas lo que hay en el maletero y te preparas.

–Sí, tío.

Alexandra tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír. Leon no estaba acostumbrado a que su tío le exigiera cosas, pero pensaba que era exactamente lo que necesitaba.

En cuestión de minutos, Alexandra, Ananke y Dimitrios ya estuvieron en el interior de la villa y pasaron a una terraza en la que había una multitud de invitados. Alexandra contó al menos treinta familiares elegantemente vestidos.

Los hijos de Spiros estaban todos casados y con hijos, algunos ya en la pubertad.

En una gran mesa en el centro, ricamente decorada, había todo tipo de deliciosos manjares.

–Dimitrios –gritó alguien al parecer muy alegre de verlo.

–No te muevas de mi lado –le rogó Dimitrios a Alexandra.

Capítulo 8

Alexandra accedió gustosa a los deseos de su anfitrión. En aquel mismo instante, vio a Giorgio Pandakis entre la gente. Era de menor estatura que el resto de sus hermanos y había engordado desde que lo había visto por última vez, en aquella desagradable experiencia en el museo.

No pudo evitar un escalofrío.

–¿Tienes frío? –le preguntó Dimitrios.

–No. Es que me ha parecido ver un insecto volando hacia mí –dijo ella–. Pero no ha sido nada.

–Habrá sido una polilla. Hay muchas en verano, pero no hacen nada –la tranquilizó él.

De pronto, un montón de invitados llegaron junto a Dimitrios hablando rápidamente en griego. Sin duda era el favorito de todos, especialmente de los niños, que se agarraban como locos a sus piernas y le pedían que los tomara en brazos.

Pero Ananke contuvo todo aquello y lo condujo hasta una mesa donde lo obligó a sentarse. Ella se situó a la derecha, mientras Alexandra se sentó a la izquierda.

Todo el mundo le hacía preguntas que ella asumió eran sobre el accidente, y a las que Dimitrios respondía pacientemente. Después de presentarle a sus primos Pantelis y Takis, Alexandra logró quedarse en un segundo plano, mientras estos hablaban con Dimitrios y con Ananke.

Cuando ya habían tomado el primer plato, alguien exclamó de nuevo.

Todo el mundo aparto su atención de Dimitrios y la centró en Leon, que acababa de salir a la terraza.

Alexandra no puedo evitar exclamar también. El vestuario le quedaba perfectamente. Parecía enteramente un santo sacado de un icono. Se hizo un silencio reverencial ante la hermosa visión que tenían delante.

Dimitrios sonrió a su sobrino y le dijo algo en griego que invitó

al muchacho a devolverle la sonrisa con verdadero afecto.

–Atención todo el mundo –dijo Dimitrios ya en inglés–. Mañana, Leon irá en mi lugar encabezando el desfile de apertura de la feria. Gracias al genio de mi secretaria, la señorita Hamilton, quien ha sido la artífice de tamaño espectáculo, podremos ver a Leon representando a los Pandakis y todos nos sentiremos orgullosos de él.

A Alexandra le daba la sensación de que a Leon le estaba gustando mucho ser el centro de atención. Realmente estaba magnífico vestido con aquel impresionante atuendo.

Poco a poco, diferentes miembros de la familia fueron acercándose a saludar a Alexandra. La esposa de uno de los hermanos le habló en un extraordinario inglés.

–¿Cómo se te ocurrió ese disfraz? Es una idea realmente brillante.

Alexandra se ruborizó.

–La verdad es que fue muy sencillo. San Dimitrios es una figura muy conocida en la historia y mi jefe se llama así.

Dimitrios inclinó la cabeza hacia un lado.

–¿Así que si me hubiera llamado Hades ese habría sido mi vestuario?

Su comentario fue tan inesperado que ella soltó una espontánea carcajada, olvidándose por completo de dónde estaba.

–No he oído jamás que nadie se llame Hades, con la única excepción del dios del mundo subterráneo.

–Y yo no te he oído nunca antes reír así –le dijo él en un tono seductor–. Deberías hacerlo más a menudo.

Ella habría deseado haber podido tomarse su comentario como algo personal. Pero sabía que solo trataba de hacerla sentir cómoda entre tantos extraños.

En aquel momento, se acercó otro de sus primos.

–Señorita Hamilton, este es Vaso, mi primo y también un buen amigo.

Vaso sonrió y le estrechó la mano.

–Es un placer conocerla al fin. Dimitrios y usted deberían haber estado en la cena de anoche. El primer ministro se sintió muy decepcionado por no haber podido dar la enhorabuena a la mujer que ha puesto en marcha un evento tan espectacular como la feria.

Esas fueron sus palabras exactas.

–Gracias –murmuró ella.

Vaso le dio a Dimitrios un cordial puñetazo en el hombro.

–Dice el primer ministro que igual te la roba para que trabaje con él en el futuro. Ten cuidado, primo.

Dimitrios sonrió a Alexandra con los ojos. Habría sido uno de los momentos más excitantes de su vida, de no ser porque en aquel instante vio que, mientras Vaso se alejaba, Giorgio se aproximaba a ellos,.

Desde su llegada a Grecia había temido que llegara el momento en que habría de enfrentarse a él. Ese momento había llegado y no podía esconderse en ninguna parte.

–Buenas noches, Dimitrios. Siento que todavía no te encuentres bien del todo.

–Gracias, Giorgio. Te presento a mi secretaria quien, al parecer, es la envidia del primer ministro. Señorita Hamilton, le presento a mi primo Giorgio.

–¿Cómo está?

Él le besó la mano y, en ese mismo instante, le vino a la memoria el terror lejano de aquella noche, en que, contra su voluntad, aquel mismo hombre la sujetaba con brutal fuerza.

Incapaz de soportarlo, ella apartó la mano sin importarle que pudiera ofenderlo.

Giorgio Pandakis no pareció darse por aludido y continuó en su sitio.

–Hamilton es un nombre famoso en América.

–Así es. Alexandra se llama como su tataratatarabuelo, Alexander Hamilton, el renombrado político que creo el banco nacional, convirtiéndose en el primer secretario del tesoro de Estados Unidos.

–Eso explica su rápido ascenso en la corporación Pandakis –dijo Giorgio con patente ironía–. Gracias a sus habilidades demostradas en la feria se ha hecho indispensable para mi primo. Enhorabuena.

A Alexandra no le pasó desapercibida la mirada de odio que Dimitrios le lanzó a Giorgio antes de que se fuera.

Se le aceleró el corazón.

–¿Cómo sabes la historia de mis ancestros? –le preguntó ella.

–La señorita Landau era una fanática de los árboles

genealógicos. Un día me lo mencionó.

–Era una mujer de unas capacidades muy peculiares –dijo Alexandra con cierto sarcasmo, para cubrir su alivio. Por un momento había pensado que había hecho la conexión con su abuelo, quien había organizado el seminario sobre la seda nueve años atrás. Eso habría significado haber tenido que decirle toda la verdad a Dimitrios aquella misma noche. Por suerte podría esperar a tener la carta de dimisión para hacerlo.

–La señorita Landau tenía mucha fe en ti. Gracias a las alabanzas que hacía continuamente sobre tu labor llegaste a ser su sustituta.

Alexandra debería haberse sentido orgullosa de que la mujer hubiera mostrado tan favorable disposición hacia ella. Pero había veces que era mejor no saber la verdad.

–No le hagas mucho caso a Giorgio –la luz de su mirada se desvaneció–. Por desgracia tiene cierta tendencia a ser un canalla. Como veo que te ha quitado las ganas de comerte el postre, será mejor que nos vayamos.

Alexandra estaba dispuesta a alejarse de Giorgio sin demora. Juntos se levantaron de la mesa.

Ananke los siguió.

–Iré a buscar a Leon y nos encontraremos en el coche.

Una vez fuera, Dimitrios buscó una vez más su complicidad.

–Por el bien de mi sobrino, voy a seguir fingiendo que no me encuentro bien. No quiero que ahora se eche para atrás.

–No creo que quiera hacerlo –le susurró ella–. Me ha parecido que se sentía muy feliz en su nuevo papel.

–Espero que tengas razón.

En pocos minutos ya estaban todos en la limusina y de camino hacia la villa.

Alexandra se dedicó a observar a los tres que charlaban en griego.

Leon no paraba de hablar, con una continua sonrisa en el rostro. Era una buena señal. Ananke también parecía más contenta.

Cuando estaban a punto de llegar a la villa, el teléfono de Alexandra sonó. Lo sacó del bolso y respondió. Dimitrios hizo una mueca.

–¿Sí?

–¡Eres imposible de encontrar!

–¡Michael! ¿Te lo estás pasando bien?

–Por supuesto, pero todavía no hemos podido verte. Tu amigo Yanni y su amiga ya están aquí.

–¿Yanni ha llegado?

–Sí. ¿Por qué no te vienes al hotel un rato, y así nos demuestras que no solo eres producto de nuestra imaginación? Quiero que me lo cuentes todo. Eso si tu dueño y señor no te lo impide.

Ella se mordió él labio.

–Lo siento… pero me va a ser imposible –murmuró, sin poder dar explicaciones mientras Dimitrios la miraba fijamente.

Giorgio había conseguido alterar el estado de ánimo de ambos.

–Como veo que no puedes hablar, te llamaré luego.

Su amigo colgó. Ella puso el teléfono de vuelta en el bolso, fingiendo que no se había dado cuenta de que Dimitrios había estado escuchando.

En cuanto llegaron, Leon ayudó a su madre a salir y juntos entraron en la villa.

Alexandra se acercó a toda prisa para prestarle su apoyo a Dimitrios, pero este no parecía tener muchas intenciones de entrar en la casa. Se detuvo nada más salir del coche y la miró directamente a los ojos.

–Siento que quieras estar con tus amigos esta noche y no puedas, pero es importante que estés aquí para que Leon piense que todavía no estoy recuperado.

–Soy consciente de ello.

Él miró el reloj.

–Son solo las diez menos diez. ¿Por qué no los invitas a venir y a darse un baño en la piscina?

–¿Ahora? –preguntó ella atónita.

–Sí. Hace una noche estupenda. Quizá así dejen de verme como ogro.

–¡No piensan que seas ningún ogro!

Él sonrió de medio lado.

–Me alegra oír eso. Le diré a Kristofor que vaya a recogerlos mientras tú los llamas.

–Eres muy amable. No sabes hasta qué punto les va a gustar la idea. Venir a tu villa hará que su viaje esté completo.

–Bien, me alegro. A Leon le cayó muy bien tu amigo Michael, así

que quizá quiera unirse a nosotros.

Ella dudó de repente.

–El único problema es… que no sé nadar –no le gustaba decir mentiras. Esperaba que aquella fuera la última.

–No pasa nada. Mi sobrino encontraría sospechoso que yo me pusiera a nadar como un loco si no me encuentro bien. Lo mejor será que tú y yo nos echemos en unas tumbonas y resolvamos los asuntos de última hora.

Él se puso de inmediato a dar las órdenes pertinentes a Kristofor. Estaba tan enamorada de Dimitrios que ya no sabía qué hacer con sus sentimientos. Así que hizo lo único posible en aquel momento: darle a Michael la sorpresa de su vida.

–Jamás te había visto tan guapa, Alexandra. Con ese pelo lacio y pegado y ese traje de color gris, estás imponente –le dijo Michael en voz baja quince minutos más tarde.

Ella lo abrazó.

–Eres un malvado, ¿lo sabías?

–Sí, claro que lo sé –le guiñó un ojo–. ¿Dónde está el gran señor?

–Junto a la piscina.

–Este sitio parece un museo vivo. ¿Qué te parecería vivir aquí?

–Absolutamente maravilloso –respondió ella con voz temblorosa.

–Ya lo veo. Será mejor que tengas cuidado o se va a dar cuenta él también.

–Lo sé –murmuró ella.

Siguieron a Leon, que se ofreció a enseñarles la villa antes de ir a nadar.

A Alexandra le agradaba que sus amigos se llevaran tan bien con el sobrino de Dimitrios. Los tres habían actuado en varias obras griegas y compartían su amor por el teatro.

A Yanni le encantaba el teatro contemporáneo. Siempre veía todo lo que ponían en Nueva York. Entre los seis mantuvieron una animosa conversación hasta que llegaron a la piscina, que estaba en la parte de atrás. Todo el mundo exclamó al ver el maravilloso jardín griego.

Pero Alexandra solo tenía ojos para Dimitrios, que se levantó nada más verlos. Llevaba aún el pantalón negro y la camisa negra y

estaba tan abrumadoramente guapo que dolía.

Se mostró tan tremendamente agradable, que dejó a todo el mundo impresionado. En un momento dado, Michael miró a Alexandra como diciendo: «Tu obsesión está perfectamente justificada».

Leon les enseñó el lugar en el que podrían cambiarse y, en pocos minutos, todos estuvieron en la piscina.

Leon pronto demostró que tenía la misma predisposición atlética que su tío, haciendo gala de habilidad además de hermosura.

Según fue transcurriendo la noche, ella se dio cuenta de que no era la única que lo había notado. La amiga de Yanni, una griega pelirroja encantadora, no le quitaba la vista de encima. Al parecer, a Leon también le gustaba la muchacha. Pero había un pequeño inconveniente: a Yanni no parecía hacerle ninguna gracia.

–¿Yanni y Merlina están comprometidos? –le preguntó Dimitrios en voz baja para que nadie más pudiera oírlo.

Ella respiró profundamente.

–No. Él tiene una novia en Nueva York.

–¿Quieres que haga algo para evitar un conflicto?

Alexandra sabía exactamente a qué se refería. Le caía muy bien su amigo Yanni y no quería que le hicieran daño. Competir con Leon era realmente complicado, pues era un joven que prometía convertirse en un hombre tan impresionante como su tío.

Pero por otro lado…

–Quizá a Leon le venga bien darse cuenta de que las mujeres lo admiran. Es bueno en estos momentos que sienta cierta confusión, para que a la larga pueda tomar la decisión adecuada.

–Me has leído el pensamiento una vez más. ¿Y tú amigo Yanni?

Ella se encogió de hombros.

–Asegura que no quiere una relación permanente. Quizá cierta competición sana sea lo que necesite. Algún día tendrá que hacer de una de sus novias una mujer honesta.

–Yo, hasta que te conocí a ti, pensaba que no existía ninguna mujer honesta.

Su cínico comentario fue como una daga en el pecho. Inmediatamente, le vinieron las palabras de su madre a la mente.

«Acabas de decirme que es un hombre honesto en todo lo que se refiere a su negocio. Los hombres así esperan que se los trate con

idéntica honestidad. Acuérdate de lo que te digo, Alexandra: cada minuto que permaneces en ese trabajo estás corriendo un grave riesgo».

Con una desagradable sensación se levantó de la tumbona con sus notas.

–Te agradezco que les hayas abierto tus puertas a mis amigos, pero se está haciendo tarde y mañana tengo que estar fresca y descansada a primera hora para poner en marcha todo. Le diré a Michael que se tienen que ir.

Él se levantó también.

–Se lo están pasando bien. No los interrumpamos. Leon se ocupará de todo.

La tomó del brazo, como si realmente necesitara ayuda, y se marcharon sin que nadie se diera cuenta.

De camino a la casa ella le preguntó dónde pensaba estar durante el desfile.

–Dejaré a Ananke en la tribuna principal y me iré a verlo por televisión desde mi oficina. En cuanto Leon haya dado su discurso, me encontraré contigo para ir a la galera de Cleopatra, donde tendremos una comida con Stavros y algunos altos mandatarios.

Ella lo miró directamente a los ojos.

–Espero realmente que la feria sea un éxito. Quiero que las cosas sean perfectas para ti.

–Ya lo son, Alexandra. Que duermas bien.

–Tú también –le dijo antes de cerrar la puerta.

Pero, cuando se metió en el dormitorio, se dio cuenta de que había llegado a un lugar desde el que no había retorno con Dimitrios. Alexandra lo amaba demasiado para seguir engañándolo. Tenía que confesárselo todo. Si la despedía de inmediato, eso era lo que se merecía.

Sin perder ni un minuto más, se dirigió a su habitación. Llamó a la puerta y esperó una respuesta que no obtuvo. Quizá estuviera en la ducha.

–¿Dimitrios? –lo llamó y volvió a tocar a la puerta.

Finalmente él apareció, abrió y se quedó apoyado en la jamba, con la camisa ligeramente desabrochada. La visión de su torso hizo que a Alexandra se le secara la boca.

–¿Te has acordado de algo importante para el desfile de

mañana?

Su voz profunda y masculina alteraba todos sus sentidos. Notó que el aliento le olía a alcohol. Jamás lo había sorprendido bebiendo solo. Debía haber algún motivo para aquel extraño comportamiento.

Ella se pasó las manos sudorosas por la falda.

–No, lo que tengo que decirte no está relacionado con la feria. Pero… quizá haya venido en un momento inoportuno. Perdóname.

Él la sujetó del brazo cuando se disponía a marcharse.

–No hay nada que perdonar. Pasa, Alexandra. Me estaba tomando una copa para poder dormir.

–Debes de estar realmente preocupado por tu sobrino.

Él la miró fijamente.

–Me preocupa él entre otras muchas cosas –dijo vagamente.

Al entrar, ella se fijó en el vaso medio vacío que había sobre la mesa. Él cerró la puerta.

–Te ofrecería un trago, pero algo me dice que no te va a gustar lo que puedo servirte. Este licor griego es muy fuerte. Siéntate, si quieres.

Ella lo siguió hasta la mesa.

–Dimitrios…

–Ese es un buen comienzo. Me da la sensación de que te cuesta decir mi nombre.

–Por… porque tutearnos parece que diluye las diferencias entre trabajador y jefe.

–Seguro que a estas alturas soy para ti algo más que tu jefe.

–Sí. Eres un amigo –el corazón le latía con tanta fuerza que tuvo la sensación de que temblaba en la silla–. Tengo la sensación de que puedo decirte cualquier cosa.

–¿Por eso estás aquí?

–Sí –se humedeció los labios–. Esta noche has afirmado que yo era la única mujer honesta que conocías.

–Jamás digo algo que no pienso.

–Entonces, necesito que sepas que no he sido completamente honesta contigo respecto a algo muy importante.

Él la miró con un extraño brillo.

–Debe serlo, cuando vienes así a mi dormitorio. Te escucho.

–Es sobre algo que me ocurrió tiempo atrás.

–¿Con un hombre? –preguntó él.
–Sí.
Se hizo un silencio tenso y notó que él inspiraba con fuerza.
–¿Te violó?
–Casi –respondió ella temblorosa–. Pero otro hombre llegó y me salvó.
–Gracias a Dios –dijo él lleno de emoción–. ¿Cuántos años tenías?
–Dieciséis.
–Ahora entiendo por qué siempre llevas ropa que oculta tu cuerpo.
Ella cerró los ojos por un momento. Estaba tan cerca y tan lejos al mismo tiempo de la verdad.
–Espero que el hombre que te salvó realmente le diera un buen puñetazo antes de llevarlo ante la policía.
–Lo dejó inconsciente, y eso me hizo admirarlo –gimió–. De hecho, lo amo profundamente desde aquel momento. Dimitrios, ese hombre…
En aquel instante, la puerta se abrió.
Se volvió y vio a Leon entrando en la habitación. Al advertir la presencia de ella, el muchacho se detuvo.
–Señorita Hamilton, no sabía que estaba aquí. Debería haber llamado… –miró a Dimitrios–. ¿Te encuentras peor?
–Eso es lo que he venido a preguntarle –dijo ella–. Pero insiste en que está bien, y que tenía ganas de tomar algo antes de meterse en la cama.
–Pues no deberías haberlo hecho, tío. Tendrías que haber esperado a estar totalmente recobrado.
–Quizá tengas razón –murmuró Dimitrios–. ¿Qué puedo hacer por ti, Leon?
–Si no estás demasiado cansado, me gustaría hacer mi discurso delante de ti. Mañana por la mañana será demasiado tarde para cambiar nada y no quiero avergonzarte delante de tanta gente.
Alexandra negó con la cabeza.
–Es imposible que tú avergüences a nadie.
Se levantó de la silla y le susurró a Leon algo al oído.
–Hace unos seis meses, la señora Landau me contó que tu tío tenía intención de que tú dieses el discurso de apertura. Debería

haber actuado en consecuencia y habertelo dicho antes, pero no lo hizo por temor a presionarte. Su tío Spiros era un hombre muy autoritario, al parecer, y él ha tratado con demasiado tesón de hacer justo lo contrario.

Los ojos de Leon se iluminaron.

–Gracias por contármelo –le respondió él.

–De nada.

–Me fastidia que me ignoren como si ni siquiera estuviera en la habitación –dijo Dimitrios en un tono liviano.

Alexandra siguió hablando con Leon.

–Antes de decir «buenas noches», me gustaría agradecerte que hayas sido tan agradable con mis amigos. Los conozco desde hace años y puedo asegurarte que hoy se lo han pasado en grande.

Leon sonrió.

–Yo también me lo he pasado muy bien. De hecho, me pidieron que me fuera con ellos al hotel a seguir la fiesta allí. Pero tenía que asegurarme de que el discurso era adecuado. Le pedí a Kristofor que los llevara. Hemos quedado mañana para ir a la feria juntos. Me llevará a unas chicas conmigo.

–Los chicos se lo van a pasar en grande. Las mujeres griegas son tan encantadoras como los hombres.

–¿Has oído eso, tío? –Leon echó la cabeza para atrás y se rio del mismo modo que se reía Dimitrios.

Alexandra sonrió.

–Puedes reírte de mí todo lo que quieras, pero estoy diciendo la verdad. Por cierto, estás guapísimo con el vestuario de San Dimitrios. Merlina se va a quedar atónita cuando te vea mañana.

El muchacho se ruborizó.

–¿Usted cree?

–Lo sé –le aseguró ella–. Buena suerte mañana, aunque sé que no la necesitarás –le besó la mejilla–. Buenas noches, señor Pandakis.

–¿Para mí no hay beso? –preguntó Dimitrios.

Ella ignoró su petición y salió de la habitación.

Bajo aquellas circunstancias, agradeció que Leon hubiera ido a ver a su tío antes de que ella pudiera confesar.

Estaba segura de que Dimitrios se pondría furioso en cuanto descubriera la verdad.

Una vez en su cuarto, dejó la puerta abierta y apagó las luces,

con la esperanza de que Leon no estuviera demasiado tiempo con su tío.

Se tumbó sobre la cama vestida y fijó la mirada en el pasillo.

Estaba decidida a acabar con la farsa aquella misma noche, sin importarle las consecuencias que pudiera tener. Sabía que su madre se sentiría muy feliz cuando le dijera que había contado toda la verdad. También ella se sentiría aliviada. Pero sabía que aquel paso significaría no volver a ver a Dimitrios otra vez.

Zeus retornaría a su estado inmortal de dios mitológico en su libro de historia del arte. Un libro que jamás volvería a abrir.

Apoyó la cabeza sobre la almohada y dejó que las lágrimas se deslizaran suavemente por sus mejillas.

Capítulo 9

Qué te parece, tío?

Dimitrios se levantó de la cama y se acercó a su sobrino.

–¿Me creerás si te lo digo?

Leon respondió que sí. Miró de arriba abajo al hijo de su hermano. Se había convertido en un verdadero hombre en aquel último año. Dimitrios no se había dado cuenta de cómo ni cuándo había tenido lugar la transformación, pero le gustaba mucho lo que veía.

–Este discurso es una pieza maestra, lleno de ideas nuevas, optimismo y fe en la humanidad. Muchos opinan que el mundo ya ha visto pasar sus días dorados. Tú, sin embargo, dejas intuir que esos días dorados están aún por llegar –le puso la mano sobre el hombro–. Estoy orgulloso de que seas parte de mi familia.

Leon tuvo que aclararse la garganta.

–Yo siento lo mismo respecto a ti. Gracias –abrazó a su tío emocionado–. Siento haberos interrumpido a Alexandra y a ti.

Dimitrios le dio unas palmaditas en la espalda.

–Tenemos toda la noche por delante.

–Entonces me voy. Cuando salude desde mi caballo mañana, lo estaré haciendo por ti y por mi madre.

–Ella llorará durante todo el desfile. Yo lo grabaré desde la oficina, para que pueda ver a su hijo haciendo su entrada triunfal en Thessalonica siempre que se encuentre sola.

Leon bajó los ojos.

Dimitrios no sabía si tomarse eso como un signo de que ya había tomado una decisión o no. En cualquier caso, aquel no era el momento de plantearle la pregunta.

La mujer que estaba en la habitación de al lado estaba a punto de revelarle algo de vital importancia cuando su sobrino los interrumpió. Tenía la sensación de que estaba planeando dejarlo para casarse con el hombre que la había salvado de ser violada.

Dimitrios no podía aceptar eso.

Lo que sentía por su rescatador no era más que admiración y gratitud. No podía tener nada que ver con el tipo de intimidad que Dimitrios había compartido con ella aquellas últimos días. Su relación era una maravillosa y rara combinación de atracción espiritual y carnal. Había una confianza mutua difícil de romper. Era amor verdadero.

Ansioso por expresarle sus sentimientos a la mujer de sus sueños, salió de la habitación en cuanto Leon se hubo marchado, y se dirigió al dormitorio de Alexandra.

Lo sorprendió encontrar la puerta medio abierta. La empujó y entró. La luz del sol iluminaba suficientemente como para ver que ella estaba tumbada en la cama todavía vestida y se había quedado profundamente dormida.

Debía estar realmente agotada para haberse dormido así.

Después de todo lo que había hecho para poner en marcha la feria, no se sentía capaz de despertarla.

Decidió volver a su habitación para no arriesgarse a sucumbir a la tentación de meterse con ella en la cama. Una vez allí decidió darse una ducha fría.

Ocho horas más tarde, ya estaba en la oficina con media docena de periódicos que Stavros le acababa de dejar sobre al mesa y frente al televisor, esperando a que empezara la retransmisión del desfile.

–En japones, en inglés o en griego, todos los periódicos tienen la misma historia en la primera página –dijo Stavros–. La señorita Hamilton es un genio indiscutible.

Dimitrios agradecía que su secretario tuviera a su futura esposa en tan alta estima.

Alcanzó uno de los periódicos atenienses y empezó a leer.

«El festival de Demetria es la feria más importante que jamás se haya celebrado en Macedonia. Gentes de todas partes llegan impacientes para vivir este acontecimiento único».

Dimitrios dejó el periódico sobre la mesa y se aclaró la garganta.

–Tienes toda la razón, Stavros. La gente jamás podrá olvidar todo esto.

–Incluso el primer ministro se ha fijado en ella.

–Eso me ha dicho Vaso.

–¿Piensas que nos dejará para irse a un puesto mejor?

–Espero que no, porque cuando acabe la feria voy a pedirle que

se case conmigo.

Stavros no respondió y Dimitrios lo miró extrañado, mientras el anciano se sacaba un pañuelo del bolsillo.

Frunció el ceño.

–¿Estás bien?

–Sí, claro que sí.

–Entonces, ¿por qué te has quedado callado?

–Creo que estoy demasiado impresionado para decir nada –admitió el anciano.

Dimitrios sonrió.

–No sabía que algo así te pudiera suceder a ti.

–Enhorabuena, muchacho.

–No lo cuentes.

–Ya sabes que en esta empresa jamás anunciamos un trato antes de que se firme.

–Y en este caso han surgido ciertos problemas. Anoche me enteré de que cree estar enamorada de otro.

–Conociéndote como te conozco sé que eso no supondrá un problema para ti. El desfile va a empezar –Stavros se sentó en el sofá junto a él.

Dimitrios sintió un cosquilleo en el estómago en cuanto las trompetas empezaron a sonar y vio a su sobrino flanqueado por un grupo de soldados a caballo. La multitud lo vitoreaba a su paso.

Leon cabalgaba orgulloso, con su roja capa ondeando al aire y el cetro en la mano derecha. Dimitrios notó que los ojos se le empañaban de la emoción.

Pero pronto su pensamiento volvió a centrarse en Alexandra. Se había marchado de la villa a primera hora de la mañana, antes de que tuviera oportunidad de hablar con ella.

Todo aquello se lo debía a ella y, para entonces, pensar en que no estuviera en cada evento y cada día de su vida le resultaba insoportable.

Stavros sacó de nuevo el pañuelo.

–Espero que tu hermano, esté donde esté, pueda verlo. Ananke va a ser, sin duda, la madre más orgullosa de todo Thessalonica en este día.

Durante las siguientes dos horas permanecieron en sus sillas viendo el increíble espectáculo con artistas de toda Grecia.

Al terminar, el primer ministro dijo unas palabras y, acto seguido, le impuso a Leon una corona de laureles.

–Creo que eso ha sido un acto espontáneo –dijo Stavros.

–Un gesto muy bonito por parte del primer ministro.

–Posiblemente ha sido una improvisada idea de tu futura esposa.

–Me voy a buscarla, Stavros. Nos encontraremos dentro de una hora.

Dimitrios se dirigió al lugar de la cita pero, después de treinta minutos esperando, recibió una llamada de Alexandra diciendo que había surgido un problema con los traductores. El autobús procedente de la universidad se había roto. Así que tenía que ir a toda prisa a la oficina para conseguir algún otro medio de transporte, por lo que no podrían comer juntos.

Dimitrios se sintió tan profundamente decepcionado, que se dio cuenta de que no podría seguir así durante demasiado tiempo.

Con su estado emocional en un indiscutible caos, canceló su cita para comer y se encaminó a la oficina. Había llegado a un punto en el que, si no podía estar con Alexandra, no le interesaba nada.

Alexandra vio a Dimitrios nada más entrar en la recepción. El corazón le dio un vuelco al verlo allí. Estaba tan guapo como siempre, pero un gesto amargo oscurecía su mirada.

–¿Pasa algo? –preguntó ella en cuanto estuvo a su lado.

–Recuérdame que te lo diga en cuanto estemos a solas. Ahora que la actuación de Leon ya ha finalizado, no tendremos que preocuparnos por más interrupciones.

De no haber tenido una confesión que hacerle, aquellas palabras le habrían resultado tremendamente reconfortantes.

–Tu sobrino ha estado imponente hoy.

–Yo pienso lo mismo –murmuró él.

–Todo el mundo ha expresado una opinión favorable respecto al desfile y el papel que él ha hecho.

Él la miró fijamente.

–En el instante en que vi tu dibujo de Thessalonica, ya no tuve ninguna duda de que tu idea sería un éxito. El primer ministro te ha enviado un enorme centro de flores. Es ese de ahí –al abrir la tarjeta que le había enviado, él le rozó ligeramente el brazo, provocándole

un escalofrío.

–¿Cómo puedo agradecérselo?

–¿Quieres aceptar el puesto que te ofrece? Eso es lo que está buscando.

«¿Y quedarme aquí en Grecia, cerca de ti, sabiendo que jamás podré estar contigo?».

–Le agradezco mucho la oferta, pero no.

–En ese caso, lo mejor sería que le escribieras una nota personal, que será enviada con una carta de agradecimiento de nuestra empresa.

–La escribiré antes de marcharme de la oficina. Ahora me voy a ver el correo electrónico.

–¿Tío?

Alexandra se estaba acostumbrando a oír la voz de Leon.

Se volvió justo en el momento en que Dimitrios abrazaba a su sobrino, dándole la enhorabuena. Después fue el turno de ella.

Se sorprendió al ver que no estaba solo. Michael y el resto de sus amigos estaban con él. Pero no veía ni a Yanni ni a Merlina.

–Hemos cambiado de planes –dijo Leon sin preámbulo–. Voy a llevar a los chicos al monte Athos. Después iremos al teatro a ver *Fedra*.

Alexandra notó la decepción de Dimitrios.

–El monte Athos es un lugar único –dijo él con calma.

Michael miró a Alexandra.

–Leon nos estuvo contando cosas sobre aquel lugar anoche, y le pedimos que nos llevara.

–El único problema es que Yanni también quiere venir, pero no puede dejar a Merlina sola.

Antes de que Leon dijera nada, Alexandra se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Eso significaría que su confesión habría de retrasarse una vez más, pero no tenía otra elección.

–Yo me quedaré en el hotel con ella esta noche, Leon. Según parece es una habitación fantástica y todavía no he tenido ocasión de verla. Además, es lo mínimo que puedo hacer por ti, Leon, después de haber atendido tan bien a mis amigos.

–Gracias, señorita Hamilton.

–Llamaré a Yanni ahora mismo para que traiga a Merlina aquí. Puede quedarse conmigo.

Sin mirar a Dimitrios, se dirigió a su despacho para hacer la llamada. Michael la siguió.

–No mires ahora, pero tu dueño y señor no parece muy contento con tu proposición.

–No lo entiendes, Michael, y ahora no tengo tiempo de explicártelo.

–¿Qué está pasando entre vosotros?

–Nada.

–¿Y por qué parece que te hubieran roto el corazón? ¿Por qué has dejado que las cosas llegaran tan lejos?

Ella parpadeó para evitar que sus lágrimas fluyeran.

–Porque soy una necia.

–Siento mucho que lo estés pasando tan mal, Alexandra. Ojalá pudiera hacer algo para ayudarte.

–Tanto tú como mi madre me lo advertisteis. En cuanto pueda, le contaré toda la verdad. Anoche lo intenté, pero Leon nos interrumpió. Se supone que se lo iba a decir esta noche, pero me temo que voy a tener que esperar un poco más.

–Ahora no podemos hablar, pero cuando vuelva mañana, lo haremos largo y tendido. Hazme un hueco en tu apretada agenda.

Pero Michael no regresó. Los otros estaban tan encantados que se empeñaron en ver todo el monte Athos, por lo que tuvieron que pasar dos noches allí. Alexandra por su parte, tuvo que retrasar su charla con Dimitrios durante otras veinticuatro horas más.

Después de meses de estar siempre a su lado, aquellos dos días sin verlo se le hicieron eternos y solitarios. Mientras él comía y cenaba con los VIP que habían viajado hasta allí, acompañado de Stavros, ella y Merlina paseaban por la ciudad visitando la feria.

El viernes por la tarde, después de que los chicos regresaran de su excursión, Alexandra tomó un taxi y se fue a la villa, dispuesta a usar la habitación de invitados para prepararse para una cena con altos dignatarios griegos. Era la última noche de la feria. El sábado todo habría acabado.

Dimitrios la había llamado a primera hora para comunicarle que quería que atendiera con él. Estaba claro que no quería que se le escapara, y que estaba dispuesta a que pudieran acabar su conversación.

Al menos, había tenido tiempo de cumplir con sus obligaciones

profesionales antes de que todo su mundo se desmoronara.

Al llegar a la casa, Serilda le dio una calurosa bienvenida y le llevó una taza de té a su habitación.

La informó de que no había nadie en la casa, pero que Dimitrios llegaría en una hora.

Después de tomarse el té, se metió en la ducha y se lavó el pelo. No se entretuvo mucho, pues Dimitrios quería que estuviera lista a las seis y media en punto.

Envuelta en una toalla y con el pelo mojado cayéndole sobre los hombros, salió a la habitación para buscar ropa interior.

De pronto, se detuvo.

Un hombre gordo, vestido con un traje azul estaba apoyado en la puerta y la observaba.

Era Giorgio.

La miró de arriba abajo con lascivia.

–Yo tenía razón. Eres la sensual Hamilton que conocí tiempo atrás, convertida en una mujercita de verdad.

–Y tú sigues siendo el patético enfermo que jamás podrá igualarse con su primo.

La sonrisa desapareció del rostro de Giorgio.

–Eres una chica muy lista. Por primera vez en su vida mi primo parece prendado de una dama…

–¡Fuera de aquí! –le ordenó ella.

–No.

–¿Qué vas a hacer? ¿Terminar lo que empezaste la otra vez?

Él se cuadró de hombros.

–Si estuviera borracho, tal vez volvería a intentarlo. Pero hace tiempo que tuve que olvidarme de ese hábito. Lo que vamos a hacer es esperar a que Dimitrios llegue.

Ella apretó los dientes.

–¿Qué es lo que quieres?

–Quiero ver la expresión de su cara cuando se de cuenta de que la dulce e inocente niña que un día protegió de un desalmado, no es otra que la calculadora mujerzuela que me tentó una noche de verano. Tú estabas pidiendo a gritos que te hiciera algo. Entonces Dimitrios no me creyó, pero me creerá ahora. Va a resultar que el infalible Dimitrios, como mi padre gustaba de llamarlo, ha sido objeto de la más pesada burla.

–Puede que no te creas esto, Giorgio, pero tenía intención de contarle a Dimitrios la verdad ayer mismo. ¿Por qué no me dejas vestirme? Cuando venga, los tres nos podremos sentar a hablar.

Él soltó una furiosa carcajada.

–¡No me extraña que hayas logrado engañarlo! Tienes un cerebro de oro y una lengua de plata. Casi lo consigues también conmigo ahora. Quiero que vea lo que ocultas bajo esas ropas. Tu disfraz es la obra de un verdadero artista.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Fue obra de un amigo que sabía cuánto amaba a tu primo y quería que estuviera cerca de él.

Él la miró con recelo.

–No eras más que una adolescente entonces. ¿Qué sabías del amor? –dijo con ironía.

–Él me salvó de ti y fue amable conmigo. Eso es el principio del amor.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

En aquel instante, Dimitrios llamó a la puerta.

–¿Alexandra?

A ella se le aceleró el corazón.

–Vamos –dijo Giorgio–. Dile que pase.

Dimitrios llamó por segunda vez.

–Escúchale cómo te llama. Está ansioso por verte.

Ella negó con la cabeza.

–No me hagas esto –le rogó–. Vivirás para arrepentirte de ello.

–Mi primer arrepentimiento es haber nacido, otro más no me afecta. Vamos, dile que pase. ¿O quieres que lo haga yo?

En cualquiera de los dos casos no tenía escapatoria.

«Por favor, Dimitrios, perdóname».

–Pasa… –dijo ella con voz indecisa y se ocultó en el baño.

La puerta se abrió y él empezó a hablar antes de entrar.

–Espero que estés lista, porque nos tenemos que ir a la cena. Tengo una sorpresa para ti –cerró la puerta.

Giorgio sonrió malévolamente. Se acercó hacia ella, la tomó del brazo, la sacó del baño y la llevó ante él.

–La señorita Hamilton también tiene una sorpresa para ti.

Dimitrios se quedó en mitad de la habitación. Alexandra lo miró y él ni siquiera parpadeó. Alexandra supo en aquel instante que

todo había cambiado para ellos.

Giorgio levantó las palmas.

–Antes de que cometas el error de decirme que me vaya de aquí y que no vuelva a aparecer por tu casa, será mejor que sepas que alguien se vio embrujado por la canción de sirena de la señorita Hamilton antes que tú. Solo trato de salvarte de ti mismo, primo, ya que una vez tú me salvaste a mí. Ella tenía nueve años menos cuando me sedujo a mí, pero ya sabía utilizar sus encantos para seducir al más joven de los Pandakis. Ella sabía que no había dejado de mirarla durante el pase de modas. ¿Cómo iba a resistirme a la oferta de hacer una visita al museo de la seda?

–Mi abuelo me pidió que fuera como un favor a tu padre –se defendió Alexandra–. Era mi trabajo. Me pagaban por hacerlo. De haber sabido que estabas borracho, no me habría dejado acercarme a ti. Yo tampoco me di cuenta hasta que trataste de violarme en el jardín –su voz tembló al recordar el suceso.

–Eso es lo que tú dices –murmuró Giorgio–. En cualquier caso, todos sabemos cómo acabó aquello. Lo que no sabíamos entonces es que ella iba a decidir ir detrás de su salvador. Ese fuiste tú, Dimitrios.

Alexandra cerró los ojos.

–Se tiñó el pelo, se buscó una nueva identidad. Pero no es más que una farsa. Ya que eres un hombre de honor y decidiste salvarme de la vergüenza, ahora te devuelvo el favor. Cuando nos marchemos de esta habitación nadie sabrá que has estado a punto de hacer una verdadera estupidez. Espero que en el futuro deje en paz a la familia Pandakis, señorita Hamilton. Mi hermano Vaso dice que el primer ministro se ha interesado por usted. Sin duda, si la viera en este instante, la haría gustoso su compañera de cama.

Cegada por la furia, Alexandra le dio una sonora bofetada. Era algo que había querido hacer durante nueve años. Él se llevó la mano al lugar de la ofensa.

Miró a su primo e hizo un gesto de asentimiento y despedida con la cabeza.

–Primo –dijo antes de dejar la habitación.

Un silencio aterrador lo llenó todo.

La intensa mirada de Dimitrios le heló la sangre a Alexandra.

–Por favor, dame la oportunidad de explicártelo todo.

–No hace falta. Te esperaré en el coche. No tardes.

Ella estaba temblando tanto que sentía que se iba a desmayar. Sudores fríos comenzaron a recorrerle todo el cuerpo.

–No me siento capaz de ir a ningún sitio ahora mismo.

Alexandra se metió en el baño empujada por las náuseas. Podía sentir su presencia en la puerta. Aquello era una tremenda humillación añadida a la ya sufrida.

–Enviaré a Serilda. Quiero que tus cosas hayan salido de la oficina para cuando regrese a Nueva York el miércoles. Charlene te dará un sobre con tus bonificaciones y la indemnización por despido.

–¿Tío? ¿Por qué me has traído hasta aquí?

Los dos estaban en la cumbre de la montaña y sentados junto a las ruinas del castillo, contemplando el bosque.

–Creía que era obvio.

–Bueno, lo que no entiendo es que no estés con Alexandra. Estás enamorado de ella.

–Hoy es el último día. Vaso se ha hecho cargo de todo. Stavros puede resolver cualquier problema que se presente.

–Querrás decir Alexandra, ¿no?

Él cerro los ojos. Sentía un dolor profundo.

–No –murmuró finalmente–. La he liberado de sus responsabilidades.

Leon se volvió hacia él bruscamente. Miró a su tío anonadado.

–¡No puedes haberla despedido!

–Sí. Supongo que está de camino a Nueva York en este instante.

Su sobrino negó con la cabeza.

–Solo tengo una pregunta: ¿por qué?

–No quiero hablar sobre eso.

–Entonces, ¿para qué me has traído hasta aquí? –dijo su sobrino furioso. Dimitrios se sorprendió.

–Quería compartir contigo este lugar que tan importante fue para tu padre y para mí.

–Podrías haberlo hecho en cualquier otro momento –dijo Leon. El dulce e inmaduro joven que solía ser acababa de desaparecer–. ¿Por qué, por una vez, no admites que necesitas a alguien en quien

confiar?

Dimitrios se puso de pie, ansioso por cambiar de tema. Llevaban demasiado tiempo allí arriba. Ya era hora de que volvieran al hotel.

Su sobrino se encaró con él.

–Tiene gracia, ¿sabes? Toda mi vida has estado escuchando mis problemas, pero tú jamás me cuentas a mí los tuyos.

–Leon…

–¡Es cierto! –se defendió–. Dices que te gusta que esté junto a ti, que te gustaría que trabajara contigo. Pero si no puedes confiarme tus problemas, creo que nada de eso tiene sentido, ¿no te parece?

Leon se alejó de él, tomó los prismáticos y se puso a observar el vuelo de las rapaces. Dimitrios los observó mientras se alejaba. Acababa de decirle algo que hacía mucho quería oír.

–Alexandra me ha mentido.

Leon permaneció donde estaba.

–Si lo ha hecho, ha debido de ser por una buena razón.

Dimitrios se aproximó a él, sorprendido ante la feroz defensa que acababa de hacer de ella.

–Cuando solicitó el trabajo en la compañía hace cuatro años, cambió su aspecto a fin de conseguir lo que quería.

Dimitrios recordó en aquel instante las deliciosas curvas que había visto, ligeramente cubiertas por la toalla. Era tan maravillosa… El deseo lo dejó sin respiración.

–¿Si? ¿Y cómo es en realidad?

–Tiene veinticinco años, es rubia y tiene los ojos verdes.

Después de unos instantes, Leon lo miró por encima del hombro.

–¿Desde cuándo ese eso un crimen?

–No lo es, pero vivir una mentira durante cuatro años sí lo es.

–Alexandra es una mujer inteligente. Quería tener aspecto de persona eficiente para que la contrataran. Dudo mucho que la señora Landau la hubiera contratado de haber visto que era imponente –miró a su tío–. ¿Lo es?

Dimitrios sabía lo que su sobrino le estaba preguntando.

–Es increíble.

–Entonces, ¿cuál es realmente el problema? No creo que tenga sentido que despidas a tu mano derecha solo porque es más joven y guapa de lo que tú creías.

El análisis que su sobrino hacía de las cosas lo sorprendía.

–Pero sí lo tiene cuando descubres que tenía un plan para engañarme y que me casara con ella desde hace nueve años.

–Ahora estamos llegando a alguna parte. ¿Os conocisteis hace nueve años? ¿Cómo?

Dimitrios dudó un momento, pero finalmente le dio todos los detalles.

El rostro de Leon se iluminó.

–Olvídate de Giorgio y de cuanto te haya dicho. Alexandra lleva todo ese tiempo enamorada de ti. Si yo encontrara una mujer que me amara así, sería el hombre más feliz de la tierra.

–¿Ese comentario no es un poco paradójico viniendo de ti?

–¿Qué quieres decir?

–Se supone que estás pensando en meterte en un monasterio.

–He cambiado de opinión, tío. Este último viaje con los amigos de Alexandra me ha hecho darme cuenta de que me gusta más el arte religioso que la religión en sí. He estado pensando que, si termino mis estudios, podríamos crear una empresa que manufacture objetos religiosos. Estuve hablando con algunos vendedores de la feria y me aseguraron que hay un enorme mercado para eso si se encuentra el distribuidor adecuado.

Comenzaron a bajar la montaña. Dimitrios dejó que su sobrino le contara sus planes. Era como escuchar música celestial después de un concierto dodecafónico.

La charla que acababa de tener sobre Alexandra lo había sacado de su estado comatoso. Por desgracia había cosas que su sobrino aún no sabía, cosas que no podía contarle porque atañían a Ananke.

–¿Le has contado a tu madre la noticia?

–Lo haré en cuanto llegue a casa.

Dimitrios gruñó para sí. Sin Alexandra no sabía cómo iba sobrevivir aquella noche, ni la siguiente, ni las próximas noches del resto de su vida…

Capítulo 10

Eran más de las diez cuando Alexandra llegó al hotel de Dadia, en el coche que había alquilado.

Con la ayuda de Michael había encontrado en la ciudad un peluquero que le devolvió el color rubio a su pelo.

Después, se había comprado ropa nueva y se había puesto unos pantalones cortos de color caqui con una camiseta blanca ajustada.

Dimitrios le había ordenado que se fuera de inmediato a Nueva York, pero ella no podía marcharse sin pasar un día en el bosque donde había disfrutado de la velada más maravillosa con él.

No tenía reserva en el hotel, pero decidió usar el nombre de Dimitrios para conseguir una. Si eso no funcionaba, dormiría en el coche, allí mismo en el aparcamiento.

Al día siguiente tenía previsto subir hasta la cumbre y bajar a tiempo de tomar el vuelo a Thessalonica y de allí a Nueva York.

Al entrar en recepción, no vio a nadie. Hizo sonar la campana con la palma de la mano. En un minuto, el conserje apareció.

El hombre asintió, pero no pareció reconocerla. Era como haber vuelto a nacer con la piel de otro persona.

Antes de que ella le preguntara nada, él negó con la mano.

–No quedan habitaciones. Está todo completo.

–Soy Alexandra Hamilton, la secretaria del señor Pandakis. Vine aquí hace unos día con él. ¿Me recuerda?

–Sí, un momento, por favor.

El hombre agarró el teléfono y habló con alguien en griego.

Bien, su plan había funcionado. Necesitaba desesperadamente una cama.

El hombre colgó el teléfono.

–Espere un momento aquí. Su habitación estará lista en un momento.

–Muchas gracias. Le pagaré ahora.

–No es necesario.

–Insisto en pagar.

Firmó unos cheques de viaje y los dejó sobre la mesa.

Él asintió y le entregó la llave.

–Su habitación es la veinte, la que está al final del todo.

–La encontraré.

Se encaminó hacia el coche y condujo hasta el bungalow. Al ver luz dedujo que se trataría del servicio de habitaciones.

Sacó su maleta del coche y se acercó hasta la puerta. La abrió y, una vez dentro, cerró con la cadera. Pero de pronto, vio salir del baño al hombre de sus sueños sin nada encima más que unos calzoncillos largos.

–¡No me lo puedo creer! –susurró asustada.

Sus miradas se encontraron y saltaron chispas.

–Algunas coincidencias desafían todas las leyes posibles –comenzó a decir ella con voz temblorosa–. No te culparía si creyeras que he cargado la habitación a tu cuenta, pero te aseguro que no ha sido así. Si hablas con el conserje te dirá que se la he pagado. Perdona mi intromisión.

Alexandra tenía que salir de allí a toda velocidad. Pero, al darse la vuelta, vio que Dimitrios le estaba obstruyendo el paso y no le permitía salir.

No sabía cómo había llegado hasta ella tan rápidamente.

Acto seguido, tomó su maleta y la puso sobre la cama.

Apagó la luz, y solo quedo una leve iluminación del exterior para alumbrarlos.

Ella retrocedió hasta darse con una de las camas. Se sentó, pues sus piernas ya no podían sujetarla.

Dimitrios se aproximó a ella.

–¿Durante cuánto tiempo piensas seguir fingiendo ser alguien que no eres, Alexandra? No más mentiras, por favor –su voz resonó profunda y peligrosa.

–Lo habrías sabido todo, si Leon no nos hubiera interrumpido.

Él inspiró profundamente.

Desconcertada por la impresionante virilidad de su cuerpo, decidió bajar los ojos. Era increíble que un mortal pudiera tener aquel aspecto.

–Leon no está aquí para interrumpirnos ahora. Vamos a aclararlo todo y a acabar de una vez.

Ella seguía teniendo la mirada baja.

–Tu primo me ha acusado de cosas que no son verdad. Yo no era más que una adolescente demasiado infantil para saber cómo atraer a un hombre mayor que yo. Lo que sí recuerdo de aquella noche fue la decepción que sentí cuando mi tío me dijo que era a Giorgio y no a ti a quien debía enseñarle el museo de seda. Seguramente tu primo lo notó y por eso me agredió.

–Eras la más hermosa de todas tus hermanas, y todos los ojos se centraron en ti. Con tu pelo largo y rubio, resultabas realmente atractiva para todos aquellos hombres morenos. Todos mis primos hablaron de ti durante el desfile de modelos. Eso hacía perdonable que Giorgio se quedara prendado de ti. Pero todo lo demás era inaceptable. Cuando lo vi salir contigo, intuí que podía haber problemas. Al ver que tardabas en volver, decidí ir a ver lo que pasaba.

Alexandra sufrió un violento escalofrío.

–¿Qué habría sucedido si no hubieras llegado a tiempo?

Él resopló furioso y le sujetó la cabeza por la nuca.

–Me habría culpado toda la vida por no haberte protegido –le murmuró él, mientras la acariciaba suavemente–. Sabía desde hacía algún tiempo que mi primo era alcohólico. Cuando lo llevé de vuelta al hotel le hice prometer que no volvería a beber, a cambio de guardar silencio ante mi tío Spiros. Él sabía que mi tío lo habría desheredado de haberse enterado. Por suerte, mi primo cumplió su palabra.

–Pero está tan celoso de ti…

Sus dedos se pusieron a jugar con su pelo.

–Lo sé. Y eso ha sido una verdadera carga que no le desearía ni a mi peor enemigo.

A Alexandra se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Es porque eres maravilloso. Nadie puede igualarte, Dimitrios. Te amo desesperadamente –dijo ella sin pensar–. Pero me equivoqué al engañarte.

–¿Por qué lo hiciste? –se levantó bruscamente, dejándola desolada–. Si querías el trabajo, ¿por qué no viniste a mí directamente? Con haber dado el nombre de tu abuelo, te habría atendido personalmente.

Ella juntó las manos sobre el regazo.

–Lo sé. Pero en aquel momento pensé que tendría más

posibilidades cambiando mi aspecto para que la señora Landau me aceptara. Michael me ayudó y yo conseguí el trabajo. La señora Landau fue tan buena conmigo, que nunca me atreví a confesárselo. Después de que muriera, quise en varias ocasiones contártelo a ti, pero estabas tan triste por ella, que nunca encontré el momento –Alexandra se quedó en silencio unos segundos–. Dimitrios, lo que más me duele es haber traicionado la confianza que tenías en mí. Sin eso, ya no queda nada.

–Exacto.

¿Qué quería decir con eso? Se enjugó las lagrimas.

–¿Vas a permitir que lo que yo he hecho te haga perder definitivamente la fe en el amor de una mujer?

–¿Acaso importa? –se tumbó en la otra cama.

–¿Qué te ocurrió en el pasado que te sientes tan herido? –sin pensar, se dirigió hacia la otra cama y se sentó a su lado–. Por favor, Dimitrios, cuéntamelo –le dijo con la voz temblorosa.

Él se removió en la cama pero, finalmente, habló.

–Una noche, cuando yo tenía doce años, oí a mi hermano en el recibidor de la casa de mi tío Spiros. Se iba de allí, porque tenía que casarse con la mujer que había dejado embarazada de su hijo. En ese mismo instante, la odié –comenzó él.

Ella lo escuchaba atenta, ansiosa por comprenderlo.

–Era normal que te sucediera eso. Él lo era todo para ti.

–Pero aún había más. Me dijo que no la amaba, que ella se había quedado embarazada a propósito para convertirse en un miembro de la familia Pandakis. Le rogué que no se casara con ella si no la quería, pero me dijo que era su obligación. Era una cuestión de honor.

Poco a poco estaban llegando a la verdad. Pero ella sabía que todavía faltaba algo.

–¿Qué más te dijo?

–Dijo que, probablemente, mi madre también se había casado con mi padre por el mismo motivo.

Ella gimió dolida por el muchacho atormentado que Dimitrios llevaba dentro.

–Leonides me advirtió que algún día las mujeres vendrían detrás de mi dinero. Tratarían de forzarme a que me casara con ellas quedándose embarazadas.

Su hermano había sido inmensamente cruel contándole todo aquello a un niño.

–¿Qué le dijiste?

–Que eso jamás me ocurriría a mí, porque no pensaba hacer el amor con ninguna mujer antes de casarme con ella.

Alexandra pensó en todas las mujeres con las que creía que Dimitrios había estado.

–¿Has cumplido tu promesa?

Él respiró profundamente.

–Sí. Fue muy fácil. Ninguna mujer me resultó lo suficientemente tentadora como para no resistirme. Eso me hacía sentir bien, hasta que me di cuenta de que mi secretaria me había robado el corazón.

Alexandra suspiró.

–¡Cariño! –hundió el rostro en su pelo–. No puedo creerme que, con todas las mujeres hermosas que has conocido te hayas sentido tentada por alguien tan insignificante como yo.

–Alexandra, tú no eres insignificante –la tomó en sus brazos y comenzó a recorrer su cuerpo con las manos–. Cuando me cuidaste la noche del accidente y sentí cómo me acariciabas la frente, mis buenas intenciones se desvanecieron. Si Leon no nos hubiera interrumpido, puede que ahora mismo estuvieras embarazada de un hijo mío. No sabes lo difícil que me ha resultado controlarme.

Ella le besó la comisura de los labios y saboreó gustosa aquel primer contacto con su boca.

–Puede que entonces también yo me hubiera sentido tentada a romper mi voto.

Él se quedó inmóvil de pronto.

–¿Hiciste la misma promesa?

–Cuando me salvaste a los dieciséis años, te ganaste mi respeto y mi corazón, y me prometí a mí misma que tú serías el primero y el único. ¡Te amo tan desesperadamente! Nueve años ha sido un tiempo demasiado largo de espera. Béseme, señor Pandakis. Ámame –le rogó.

Lentamente, la boca de él descendió sobre la de ella y la tomó con un hambre salvaje y primitiva.

Totalmente enajenados por el deseo ardiente de una pasión contenida durante demasiado tiempo, los dos se dejaron llevar con desesperación.

Aquello era el verdadero éxtasis. Ella no podía dejar de gemir ante el placer de estar en sus brazos.

Sus piernas se unieron hasta que él la atrapó definitivamente. Su corazón latía con tanta fuerza como el de él, y parecían hacerlo al unísono.

Ella había soñado muchas veces con amarlo así, pero la realidad era mucho mejor.

–Querría devorarte en este instante –dijo él.

–Yo llevo queriendo hacerlo desde hace más tiempo del que puedas imaginar. Eres mi adicción. Si por mí fuera, no volveríamos a dejar esta habitación jamás.

–Depende de ti que vayamos de blanco a nuestra boda mañana por la mañana.

Alexandra gimió una vez más.

–No es justo que me propongas matrimonio y abstinencia al mismo tiempo –lo llenó de besos febriles–. Ahora entiendo por qué tus competidores salen corriendo nada más verte. Es imposible igualar tus duras ofertas.

Él soltó una sonora carcajada y hundió la cabeza en su rubia cascada de rizos.

–¿Realmente nos vamos a casar mañana? –preguntó ella.

Él le acarició el cabello.

–Sí. Leon está ahora mismo en la iglesia concertándolo todo. Si el párroco está de acuerdo, nos casaremos en la pequeña iglesia que está al final de la carretera.

–¿Leon está aquí?

Dimitrios le puso la mano en la nuca y la besó de nuevo.

–Después de que te marcharas, me encontraba tan mal que tenía que salir de la villa. Me lo traje conmigo hasta aquí y subimos hasta la cumbre de la montaña. Ha sido toda una experiencia, pues nuestros papeles se han intercambiado. Él me contó que, definitivamente, no va a optar por la vida religiosa…

–Dimitrios, cómo me alegro…

Él sonrió lleno de júbilo.

–Y me obligó a que le dijera lo que me pasaba. Al final, confié en él y me hizo ver la luz.

–Adoro a ese sobrino tuyo.

La besó dulcemente.

–El sentimiento es muto. Mientras yo estaba en la ducha, el teléfono sonó. Leon respondió. El conserje le dijo que mi secretaria había llegado y que quería una habitación. Mi sobrino fue el que le pidió al hombre que te diera una llave de aquí. Cuando salí del baño, lo vi con las llaves del coche en la mano. Le pregunté adónde iba, y me dijo que se iría a pasar la noche en Dadia, que mi futura novia estaba a punto de llegar. Añadió que se detendría en la iglesia local para organizar una boda para mañana. Cuando regrese, volverá con nuestros trajes para que nos casemos.

Más que feliz, Alexandra se lanzó a sus brazos.

–¡Estoy tan contenta! Baila conmigo, Dimitrios.

–¿Ahora?

–Sí, tal y como hicimos la otra noche.

–Te prefiero aquí en la cama.

–Lo sé, pero bailar es más seguro.

–¿Tú crees? –le preguntó él en un pícaro tono de voz.

Ella se levantó rápidamente, encendió la radio y buscó una emisora con música. Luego lo miró de nuevo.

Se quedó sin aliento al verlo levantarse, con el pelo revuelto y los ojos brillantes.

–¿Te he dicho alguna vez que eres verdaderamente hermoso? Es una pena que no puedas ir siempre en calzoncillos.

Él sonrió.

–Esa es la diferencia entre un hombre una mujer. Yo estoy ansioso de verte sin nada encima. Pero de momento me conformo con lo que llevas puesto. Ven conmigo, mi maravillosa criatura. Necesito abrazarte – comenzó a bailar y ella corrió a sus brazos.

–Estoy tan feliz que me da miedo sufrir un ataque al corazón antes de que amanezca. Entonces nunca sabre lo que es….

Dimitrios la interrumpió con una carcajada.

–¡Oh, Alexandra! La vida a tu lado es un continuo regalo –la balanceó de un lado a otro.

–Eso espero. La cuestión es que yo… bueno, no tengo mucha experiencia en…

Él se rio aún con más ganas.

–Aprenderemos juntos –le hizo dar vueltas alrededor de la habitación–. Tendremos niños. Lo haremos todo, mi amor.

Ella cerró los ojos con fuerza.

–Me gusta cómo suena eso. Pero ¿tú crees que será más complicado de lo que nosotros creemos, o que nos dará más de lo que esperamos?

–Tendremos el resto de nuestras vidas para averiguarlo.

–Mañana, tarde y noche.

Él hizo una mueca.

–He oído que ese horario es un tanto agotador para un marido.

–¿Y por qué no para la esposa?

–No lo sé –la apretó contra su cuerpo–. Pero supongo que esa es otra de las cosas que vamos a averiguar.

Ella lo miró directamente a los ojos.

–Es emocionante, ¿verdad? Mañana vamos a experimentar algo que ninguno de los dos ha vivido antes.

–Contigo todo es emocionante –dijo él. De pronto, su rostro se ensombreció–. Aunque hay ciertas vivencias que preferiría no haber tenido, como lo sucedido aquella noche de hace nueve años con Giorgio.

–Lo sé –lo besó amorosamente–. Pero me gusta pensar que tuvo que ser así para que tú y yo nos encontráramos. También aquello lo obligó a dejar de beber y su vida cambió. Además, nosotros somos tan felices que nos podemos permitir ser amables con él.

La abrazó con fuerza.

–Me estremezco solo de pensar en lo que sería mi vida sin ti.

–Yo prefiero no pensarlo –se acurrucó en sus brazos–. Cariño, Ananke ha sufrido también, ¿verdad? ¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor ella amaba a Leonides tanto como yo te amo a ti? Desde luego, no sería de extrañar si tu hermano se parecía a ti.

–No lo había pensado, pero tal vez tengas razón.

–Puede que lo del embarazo fuera realmente un accidente. Es algo que sucede. Quizá a tu madre también le sucediera así…

–Me estás leyendo el pensamiento una vez más –se aproximaron a la cama y se tumbaron. Le besó suavemente cada milímetro de su rostro–. Hay algo que me gustaría hacer hoy mismo.

–¿Qué? –se acomodó entre sus brazos y ya no quiso volver a moverse.

–Llamar a tus padres y decirles que te voy a robar. Si quieren asistir a nuestra boda, podemos volar a Paterson y renovar nuestros votos de nuevo allí, delante de tus amigos y familiares.

Alexandra cada vez encontraba más razones para amarlo.

–Mis padres no se van a poder creer que finalmente haya obtenido lo que mi corazón lleva nueve años deseando. Los vas a hacer inmensamente felices. He sido la hija que más los ha preocupado.

Él se rio abiertamente. En aquella última hora se había reído con frecuencia y era un sonido realmente maravilloso, casi tanto como oírle pronunciar su nombre entre sueños.

Alexandra estaba ansiosa de que amaneciera…

Epílogo

Hubo unos ligeros golpes en la puerta.

–¿Alexandra? Soy yo, Leon. El tío Dimitrios está realmente histérico. Si no apareces por la iglesia en cinco minutos, va a venir a buscarte.

–¡Un minuto!

Alexandra no podía creerse que solo días antes hubiera estado viendo otra boda allí. En aquel instante, y con Dimitrios a su lado, había deseado desesperadamente ser la novia.

Milagrosamente, su deseo se iba a ver cumplido. Leon había ido a recogerla para acompañarla hasta la pequeña iglesia en la que estaba a punto de casarse con el hombre al que amaba más que a su propia vida.

Alexandra estaba totalmente eufórica.

Después de ajustarse el tocado, se miró al espejo. El vestido blanco que Leon había comprado en el pueblo le valía perfectamente.

–¿Alexandra?

–Voy.

Se encaminó hacia la puerta y la abrió. Cuál fue su sorpresa al ver un familiar rostro junto al de Leon.

–¡Michael!

–¡Vaya! Después de cuatro años, al fin has salido de la crisálida. Necesito un tiempo para acostumbrarme a tu nueva imagen –dijo él.

–¡Cómo me alegro de que estés aquí! –exclamó ella.

Leon la miraba sonriente.

–Mi tío pensó que te gustaría tenerlo aquí.

Dimitrios la conocía mejor de lo que se conocía ella. Lo amaba por ello.

–¡Eh! Nada de lágrimas hoy –le dijo Michael.

Leon abrió la puerta del coche.

–Sugiero que nos vayamos ya, porque no quiero ser responsable de las consecuencias. Mi tío jamás antes había estado enamorado y

creo que me va a matar si no le llevo a la novia ya.

Michael la ayudó a meterse en el coche y se metió en la parte de atrás. Leon los condujo hasta la iglesia que estaba solo a unos quinientos metros.

Todo tenía un aire de irrealidad, pues, con la excepción de dos coches, el lugar estaba totalmente desierto.

El sol lucía con fuerza y los pinos filtraban los rayos que se reflejaban sobre la fachada de la pequeña iglesia.

Mientras Michael la acompañaba hacia la entrada, Leon se dedicó a tomar fotografías. Se alegró de haberse llevado la cámara, pues sabía lo importante que sería recoger aquel momento para la posteridad.

–Supongo que no tengo que preguntarte si realmente estás preparada para dar este paso.

–No –respondió ella con la voz temblorosa.

La besó en la mejilla.

–Prométeme que bajarás del Olimpo de vez en cuando para hacerle una visita a los mortales.

–¡Tú sabes que lo haré! –dijo ella.

Leon se unió a ellos a la puerta de la iglesia.

–Entremos y hagamos a mi tío inmensamente feliz.

–Relájate, Dimitrios –le dijo Stavros–. Acaban de llegar. Date la vuelta y mira lo que te ha traído tu sobrino.

Con el corazón acelerado, Dimitrios se volvió y vio a Alexandra acercándose hacia él del brazo de Michael.

Era como una visión celestial.

Sus ojos verdes brillaban con una nueva luz.

–Cariño –le susurró en cuanto estuvo a su lado. Él podía sentir su profundo y sincero amor.

–No vas a entender lo que el sacerdote diga –le murmuró él–. Lo importante es que, cuando la ceremonia termine, tú serás mi esposa.

–Y tú mi marido. Eso es lo que siempre he deseado.

Enamorado por primera vez, Dimitrios agradeció haber mantenido su voto durante todos aquellos años. Era su regalo para ella.

Le tomó la mano y se la besó dulcemente, justo antes de decirle al párroco que iniciara la boda.

Cuando llegó el momento de intercambiarse las alianzas, Alexandra sonrió. Aquel rostro hermoso y luminoso representaba el presente y el futuro de Dimitrios, y hacía que se sintiera inmensamente feliz.

Y aquel no era más que el principio…